



**SALVADOR LOPEZ HERRERA**

**LAS ISLAS CANARIAS  
A TRAVES DE LA HISTORIA**



La publicación de este libro proporciona una feliz oportunidad de llamar la atención de mucha gente y de llenar un notorio vacío en la bibliografía española en torno a la historia de las Islas Afortunadas, islas que, por su privilegiada situación geográfica, bellezas naturales y benignidad de su clima, desde la más alta antigüedad han sido puestas ante la ambiciosa mirada de muchas naciones extranjeras.

Seguramente no existe libro tan bello y lleno de sugerencias sobre las Islas Canarias como éste del profesor Herrera. Páginas escritas con calor y pasión que, en un estilo brillante, vigoroso y claro, nos ofrecen una larga y amena visión histórica de los diversos aspectos de la vida en las Islas Afortunadas.

Empieza describiendo la tierra y geografía de las islas, la grandiosidad de sus montes y valles, los prodigios de su vegetación, contrastando con la esterilidad del desierto de África, allí cercano, y el cataclismo geológico que las formó en un proceso de siglos, para seguir luego con la fascinadora historia sobre la Atlántida, estado de la civilización de los guanches, analogía de las inscripciones rupestres de las Canarias con las del Continente americano, hasta llegar a la historia moderna con la guerra, de la conquista.

Quizá donde la obra adquiere un matiz verdaderamente trágico y llega a su culminación apasionante es, sin duda, a partir del drama histórico de la conquista. Un cuadro objetivo y sin falsificaciones se descubre de la guerra a muerte que se les declaró, durante casi un siglo, a los valerosos insulares. Escalofriante escenario bélico sin parangón en ninguna guerra de las conquistas, pasando finalmente a estudiar el papel preponderante que desempeñaron las Canarias en relación con las nuevas rutas de la humanidad y la aportación de las Islas en la conquista y colonización de América.

Su autor nació en San Andrés y Sauces (Tenerife). Después de cursar sus primeros estudios en las Islas Canarias, fue redactor, de 1931 al 1936, del periódico «Diario de Avisos», de Santa Cruz de la Palma, y colaborador de «Acción Social» y otros periódicos de las mismas islas, distinguiéndose, principalmente, en sus publicaciones de carácter histórico, todas ellas encaminadas a esclarecer el origen de las Islas Canarias y de su etnografía primitiva.

En 1939 pasó a Madrid, donde trabajó, hasta 1950, al lado del que fue ilustre catedrático de la Universidad de Madrid y sabio historiador, don Antonio Ballesteros Beretta, quien le llamaba cariñosamente «mi entrañable y distinguido alumno». Durante este

300-

LAS ISLAS CANARIAS  
A TRAVÉS DE LA HISTORIA

JLS 10.204

X



SALVADOR LOPEZ HERRERA

PROFESOR DE HISTORIA EN LA UNIVERSIDAD DE MADRID

# LAS ISLAS CANARIAS A TRAVES DE LA HISTORIA

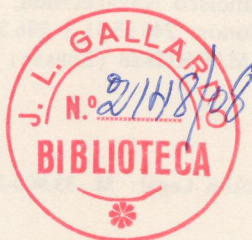
CON 44 LAMINAS FUERA DE TEXTO

PROLOGO

de

MANUEL BALLESTEROS  
GAIBROIS

*Canarias P.R.*



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>1005</u>
N.º Copia <u>623858</u>

MADRID  
1972

© SALVADOR LOPEZ HERRERA

Primera edición: Diciembre de 1971

Segunda edición: Corregida y aumentada, mayo de 1972

Tercera edición: Octubre de 1972

DISTRIBUCIONES FERAN  
Francisco Navacerrada, 17  
Teléfonos: 246 95 31 y 246 53 07  
MADRID-28 (ESPAÑA)

Depósito Legal: M. 33.900-1972

---

R. Servicios Técnicos - José Antonio, 31 - Madrid

## PROLOGO

*Hay ocasiones en que se prologa un libro, y otras en que se introduce a un autor ante el público que va a leer el libro. En el caso presente se dan conjuntas las dos cosas: el libro y el autor, pues a los dos he de referirme en estas breves líneas.*

*Hace muchos años —hacia 1940— don Antonio Ballesteros Beretta eligió como ayudante suyo de cátedra a un recién licenciado, canario, de la Isla de la Palma, que deseaba hacer su tesis doctoral sobre un tema canario, pero también americano: la biografía del Padre José de Anchieta, el lagunero heróico que fundara San Pablo de Piratininga. Este joven profesor, hoy doctor, profesor universitario y autor de numerosas obras, era don Salvador López Herrera, el que ha redactado este libro que estoy prologando. Su carrera en estos últimos años ha sido una carrera de amante y servidor de la cultura, ya sea en conferencias, artículos, libros o comunicaciones a congresos internacionales, como el de São Paulo del año 1954, en que se conmemoraba precisamente el centenario de la fundación de la ciudad por el jesuita biografiado por López Herrera.*

*Su competencia mayor —siempre dentro del marco de la Historia clásica— ha sido en relación con Canarias y su*

*proyección americana, siguiendo la pista de canarios ilustres o sus descendientes, en tierras ultramarinas. Orador brillante y escritor que presta a la Historia —como el lector verá— encendidos tonos líricos, embellece con ellos un sólido fondo de investigación y de serena doctrina.*

*Este es el autor. Persona responsable en Historia y especialista en el tema del libro que el lector va a tener en sus manos.*

*¿En qué consiste el libro? En apretadas páginas, una larga lección de Historia: los orígenes y el desarrollo de la cultura humana en el archipiélago de las Hespérides, en las Islas Afortunadas, en las insulas de los canes o tierra de Canarias, desde lo más remoto hasta la implantación de la cultura europea en las islas. Pasan por las bien escritas páginas de esta obra las teorías atlánticas —sin darse a partido en cuestión todavía tan debatida—, el proceso de poblamiento, las costumbres de los antiguos guanches, su cultura material y espiritual, hasta llegar al drama histórico del arribo de gentes extrañas a las islas procedentes de las costas atlánticas de Europa: bretones, gallegos y andaluces a la orden del señor de Bethencourt...*

*Síntesis feliz, en que el lector va llevado de la mano de lo geográfico a lo etnográfico, y de ello a lo histórico, pasando por lo anecdótico y lo lírico, con citas de autores que se interesaron por las Canarias o las visitaron. Los silbidos gomeros y los petroglifos de Belmaco van emparejados al rigor cronológico que la Historia exige, pasando finalmente a la proyección de lo canario en América y al proceso colonizador del europeo, pues precisamente esto es lo importante de Canarias: que el europeo (el español y portugués, y el bretón) le presta su cultura, la civilización moderna, sin practicar genocidio alguno, sin extirpar a la raza primitiva, que se infunde en la foránea y per-*

*vive plena y reconociblemente todavía, como observa muy bien el autor en las páginas de este libro.*

*Para terminar estas breves líneas, lector que tienes en tus manos esta obra, puedo decirte, con seguridad y confianza: Este es un buen libro.*

MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS,  
Catedrático de la Universidad de Madrid



## INDICE GENERAL

# INDICE DE MATERIAS

	Páginas
INTRODUCCION ... ..	1
CAPÍTULO I	
<i>Datos geográficos de las Islas Canarias</i>	
1.—Descripción geográfica ... ..	5
2.—El mejor clima del mundo ... ..	6
3.—Cultivo de todos los climas ... ..	7
4.—Especies vegetales típicas o que se conservan exclusivamente en las islas ... ..	8
5.—Panorama canario ... ..	9
6.—Formación geológica ... ..	13
CAPÍTULO II	
<i>Génesis de las Islas Canarias</i>	
LA ATLANTIDA ... ..	19
CAPÍTULO III	
<i>Prehistoria de las Islas</i>	
1.—Tiempos fabulosos ... ..	39
2.—Origen del nombre de Las Canarias ... ..	41
3.—Expediciones de los fenicios, cartagineses y romanos.	42
4.—Origen de los guanches, sus caracteres físicos y fusión con otras razas ... ..	45
5.—Analogías que pueden deducirse del pueblo guanche con la raza de Cromagnón ... ..	47

6.—Difusión de la raza de Cromagnón por Europa y asentamiento en las Islas Canarias ... .. .	48
7.—Persistencia del tipo guancho en la actual población de Canarias ... .. .	49

CAPÍTULO IV

*Estado de la civilización de las Islas Canarias antes de la conquista*

1.—Idiomas ... .. .	57
2.—Alimentos ... .. .	57
3.—Trajes ... .. .	58
4.—Jerarquías sociales ... .. .	59
5.—Industrias ... .. .	60
6.—Casamientos ... .. .	61
7.—Religión ... .. .	62
8.—Fiestas y regocijos públicos ... .. .	63
9.—Armas ... .. .	63
10.—Coronación del mencey ... .. .	64
11.—Habitaciones ... .. .	65
12.—Embalsamamientos ... .. .	65
13.—Leyes ... .. .	66
14.—Lenguaje silbado ... .. .	67

CAPÍTULO V

*Inscripciones rupestres de Canarias y analogías que pueden deducirse con otras inscripciones del Continente americano*

1.—Grabados rupestres ... .. .	71
2.—Indicios de antiguas relaciones entre las poblaciones primitivas de Canarias y las del Continente americano ... .. .	75

CAPÍTULO VI

*Preludios de la Conquista del Archipiélago*

1.—Expediciones que precedieron a la conquista de las Canarias ... .. .	83
---	----

2.—Don Luis de la Cerdá, Príncipe de la Fortuna ... ..	88
3.—Otras expediciones al Archipiélago Canario ... ..	89

CAPÍTULO VII

*Conquista de las Islas Canarias bajo el patrocinio de la corona de Castilla*

1.—Carácter de la Conquista ... ..	93
2.—Gentes avezadas a la lucha la que encontraron los españoles en Canarias ... ..	94
3.—Juan de Bethencourt, primer conquistador de las Canarias ... ..	95
4.—Sucesos de la expedición de Bethencourt a Lanzarote y Fuerteventura ... ..	97
5.—Bethencourt, rinde homenaje de las islas Canarias al rey de Castilla ... ..	98
6.—Rebelión de Berthin de Berneval ... ..	99
7.—Traición de Atchen, y principio de la guerra ... ..	100
8.—Excursión de Gadifer en el Archipiélago Canario ... ..	101
9.—Regreso de Bethencourt y sumisión de Lanzarote ... ..	102
10.—Segunda expedición a Fuerteventura. Acontecimientos diversos ... ..	102
11.—Desavenencias entre los jefes expedicionarios ... ..	103
12.—Sumisión de Fuerteventura ... ..	104
13.—Tercer viaje de Bethencourt a Europa ... ..	105
14.—Regreso de Bethencourt a las Islas Canarias ... ..	106
15.—Excursión de Bethencourt en la Costa de Africa y en el Archipiélago canario ... ..	107
16.—Conquista de la Isla del Hierro ... ..	108
17.—Vuelta de Bethencourt a su país ... ..	112
18.—Muerte de Bethencourt ... ..	113

CAPÍTULO VIII

*Continuación de la política protectora de los Reyes de Castilla en la conquista de las Canarias*

1.—Administración de Maciot de Bethencourt y cesión de las Islas Canarias ... ..	117
2.—Ventas y traspasos del dominio de las Islas Canarias.	118

3.—Ocupación de la Gomera y tentativas de invasión en las otras islas ... .. .	120
4.—Empresas de Diego de Herrera ... .. .	122
5.—Estado político de las islas de Tenerife, Gran Canaria y La Palma en la época de la conquista ... .. .	125

CAPÍTULO IX

*Los Reyes Católicos toman a su cargo la sumisión de las Islas libres de Gran Canaria, Tenerife y La Palma*

A. *Conquista de Gran Canaria*

1.—Expedición de Juan Rejón ... .. .	135
2.—Batalla de Guiniguada ... .. .	136
3.—Desavenencias entre Rejón y el Deán Bermúdez ...	138
4.—Ataque a Tirajana ... .. .	139
5.—Regreso de Juan Rejón a Gran Canaria ... .. .	139
6.—Juan Rejón destituido y reemplazado por Pedro de Vera ... .. .	140
7.—Inauguración de la política de Pedro de Vera ... ..	141
8.—Muerte de Doramas ... .. .	141
9.—Construcción del fuerte de Agaete. Segundo combate de Tirajana ... .. .	142
10.—Regreso y muerte de Juan Rejón ... .. .	143
11.—Ataque de Gáldar. Sumisión del Guanarteme ... ..	144
12.—Nuevas hazañas de Pedro de Vera ... .. .	145
13.—Fin de la conquista de Gran Canaria ... .. .	146
14.—Disturbios en la Gomera y muerte de Hernán Peraza, hijo de don Diego de Herrera ... .. .	147

CAPÍTULO X

B. *Conquista de La Palma y Tenerife*

1.—Alonso Fernández de Lugo es nombrado Capitán General de las Islas no sometidas ... .. .	153
2.—Primeras operaciones en la isla de La Palma ... ..	154
3.—Ataque de la Caldera y rendición de la isla ... .. .	155
4.—Desembarco en Tenerife. Primer encuentro con los guanches ... .. .	158
5.—Confederación de los príncipes guanches ... .. .	160
6.—Batalla de Acentejo ... .. .	161

7.—Ataque de la torre del campamento. Retirada a Gran Canaria ... ..	163
8.—Nueva expedición contra los guanches. Batalla de La Laguna ... ..	164
9.—Continuación de las operaciones del ejército conquistador. Epidemia de los guanches ... ..	166
10.—Hazaña de los doce soldados ... ..	167
11.—Escasez de víveres en el campo de los españoles. Acción generosa de Lope Hernández de la Guerra ...	168
12.—Segunda batalla de Acentejo ... ..	169
13.—Entrada de los españoles en el valle de Arautápola y sumisión de Tenerife ... ..	170

CAPÍTULO XI

*Colonización de las Islas y contribución de Canarias en la conquista y colonización de América*

A.—Colonización de las Islas Canarias bajo los auspicios de los Monarcas Españoles ... ..	177
B.—Aportación de los canarios en la conquista y colonización de América ... ..	179

APENDICES

I.—Los relatos de Platón sobre la Atlántida ... ..	187
II.—Las ruinas de Tiahuanaco ... ..	193
<i>BIBLIOGRAFIA</i> ... ..	197

## INDICE DE ILUSTRACIONES

### LAMINAS

	PAGINAS
I. Tajinastes en flor, al pie del Teide ... ..	6-7
II. Arbol de Piedra, y, al fondo, el Teide ... ..	6-7
III. El Drago milenario de Icod de los Vinos, en Tenerife ... ..	10-11
IV. Santuario de Nuestra Señora de las Nieves, rodeado por «pinus canariensis», en Santa Cruz de la Palma ... ..	10-11
V. Situación de la Atlántida, según la descrip- ción de Platón ... ..	22-23
VI. Perfil del Océano Atlántico y parte sumer- gida de la antigua isla de Atlantis, según Donnelly ... ..	22-23
VII. Parte superior del gran pórtico de Tiahua- naco, con el personaje mítico y el calendario.	26-27
VIII. Cabezas de piedra descubiertas en las rui- nas de Tiahuanaco ... ..	26-27
IX. Cabezas de momias guanches, extraídas de diferentes grutas sepulcrales ... ..	52-53
X. Collares de cuentas de barro cocido y de conchas marinas que usaban los guanches...	52-53
XI. Traje típico de Garafia, en la Isla de la Palma ... ..	60-61

XII.	Plataneras y señoritas, ataviadas con el traje típico de Tazacorte, Isla de la Palma ... ..	60-61
XIII.	Parque Nacional de la Caldera de Taburiente, en la Isla de la Palma ... ..	66-67
XIV.	La cima nevada del Teide ... ..	66-67
XV.	Tambor de Schaman, según Germán Wirth, «La escritura sagrada primitiva de la humanidad» (Koehler y Amelang, Leipzig) ... ..	72-73
XVI.	Signos reunidos pareciendo formar palabras en las inscripciones de la Isla del Hierro (Canarias) ... ..	72-73
XVII.	Petroglifos grabados sobre las rocas, a la entrada de la cueva de Belmaco ( <i>Isla de la Palma</i> ). <i>Canarias</i> . ... ..	72-73
XVIII.	Inscripciones del barranco de Candia ( <i>Isla del Hierro</i> ). <i>Canarias</i> ... ..	72-73
XIX.	Cueva prehistórica de Belmaco, en Mazo, Isla de la Palma, con grabados rupestres ... ..	78-79
XX.	Gruta prehistórica de la Zarza, en Garafía, Isla de la Palma, con inscripciones rupestres. ... ..	78-79
XXI.	Juan de Bethencourt, primer conquistador de Canarias ... ..	98-99
XXII.	Cruz de la Conquista, que se custodia en la Parroquia Matriz de la Concepción, en Santa Cruz de Tenerife ... ..	98-99
XXIII.	El Valle de la Orotava, Isla de Tenerife ... ..	110-111
XXIV.	Vista parcial de la Costa del Realejo, en Tenerife ... ..	110-111
XXV.	Arucas, Gran Canaria ... ..	118-119
XXVI.	Vista de Santa Cruz de la Palma, tomada del «Risco de la Concepción» ... ..	118-119
XXVII.	Parroquia Matriz de El Salvador, Joya arquitectónica del siglo XVI, en Santa Cruz de la Palma ... ..	122-123
XXVIII.	Los Tilos, en San Andrés y Sauces, Isla de la Palma ... ..	122-123



XXIX.	Las cuevas de las Cruces y el Cenobio de Valerón, recuerdos históricos del «habitat» de la raza guanche, en Las Palmas ... ..	130-131
XXX.	Peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de los Reyes, en Hierro ... ..	130-131
XXXI.	Lenguaje silbado característico de los nativos, en La Gomera ... ..	142-143
XXXII.	Cerámica tradicional de Chipude, realizada por sus mujeres con extraordinario mimo, en La Gomera ... ..	142-143
XXXIII.	Vista panorámica de San Andrés y Sauces, en la Isla de La Palma ... ..	146-147
XXXIV.	Charco Azul, en San Andrés y Sauces, Isla de La Palma ... ..	146-147
XXXV.	Vista parcial de la Costa y Faro de Barlovento, en la Isla de La Palma ... ..	158-159
XXXVI.	Vista parcial de Fuencaliente, en la Isla de la Palma ... ..	158-159
XXXVII.	Estampa típica, al fondo, la Montaña de Fuego, en Lanzarote ... ..	164-165
XXXVIII.	El Infierno de Timanfaya, montículo que guarda en su interior más de 400 grados de temperatura, en Lanzarote ... ..	164-165
XXXIX.	La Casa de los Coroneles, de riquísimo barroquismo, en Fuerteventura ... ..	172-173
XL.	La cochinilla, parásito de la chumbera, continúa explotándose en Fuerteventura por el mismo procedimiento que se utilizaba hace siglos ... ..	172-173
XLI.	Montaña de Fuego, en Lanzarote ... ..	178-179
XLII.	Tierras de lava y escoria volcánica, convertidas por el campesino isleño en huertas feracísimas, en Lanzarote ... ..	178-179
XLIII.	Platón. Busto en mármol (Museo Vaticano).	190-191
XLIV.	Monolito bautizado con el nombre de El Fraile, en las ruinas de Tiahuanaco ... ..	190-191

CUBIERTA

Vista parcial de La Caldera de Taburiente

MAPAS

I. Plano de las Islas Canarias, levantado en el año 1686 por D. Pedro Agustín del Castillo-León Ruiz de Vergara (página cuarta de la cubierta) ... ..	
II. Las Islas Canarias modernamente ... ..	203

## INTRODUCCION

Las Islas Canarias, perdidas en el Océano Atlántico, parecen tener un providencial destino en la vida de los pueblos. Sus nombres, revestidos de suntuosidad y leyenda en los tiempos antiguos, entran luego en la Edad Media envueltos en las poéticas descripciones de las islas de las Siete Ciudades, San Balandrán y Brazil, y se incorporan a la Edad Moderna, para servir de puente a las tierras del otro lado del Océano e iluminar a Colón en uno de los acontecimientos más trascendentales de la Historia.

Muchísimas páginas se necesitarían para describir con minuciosidad, al detalle, a las Islas Canarias, en los varios e interesantes aspectos de la situación geográfica, formación geológica, evolución histórica, clima, flora y paisaje, para hacer recorrer al lector con la imaginación —que es como el alma viajera de cada uno— a estas islas embriagadas de armonía, luz y color con que Dios se afaná por embellecerlas hasta lo inverosímil y en las que se suceden perspectivas de incomparable belleza.

Las Islas Canarias, a través de los historiadores antiguos, aparecen como una tierra privilegiada en la cual se colocaron los Campos Elíseos, el jardín de las Hespérides, región misteriosa que ellos rodearon con la más poética leyenda.

Para muchos de ellos es el indisputable residuo de la desconocida y sumergida Atlántida. Para Heródoto el mundo termina allí, donde el mar no es ya navegable, donde se hallan los jardines de las Hespérides, donde el Atlas, con su montaña cónica como un cilindro, soporta el peso del firmamento. Para Juba, rey de la Mauritania, las Islas Afortunadas es la tierra en la que se pone el sol, en la que la noche fue creada por las Hespérides para guardar en ellas las manzanas de oro.

Mansión de bellezas y de misteriosas leyendas, a donde se han dirigido los poetas más grandes del mundo moderno, buscando inspiración para dar forma inmortal a sus creaciones.

Verdadera tierra de transición la de Canarias, más distinta de las demás fundidas dentro del molde de nación por Castilla que otras. Estas islas están colocadas allí para ser como prolongación de Europa, como centinela de África y como antesala de América.

**CAPITULO I**

**DATOS GEOGRAFICOS  
DE LAS  
ISLAS CANARIAS**

## 1. DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA.

Si algún país puede ostentar una geografía interesante, es el Archipiélago Canario. Las islas Atlántidas encierran bellezas naturales suficientes para interesar a quienes las visiten, y aun para asombrarse si se trata de espíritus superiores.

La profundidad de sus valles, la grandiosidad extrema de sus montes, los prodigios de su vegetación, contrastando con la esterilidad del desierto del Sahara, allí cercano, se ofrecen a los ojos de cuantos a las islas se aproximen.

Las Islas Canarias están situadas a 115 kilómetros de la costa de la Mauritania Tingitana y a 705 millas de Cádiz. Es el último puerto español que se deja al ir a América, y el primero, por lo tanto, que se encuentra al regresar a la madre Patria.

Lo forman siete islas mayores y seis menores, teniendo una extensión superficial de 7.666 kilómetros cuadrados en total, de los cuales 7.573 corresponden a las habitadas y los 93 restantes a las desiertas. Este archipiélago lo componen dos provincias que se llaman: Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas, perteneciendo a la primera, Tenerife, Palma, Gomera y Hierro, y a la segunda, Gran Canaria, Lanzarote y Fuerteventura.

La poesía de estas islas inspiró a la humanidad clásica hasta el extremo de creerlas como una tierra de ensueño

o de leyendas envueltas en las nebulosidades de lo prehistórico.

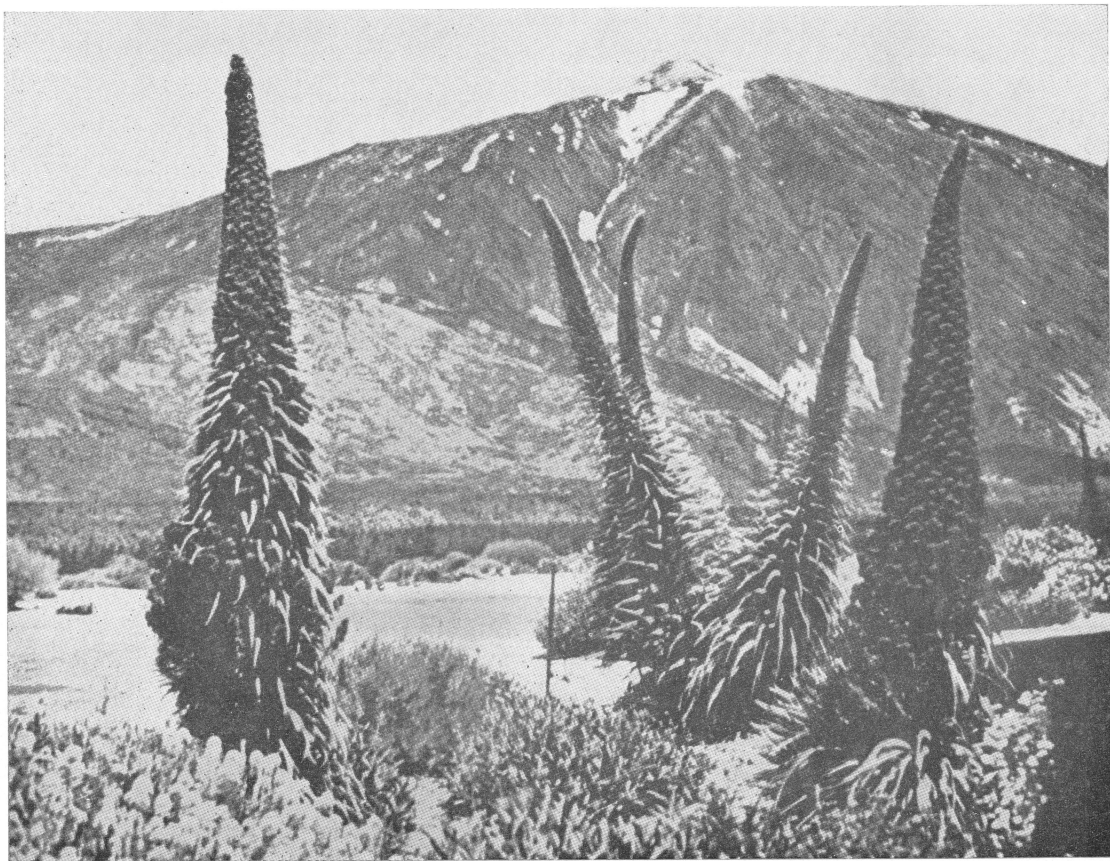
Más tarde, en la historia casi moderna, fueron testigos las Canarias, dada su situación privilegiada en relación con las nuevas rutas de la humanidad, de grandes hechos. Vieron desfilar, como a personajes de una pantalla actual, a Cristóbal Colón, que se adentraba en el mar de misterio para cubrir de gloria el nombre de Castilla; a Nelson, que en Santa Cruz de Tenerife perdió un brazo y conoció el amargor de la derrota; a Napoleón, que navegando camino del destierro y de la muerte vio ocultarse su estrella brillante y magnífica en un atardecer plateado tras la mole gigantesca del Teide.

## 2. EL MEJOR CLIMA DEL MUNDO.

El clima es encantador. Los antiguos llamaron a las Islas Canarias, Campos Elíseos, Región de los bienaventurados, Afortunadas. Las Canarias disfrutaban de un clima excepcional en todas las épocas del año. Contribuyen a tan raro privilegio climatológico la situación, la estructura del suelo y el arbolado. La temperatura media no excede de 25 grados en el verano, y en el invierno no desciende de 12. Este clima es considerado como el mejor del mundo.

Colocado el Archipiélago Canario en medio del *Gulf Stream*, en la línea de los vientos alíseos, carece de invierno. Por su posición al Mediodía, casi no se conoce en él el frío. Mientras que, raro privilegio, en el verano, refrigerado por un constante y fresco ambiente traído del Nordeste, jamás se experimenta un calor excesivo.

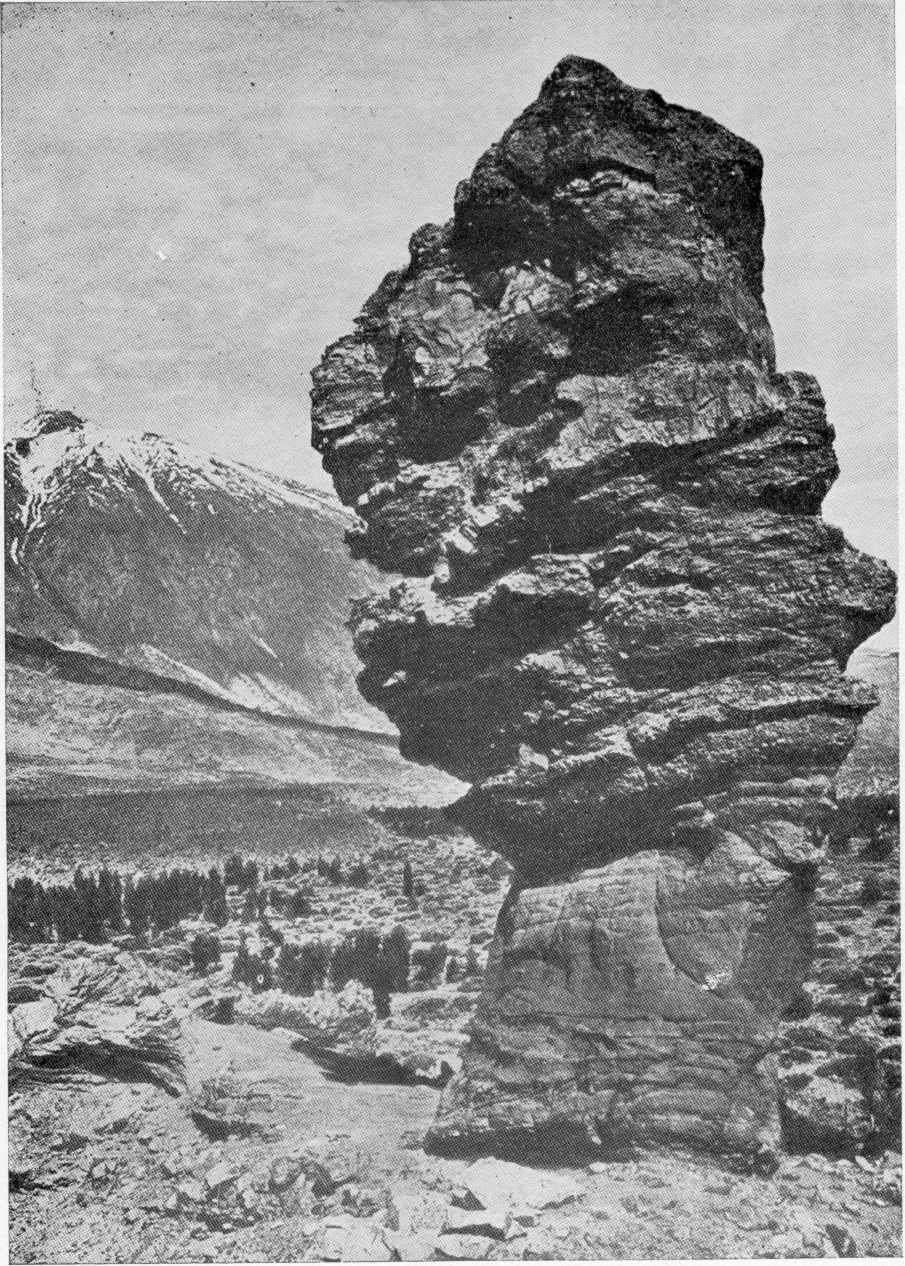
Las Canarias gozan de un clima sin rival en el mundo entero; aun en invierno la temperatura es allí de una dulzura, de una igualdad maravillosa; no hay nunca varia-



LAMINA 1

*Tajinastes en flor, al pie del Teide.*





*Arbol de Piedra, y, al fondo, el Teide.*

ciones bruscas ni grandes diferencias de una a otra estación. Los días son siempre calientes y soleados. No hay vientos muy violentos. La cifra anual de los días de lluvia no pasa de sesenta y nueve; las noches están exentas de humedad aun en la hora de salir y de ponerse el sol, dulces y serenas, permiten a los enfermos dormir siempre con los balcones abiertos.

A estas excepcionales condiciones de clima, une la de la simpatía y agradable trato de sus habitantes, que, a pesar de sus continuas relaciones con los países de América y Europa, siendo acogedores con todos, blasonan de su acendrado españolismo. La mujer canaria, de belleza y feminidad exquisita, es como un resumen de la perenne sonrisa de la tierra canaria y de la diafanidad de su cielo. Ya lo dice la copla popular, animada por la sentida cadencia de «las folias»:

Todas las canarias son  
como ese Teide gigante;  
muchoa nieve en el semblante  
y fuego en el corazón.

### 3. CULTIVOS DE TODOS LOS CLIMAS

Como privilegio de estas islas en su aspecto botánico, consideramos aquí el extraño, tal vez único, caso del suelo, donde aflora desde la piña de América y el plátano tropical, hasta el guindo y manzano de los países fríos. Desde la ubérrima frondosidad ecuatorial hasta los musgos y líquenes de las alturas, sin que falte el matorral de la tundra, el trigo de las llanuras de Castilla, de las estepas rusas y las hierbas de las pampas argentinas.

Todas las plantas de la creación están allí reunidas: los mangos, papayos, aguacates, se hallan mezclados con

los almendros, alcanforeros y magnolias. Todas las palmeras prosperan allí. Las camelias alcanzan 10 metros de altura y sostienen 10.000 flores.

#### 4. ESPECIES VEGETALES TÍPICAS O QUE SE CONSERVAN EXCLUSIVAMENTE EN LAS ISLAS.

Merece consignarse el caso particular de las plantas lauráceas (laurel de Canarias, *laurus canariensis*; barbu-zano, *apollonia canariensis*; viñátigo, *pérsea índica*, etc.), que se conservan con toda lozanía y esplendor en este suelo, mientras que en otras zonas se han ido extinguiendo paulatinamente.

El pino de Canarias, *pinus canariensis*, y el drago, *dracaena draco*, son dos plantas típicas de estas islas. El drago es de gran longevidad, pudiendo contemplarse en casi todas las islas magníficos ejemplares. Al hacérseles una incisión expele este árbol un líquido rojizo que al secarse se convierte en polvo que fue largo tiempo utilizado en medicina. Este líquido es el que se conoce con el nombre de «sangre de drago». Un ejemplar que se conserva en la ciudad de La Laguna y otro en la de Icod, están considerados como de los más curiosos e interesantes del Archipiélago.

«El drago es un árbol oriental que ha creado una especie aparte en las Canarias. Bajo el dosel de sus ramas administraban justicia los monarcas guanches y bailaban las princesas "magas" que encontraron los conquistadores lavando la ropa en sus riachuelos.

»Hay uno bellísimo en Icod. Son gigantes, colosos que necesitan siglos para desarrollarse. Una especie de elefante del reino vegetal. Todas sus ramas nacen para abajo, para afirmarse en la tierra y volverse raíz; hay que cortarlas, a fin de que no lo cubran todo. Sus hojas son bolas

de puñales acerados, y su savia, roja y viviente, se conoce en el comercio con el nombre de "sangre de drago".»

## 5. PANORAMA CANARIO

Decía Homero en el libro IV de la *Odisea*, refiriéndose seguramente a las hoy Islas Canarias, que eran «... los Campos Elíseos, que están en lo último de la tierra, donde pasan los hombres una vida tranquila y dulce, sin experimentar nieves, inviernos rígidos ni lluvias, sino un perenne aire fresco nacido de las respiraciones de los céfiros que el océano exhala.»

Los grandes poetas de Roma también las consideraban como una región encantada, y así Horacio, en su Oda 16, libro V, invita a los romanos a que no presencien los desastres de la guerra civil y crucen el océano en solicitud de las islas ricas en todos los bienes, haciendo de ellas la siguiente descripción: «Allí la tierra produce pan por sí misma sin necesidad de arado, todo género de frutas... Júpiter separó esas regiones de las restantes del mundo, para que sirviesen de asilo a la virtud. Allí no se siente jamás el calor ni el frío, y los animales dañinos o ponzoñosos reptiles son desconocidos en aquel suelo privilegiado.»

Virgilio, en el libro VI de la *Enéida*, describe a las Afortunadas con la brillantez que caracteriza al eximio poeta latino: «Eneas y la Sibila —dice— llegaron al fin a los lugares alegres y vergeles apacibles de los bosques afortunados, a las islas de los bienaventurados, mansión de las almas dichosas. Su cielo es más puro y esplendoroso que el nuestro, y baña los campos con una luz purpúrea. Los bienaventurados las conocen y distinguen sus estrellas de las nuestras por ser aquéllas más claras y resplandecientes.»

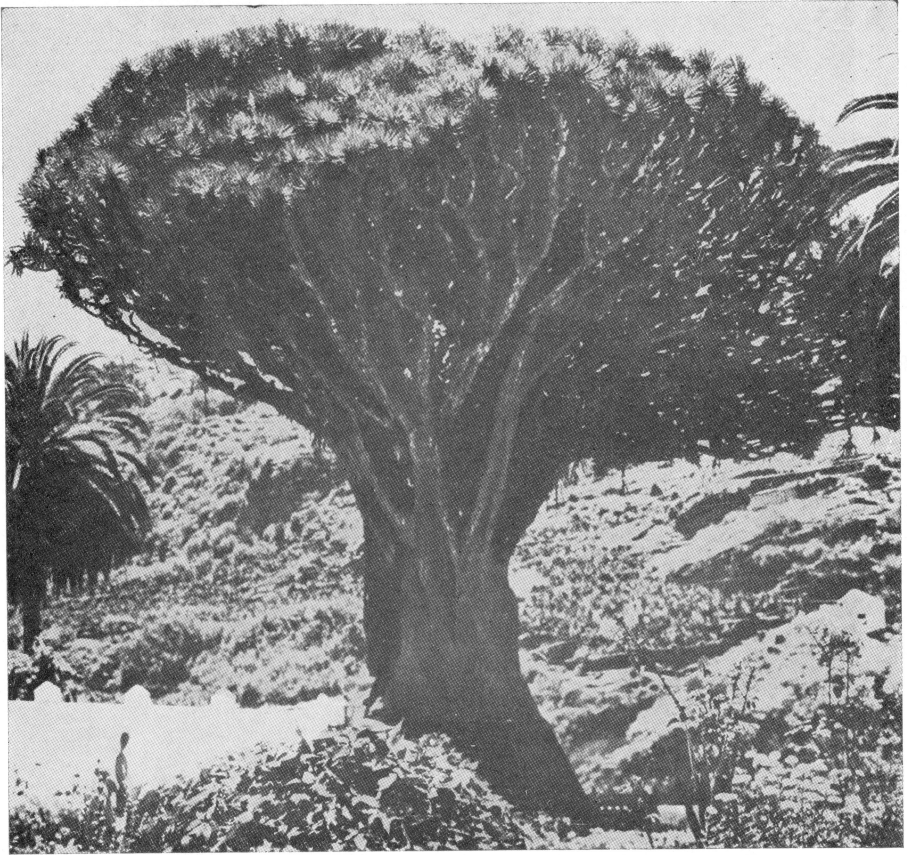
Pero la descripción que deja atrás todas las alabanzas de los poetas de la antigüedad es la que hace Luciano en su libro *De Verae historiae*, cantando lo que vio en las Afortunadas. Dice así:

«Siempre en los campos de las islas Afortunadas está de asiento la primavera, y sopla sólo el viento céfiro o agradable favonio. Y a la verdad aquel lugar verdea siempre con las flores juntas, con las plantas todas no ásperas y sombrías. Las viñas que allí hay dan fruto dos veces al año, y en cada uno de los meses pagan el tributo de sus uvas. Decían que los granados, manzanos y demás árboles frutales, trece veces daban fruto en el año. Porque en el mes que entre las afortunadas se llama Minons, decían que fructificaban los árboles dos veces.

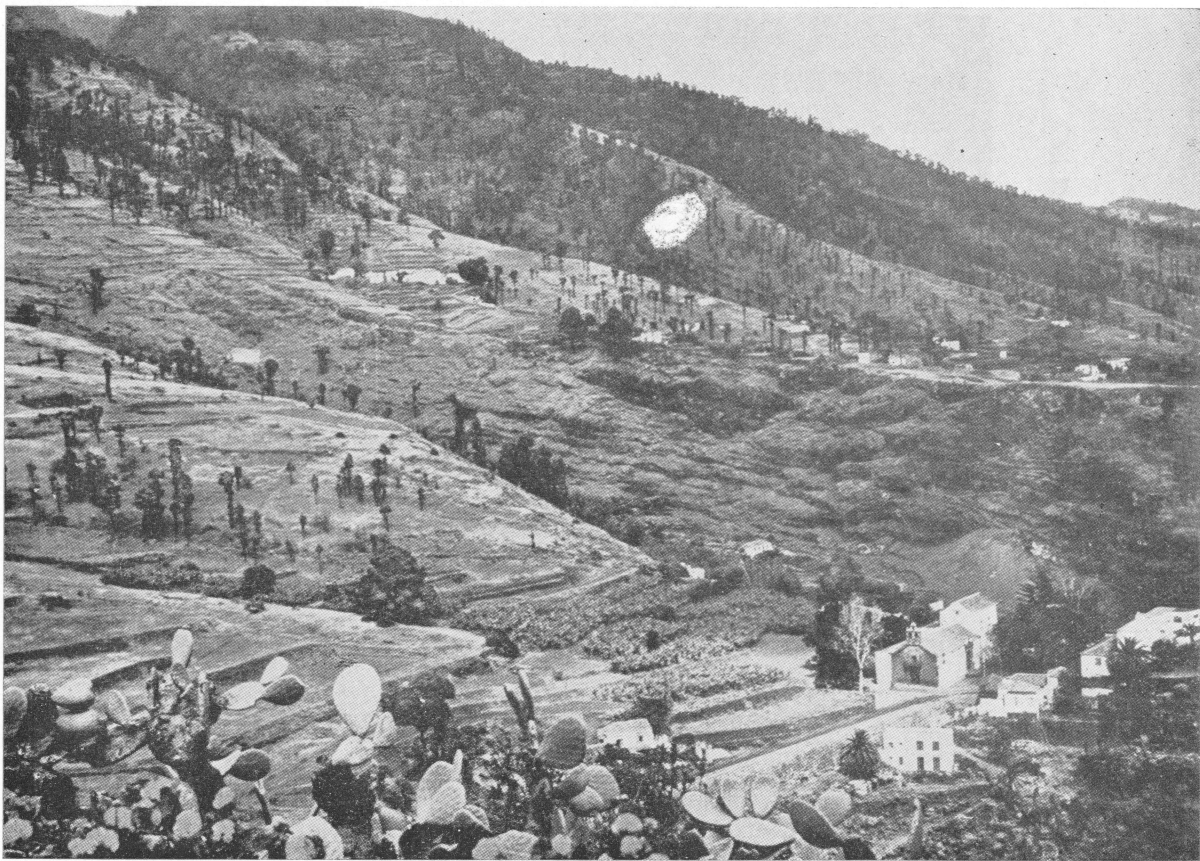
»Empero, en lugar de trigo arrojan las espigas panes preparados en su sumidad y corona, a manera de hongos. Las fuentes que tienen en su ciudad son: trescientas setenta y cinco de agua, otras tantas de miel y quinientas de óleo, bálsamo y diversos olorosos licores. Y estas fuentes son las menores, porque de leche hay siete ríos y ocho de vino. Los convites se celebran fuera de la ciudad, en un campo que se llama Elíseo, porque hay allí un prado muy hermoso, a quien rodea un bosque, plantado con todo género de árboles, que hacen sombra a los que están acostados. La carne, empero, la hacen de flores. Los vientos son los que sirven a la mesa, y traen todas las cosas juntas que se pidan: un sólo oficio no hacen, es el de dar el vino, y es la causa que los convidados no tienen necesidad de él, porque cercan al lugar del convite unos árboles grandes y diáfanos de vidrio resplandeciente, cuyos frutos son unos vasos de toda hermosura, así en el arte como en la magnitud.

»Luego, pues, que uno llega al convite, coge uno o dos de estos vasos, y lo mismo es ponerlos en la mesa que llenarse de vino.

LAMINA III



*El Drago milenario de Icod de los Vinos, en Tenerife.*



*Santuario de Nuestra Señora de las Nieves, rodeado de «pinus canariensis», en Santa Cruz de la Palma.*

»De corona y guirnalda sirven a los convidados los ruiseñores y demás canoras aves. Las otras, cogiendo con su pico flores de los prados cercanos, revolotean sobre la cabeza de los convidados, uniendo en uno el vuelo y el canto.

»El modo de ungrirse es en esta manera: nubes espesas beben a una licores olorosos de las fuentes y los ríos, espárcese luego sobre el lugar del convite, y poco a poco exprimiéndolos los vientos, exhalan de sí cierto licor muy sutil y delicado a manera de rocío.»

También de las islas, y refiriéndose al valle de la Orotava, en Tenerife, el gran naturalista Humboldt, dice: «Descendiendo a este Valle de Orotava se entra en un país delicioso del cual los viajeros de todas las naciones han hablado con entusiasmo.

»Yo he encontrado en la zona tórrida sitios en los que la naturaleza es más majestuosa, más rica en el desarrollo de las formas orgánicas; pero después de haber recorrido las riveras del Orinoco, las cordilleras del Perú y los hermosos valles de Méjico, confieso no haber visto en ninguna parte un cuadro más variado, más armonioso, más atractivo por la distribución de las masas de verdura y de roca.

»No puedo comparar esta vista sino a la de los golfos de Génova y de Nápoles, pero la Orotava les excede en mucho por el tamaño de las masas y por la riqueza de la vegetación.

»Mr. Anderson, el naturalista de la tercera expedición del capitán Coock, aconseja a los médicos de Europa que envíen sus enfermos a la isla de Tenerife.»

Dar una idea del panorama canario es bastante difícil. Es preciso visitar esta tierra privilegiada para poder admirar de cerca perspectivas únicas en el mundo.

Cuando recorremos cualquiera de estas islas, cada curva de la carretera nos descubre un panorama nuevo:



desde la postal egipcia hasta el lienzo antillano, desde el Norte abrupto hasta la planicie de la caña de azúcar y las palmas reales.

La isla de La Palma posee particularidades muy notables. «Aquí puede admirarse el cráter más grande del mundo, llamado por los naturales «Caldera de Taburiente», antiguo volcán monógeno apagado que mide alrededor de 28.000 metros de circunferencia, 9.000 de diámetro y 707 de profundidad. El interés científico y panorámico de este volcán es incalculable. Sus perspectivas son de un valor inmenso, con multiformes sectores variadísimos; ora la roca por donde desciende torrencial el agua abundante, ora el abismo inmensurable y la vegetación —helechos gigantes, añosos y corpulentos pinos escalonados por las vertientes en fantasmal procesión—, las aves y animales salvajes y el monolito sagrado «Idafe», altar de los primitivos indígenas para adorar al dios Aborá, se yergue aún como el rústico símbolo de ancestral divinidad. Todo rodeado por un inmenso anfiteatro de montañas de inaccesibles crestas y agujas, frecuentemente cubiertas por las nieves. El inmenso e incomparable volcán de la Caldera se contempla perfectamente desde casi todos los picos más elevados de la isla, mostrando a los ojos ávidos del caminante el más grandioso cráter de la tierra. Las rocas emergidas del fondo del mar suben bruscas a pendientes forzadas sus dos kilómetros para sobrepasar las blancas fajas de nubes con que se adornan y dejar hecho por mano de Dios el más bello minarete que pudiera soñarse: la Caldera a un lado, el contorno de la isla perfectamente visible en su totalidad, muestra su filigrana de espumas y las aguas del Atlántico, como si comenzaran a los pies de estas rocas se esparcen hasta cerrar el horizonte, en el que se levantan las islas vecinas, destacándose el inmenso cono del Teide, surgido según la copla popu-

lar del crisol de la Caldera. Plasmáronse en estos rincones todas las armonías y todos los contrastes, y no ansió más el espíritu, porque al conjuro de la luz, de las tierras, de las aguas y del fuego, no faltando ya ninguna belleza menor para rendir tributo a la más grande de las perspectivas, sonaron las músicas acordes del triunfo...»

## 6. FORMACIÓN GEOLÓGICA.

Son varias las teorías en que basan los geólogos la formación de estas islas. Mientras unos dicen que emergieron del mar en virtud de volcanes submarinos, otros se explican el fenómeno geológico dando por sentada la existencia de un continente llamado Atlántida y hoy sumergido en las aguas del océano. Algunos historiadores, entre ellos Cronau, afirman que era un gran continente que se extendía desde las costas occidentales de Europa hasta las de América, y que el nombre de Antillas, propio de algunas islas americanas, es una modificación del de Atlántida.

Cualquiera de estas hipótesis que se admita queda aún por resolver.

Es indudable que cierto número de indicios inclinan a considerar al archipiélago canario como de un origen exclusivamente volcánico, independiente de los movimientos modernos del litoral oeste marroquí. Esta era ya la opinión de Lyell, según el cual las Canarias fueron formadas por acciones volcánicas y *nunca estuvieron unidas al continente*. Este es asimismo el parecer de Fischer, de Pallary, Reclus, Bomgignar, Oswald Heer y de casi todos los geólogos que han estudiado el archipiélago, muy especialmente de Hartung.

La opinión favorable a la existencia de un continente atlántico que se tendiera en algún tiempo de América a

Europa y se haya hundido un día en las profundidades atlánticas, fue propuesta por Forbes y sostenida por Unger, Bory de Saint-Vicent y por Termier. Fue creada esta opinión como una necesidad para explicar las relaciones innegables entre las faunas y floras terciarias de Europa y América y la similitud de las costas fronterizas de las masas continentales europeo-africanas y americanas.

La cuestión tan debatida de la famosa Atlántida está íntimamente relacionada con la geología de las islas Canarias. Autorizadas opiniones creen ver en este archipiélago restos de aquel naufragio que conmovió al mundo, causando una revolución en el planeta.

Gaffarel entiende que las Antillas, las Canarias y las Azores son los vértices de una inmensa isla triangular, que muy pasado el período terciario se hundió bajo las aguas a consecuencia de las contracciones de la corteza terrestre, dejando aquéllas testigos de su existencia, y el humeante pico de Tenerife huella de la tremenda sacudida volcánica que acompañó tan colosal trastorno. Así se explica cómo los americanos encontraron puente de comunicación con Africa y España (comunicación de la que volvemos a tratar en el capítulo V).

Al acercarse a las costas de Argelia, decía un personaje de *La Atlántida*, de Benoit: «Compadezco a los que, cuando por primera vez divisan las pálidas peñas, no sienten que el corazón les da una sacudida al pensar que aquella tierra se prolonga en una extensión de miles y miles de leguas...»

«Más allá de las columnas de Hércules —según el académico señor Saavedra— había cierta isla de extensión tan considerable como un gran continente, habitada por una nación llamada de los atlantes, cuyos diez reyes, coligados en estrecha alianza, se apoderaron de parte de Europa y de toda la Libia y fueron al cabo deshechos en choque formidable por los primeros atenienses. Eran los

atlantes gente que había alcanzado ilustración elevada, dominaban en varias islas vecinas a sus costas y hacían viajes marítimos a otro continente fronterizo de su tierra. Sus leyes y costumbres ofrecían modelo de organización política y de virtudes sociales; pero hacia los tiempos de su derrota cayeron en corrupción lamentable, y la cólera de los dioses en tremendo cataclismo hundió por siempre la desventurada Atlántida en el seno de los mares cuya superficie se llenó de un lodo tan espeso, que fue ya imposible navegar por aquellos parajes. Los geógrafos antiguos aceptaron sin oposición y duda la existencia y subsiguiente desaparición de la isla; pero los neoplatónicos empezaron por dudar, después negaron la veracidad histórica del relato, y ya se puede decir que estaba relegada al olvido cuando el descubrimiento de América primero, y los adelantos de la geología y la hidrografía en la actualidad, han vuelto a poner la cuestión sobre el tapete. Salen cada día nuevas hipótesis para explicar históricamente la narración platónica, encaminadas a suponer en los antiguos una reminiscencia de tierras por las que se comunicaban con los americanos, cuando no fueron estos mismos.»

Sobre la famosa Atlántida de Platón, mi maestro, el sabio historiador, don Antonio Ballesteros y Beretta, dice así: «Durante siglos la Humanidad ha venerado esta joya que la Edad Media leyó con avidez en la traducción latina del siglo VI de nuestra era, escrita por Calcidius. La exposición es árida y contribuye a que sea uno de los libros más oscuros de la antigüedad. Pero esa misma abstrusidad le presta un encanto de misterio. El tema central es la formación del alma del mundo y cuanto se refiere al hombre...»

**CAPITULO II**

**GENESIS  
DE LAS  
ISLAS CANARIAS**

## LA ATLANTIDA

Entre los historiadores que se han ocupado de las Islas Canarias descuella Viera y Clavijo, quien dice que estas Islas no son simples erupciones de volcanes por más que hayan sido probadas por el fuego, como en un laboratorio químico, sino porciones de una tierra primitiva y regular que se ha hundido, y añade: «¿Adquiriría este mar la denominación de Atlántico por haber reemplazado el sitio que ocupaba antes de su ruina la famosa Atlántida de Platón? O, lo que es lo mismo: ¿se llamarían Atlánticas estas islas por ser como los fragmentos, reliquias y porciones más elevadas de aquella tierra infeliz? Yo no me atrevería a hacer estas preguntas si el diálogo de *Critias* y el *Timeo* del mismo Platón estuviese absolutamente convencido de fabuloso, y si no hubiese hombres de sana crítica inclinados a darle asento y a discurrir acerca de él con toda seriedad. Este filósofo fue un autor de admirables prendas, por su carácter sincero, meditativo y grave está por amante de la verdad, y aun se le dio el sobrenombre de Divino.»

La base informativa sobre la Atlántida está en los diálogos de Platón: el *Timeo* y el *Critias*.

El *Timeo* y el *Critias* son dos obras de la vejez de Platón, escritas después de sus dos últimas estancias en Sira-

cusa, en una época en donde él estaba convencido de la imposibilidad de realizar su ideal político y estaba consagrado hacia estudios absolutamente diferentes.

El *Timeo* encierra lo esencial de las doctrinas matemáticas, físicas, geológicas y fisiológicas de Platón.

Muchos de los escritos de Platón prueban, y más que otro alguno tal vez el *Timeo*, la mucha influencia que ejercieron sobre Platón las doctrinas de Pitágoras, de donde tomó de él el procedimiento de exposición, simbólico, breve, esotérico, sentencioso y artificialmente misterioso.

El *Timeo* es la cosmogonía de Platón. No podía faltar una cosmogonía en obra tan profunda, tan original y tan varia como la de Platón. Esta obra ha sido considerada siempre como su obra cumbre.

Este diálogo es la verdadera enciclopedia de los conocimientos de su tiempo. Es decir, no sólo de la ciencia, sino de las creencias y, en cierto modo, hasta de las supersticiones admitidas y corrientes entonces.

En el *Timeo* intervienen con importancia muy desigual cuatro personajes: Sócrates, Hermócrates, Critias y Timeo. Los dos primeros se limitan a decir unas palabras; el tercero, a su mencionada exposición sobre la Atlántida, que tendrá más importancia en el diálogo inmediato, el *Critias*, continuación del *Timeo*, y que Platón dejó, como se sabe, sin acabar. En este diálogo Platón recoge nuevamente el tema de la Atlántida, y con el fin de cotejar su organización con la ateniense, nos hace un más detenido relato sobre las características físicas y políticas del país que finaliza con una justificación moral de su decadencia.

En el apéndice I, que damos al final de este libro, se verá lo que concierne a los hechos de la historia de Atlantis, según el *Timeo* y el *Critias*.

Algunas afirmaciones del sacerdote de Sais merecen ser tomadas en consideración. Atestiguan en favor de las

teorías de Hörbiger y por ello mismo en favor de la ciencia egipcia.

El sacerdote egipcio dice textualmente en el *Timeo*: «Una desviación se produce a veces en los cuerpos que circulan del cielo alrededor de la Tierra. Y en intervalos de tiempo muy espaciados, todo cuanto se encuentra sobre la tierra perece por el fuego.» El sacerdote continúa: «Otras veces los dioses purifican la tierra por las aguas y la sumergen.»

La idea general de Hörbiger es aplicada por el sacerdote egipcio al engullimiento de la Atlántida, motivado por la captura de nuestro satélite actual, y que originó incesantes desplazamientos en la corteza terrestre, acompañado de prodigiosas erupciones volcánicas y subida de las aguas de los mares en los trópicos.

La sumersión de la Atlántida de Platón puede haber tenido lugar hace unos doce mil años, según apunta Bellamy en su libro *Una vida histórica de la Tierra (A life history of earth)*.

Los cálculos de Hörbiger muestran que hace unos doce mil años la Luna actual fue capturada, y la cifra concuerda suficientemente con la de Platón, si tenemos en cuenta los nueve mil seiscientos años que fija Platón el hundimiento de la Atlántida y sumamos esta cifra a los dos mil quinientos años que nos separan del filósofo griego.

Bellamy —como hemos visto— es de la misma opinión que su maestro Hörbiger. Este es un sabio cosmógrafo austríaco, muerto en 1931 y autor de una teoría de la formación del universo solar conocida por el nombre de *Cosmogonía Glaciar (Glacialkosmogonie)*.

Esta teoría no ha sido aceptada en conjunto por los hombres de ciencia contemporáneos, principalmente por el francés Furon y el inglés Hoyle, pero se ha revelado capaz de explicar los enigmas de ciertos terrenos científicos, en particular en el análisis y clasificación de los mitos



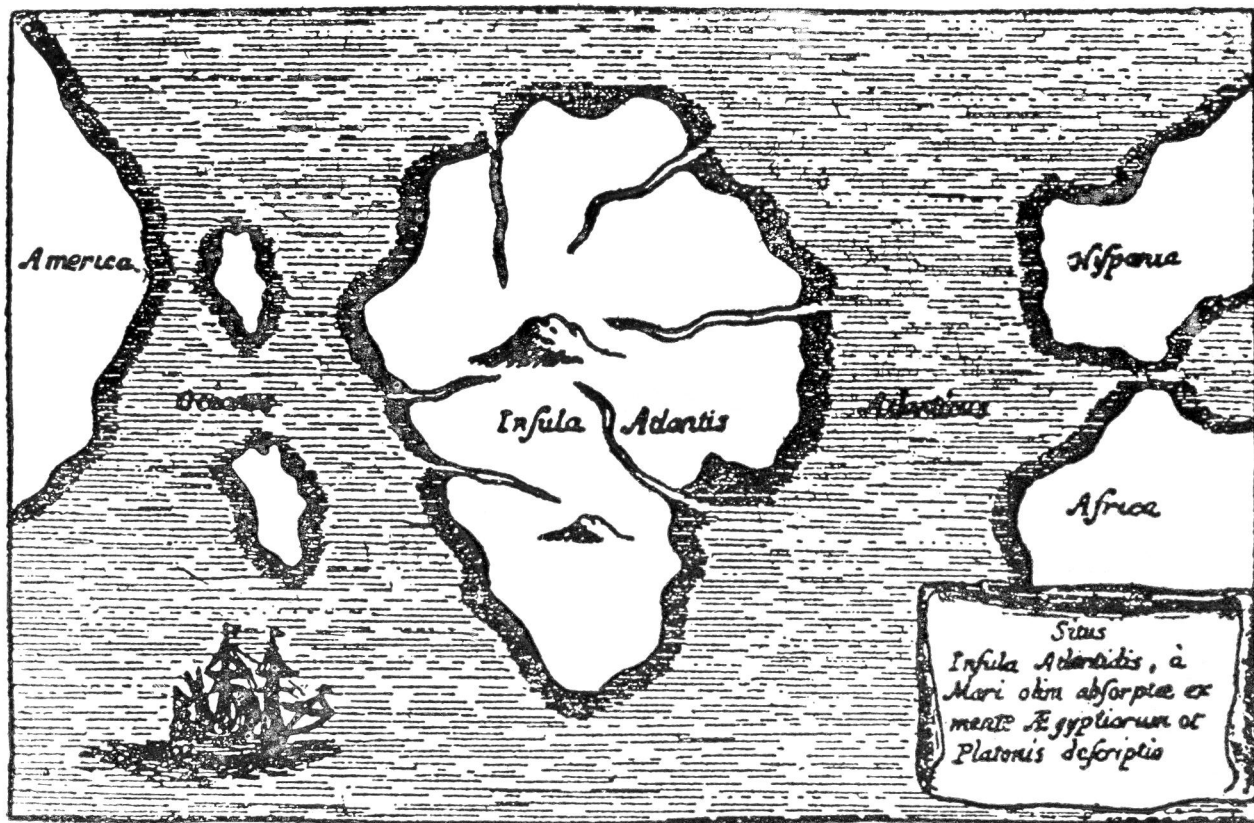
aportados desde la más alta antigüedad o recogidos entre los salvajes de hoy.

El gran historiador G. Glotz, hablando del papel que desempeñaban los «mitos» en las investigaciones históricas, escribía: «Es un hecho universal que la leyenda precede a la historia; pero una crítica atenta y severa, sobre todo cuando llama en su ayuda al método comparativo, es capaz de descubrir elementos históricos en la leyenda misma.»

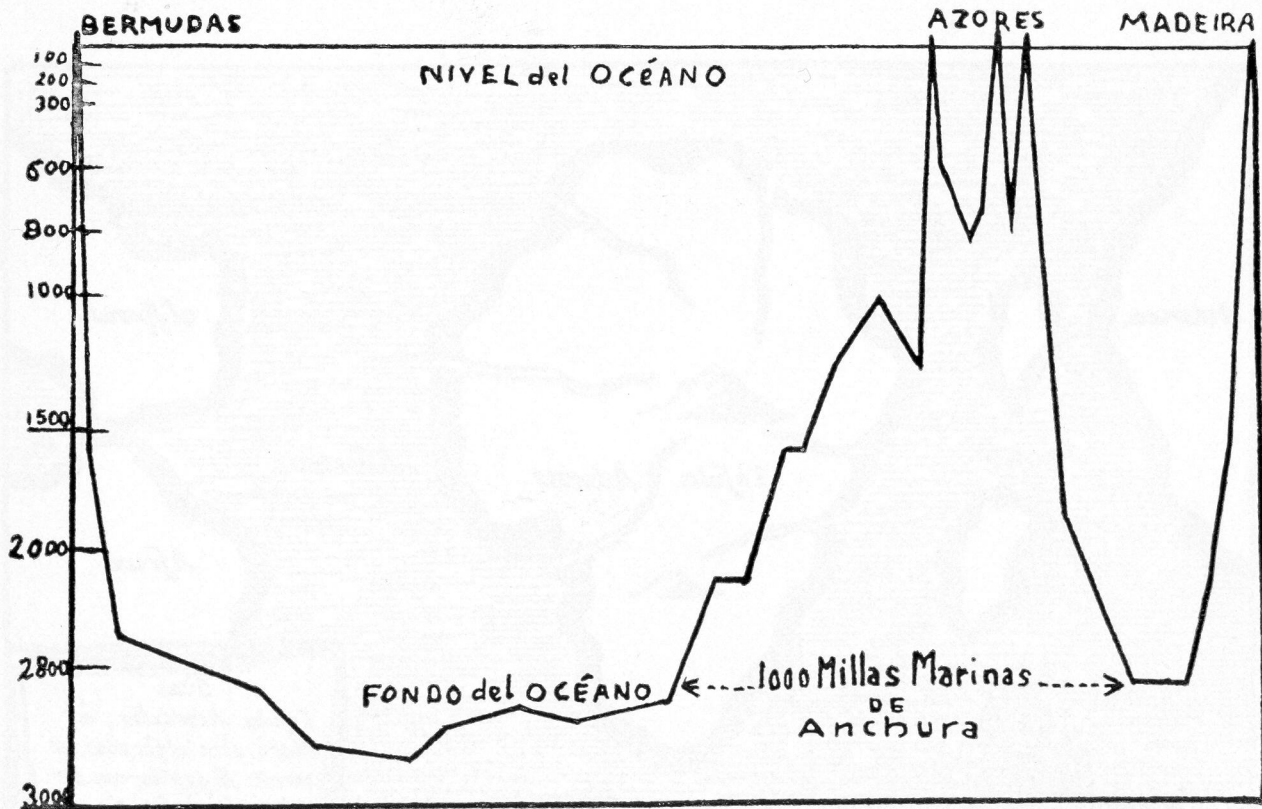
Para comprender la explicación que la *Cosmogonía Glaciar* da de la sumersión de la Atlántida es necesario precisar el proceso de la captura de las lunas. La *Cosmogonía Glaciar* enseña que la Tierra ha captado toda una serie de lunas y que los períodos geológicos principales (épocas primaria, secundaria y terciaria), han sido interrumpidos y terminados, cada uno, con efectos catastróficos, por la caída de una luna.

Hörbiger estima que cuando la Tierra en su órbita helicoidal o espiral capturó la Luna actual, ésta aspiró hacia ella en un principio todas las aguas de los mares, y debió situarse mucho más cerca de la Tierra que actualmente, ya que las gravitaciones respectivas sólo le equilibraron después de tanteos y vaivenes y que las aguas despararramadas entonces más ampliamente hacia los polos fueron atraídas bajo el curso de la Luna, inundando la Atlántida y otras tierras del hemisferio Sur.

La Luna actual era un pequeño planeta que, como todos los planetas, daba vueltas sin cesar alrededor del Sol, en una espiral que se iba estrechando. Los pequeños planetas giran en espiral alrededor del Sol más aprisa que los grandes, porque su fuerza de inercia es menor: llevan en sí menos potencia de aquella explosión primitiva que los lanzó lejos del Sol. Y así, en su espiral centrípeta más rápida, los pequeños planetas adelantan a los mayores. Ocurre fatalmente que un pequeño planeta pase demasia-



Situación de la Atlántida, según la descripción de Platón.



*Perfil del Océano Atlántico y parte sumergida de la antigua Isla de Atlantis, según Donnelly.*

do cerca de uno mayor, y entonces la gravitación de éste se revela más fuerte que la del Sol. El pequeño planeta se pone a girar en torno al grande y se transforma en satélite.

De este modo la Luna de nuestra época fue captada por la Tierra. Su presencia es bastante reciente; data de unos doce o trece mil años, y está aún a una distancia de sesenta radios terrestres.

A su vez acabará por aproximarse a la Tierra; reunirá las aguas de los mares en una marea permanente bajo la elipse de su curso; inundará los trópicos, salvo las más altas montañas; aliviará de su peso a todos los seres y creará, sin duda, una nueva raza de animales, de plantas y de hombres gigantescos. Acercándose más aún, estallará a su vez y formará alrededor de la Tierra un inmenso anillo de rocas, hielo, agua, aire y otros gases. Y en fin, estrechándose cada vez más, este anillo vendrá a estrellarse sobre la Tierra.

Tal sería quizás el fin del hombre. Los cálculos de Hörbiger indican que la Luna actual es, en efecto, más grande que las lunas precedentes, y, por tanto, la catástrofe que causará su caída será más violenta aún que ninguna otra catástrofe anterior.

Los discípulos de Hörbiger sostienen que hay en el *Apocalipsis* ciertos recuerdos bastante precisos de lo que ocurrió con la caída de la luna terciaria.

H. S. Bellamy, el más conocido de los discípulos de Hörbiger, ha logrado ahora dar un sentido al *Apocalipsis* en su obra *El libro de la Revelación es historia* (*The book of Revelation is history*).

Su idea central es que el *Apocalipsis*, al describir el fin del mundo, traslada recuerdos mezclados y muy confusos de la catástrofe de la Era Terciaria, cuando el satélite de aquel entonces cayó sobre la Tierra. Y como el fin de nuestro mundo llegará cuando nuestra Luna caiga so-

bre la Tierra, es evidente que el método es bueno. Al final de la Era Cuaternaria se reproducirán acontecimientos bastante semejantes a los del final de la Terciaria. Naturalmente, algunas tradiciones del fin de Atlantis se mezclaron a leyendas mucho más antiguas sobre la destrucción del mundo precedente.

Desde siempre, el relato de las catástrofes cósmicas ha ido acompañado de juicios morales. Platón fue el primero en explicar la catástrofe de la Atlántida por causas morales. Los hombres se volvieron perversos, los dioses se encolerizaron y enviaron el desastre.

Platón nos dice textualmente en el *Critias*: «Cayeron en la indecencia —aparecieron viles— y el dios de los dioses, Zeus, que reina por las leyes, comprendió que miserables disposiciones adquiriría esta raza, de un carácter primitivo tan excelente. Quiso aplicarles un castigo, a fin de hacerlos reflexionar y conducirlos de nuevo a una mayor moderación.»

Y sin embargo, Bellamy sostiene que la degeneración siguió a la catástrofe, en lugar de haberla causado. Los hombres se volvieron malvados y caníbales porque la destrucción de su civilización los sumergió en el terror y la necesidad. Platón había dicho ya que la preocupación por las necesidades materiales destruía el refinamiento.

Y por último, los egipcios conocían perfectamente la existencia de América; Platón no podía haberla inventado.

El sacerdote dice: «Los viajeros de aquel tiempo podían pasar de una isla a las otras islas, y de ellas podían alcanzar el continente situado a la orilla opuesta de este mar. Este imperio era dueño de la isla entera y también de otras muchas islas y de partes del continente» (*Timeo*).

Saurat, autor del libro *La Atlántida*, señala, en las páginas 163-64: «Este pasaje me parece probar irrefutablemente la ciencia egipcia —pues Platón no vuelve a hablar de este continente, y probablemente no cree en él—, pero

igualmente puede probar la verdad de los principales elementos del relato: si los egipcios conocían América, y situaban este continente en relación con las islas oceánicas y Europa-Africa, no hay razón alguna, después de Hörbiger, para dudar de la verdad fundamental del relato trasladado por Platón.

»¿Quién habría podido inventar América? Si los egipcios conocían y decían la verdad sobre América, lo que decían sobre la situación de Atlantis era igualmente verdadero. Estas dos verdades se emparentan. Platón ha podido inventar las antiguas constituciones de Atenas y de las islas, pero no ha inventado ni América, ni Atlantis. Cuando se cita el pro y el contra, el testimonio de Platón es decisivo.»

Los partidarios de la *Cosmogonía Glaciar*, entre otros Georg, Hinzpeter, Fischer, y en especial Edmundo Kiss, se esfuerzan en probar que las construcciones de *Tiahuanaco*, en los Andes, son restos arquitectónicos levantados por una colonia de la Atlántida (véase apéndice II al final de este libro).

La mayoría de los autores que han tratado acerca de la Atlántida nos dicen que podemos tomarnos en serio el relato de Platón en sus datos generales, ya que tiene todos los caracteres de la verdad. Platón siempre dice cuándo su tema es ficticio y cuándo es verdadero.

El mismo Platón insiste una y otra vez que el relato «no es de ningún modo una elucubración literaria, sino una fidedigna historia bajo todos los aspectos» (*Timeo*). Y en lo relativo al heroísmo de la gesta realizada por los atenienses al lograr vencer a los atlantes y salvar así a la ciudad de los asaltantes, señala Platón: «Esta es una hazaña que, a pesar de no haberse divulgado mucho, ha ocurrido realmente, de manera incontestable» (*Timeo*).

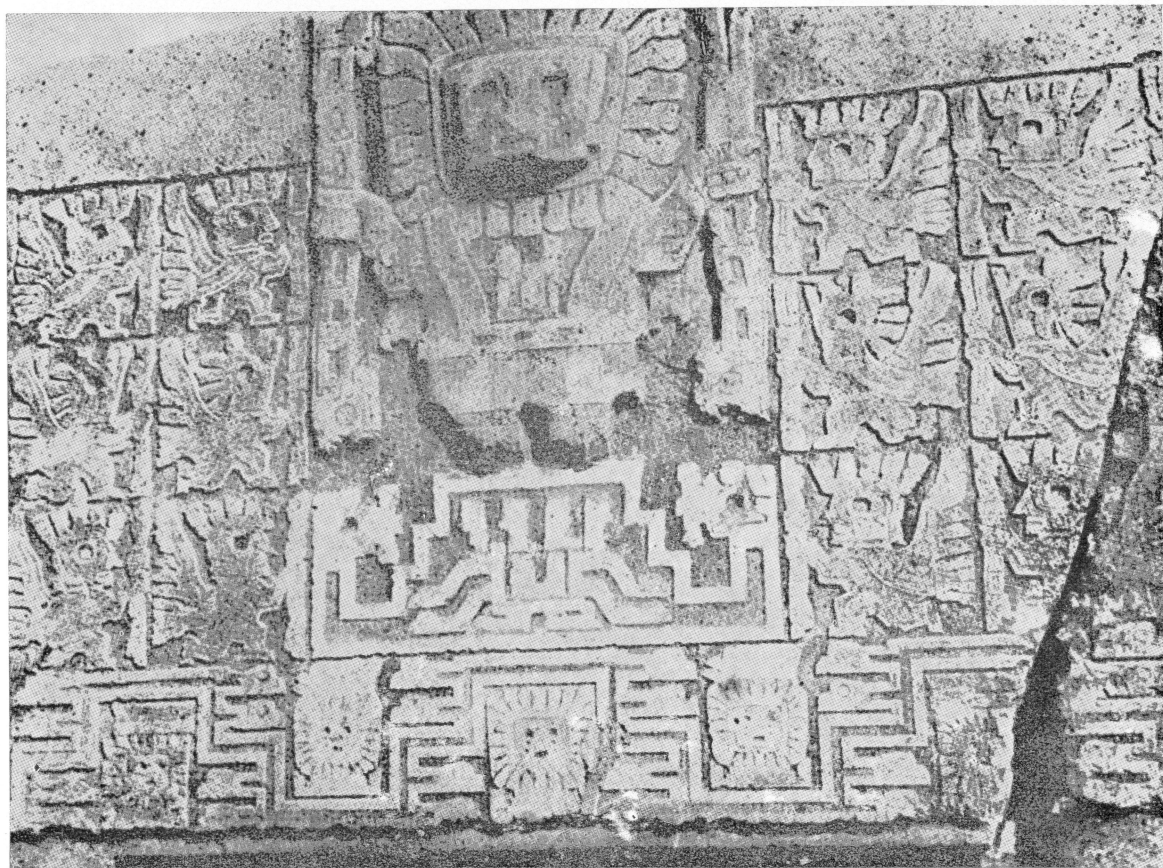
En el diálogo, Critias invoca a la diosa de la memoria, Mnemosina, para que intervenga en su favor cuando se

trate de detallar y pormenorizar los diferentes sucesos que intervienen en el relato. Reiteradamente insiste Platón en que el relato sobre la Atlántida se basa en inscripciones y papiros egipcios que el propio Solón vio personalmente y que el relato «es tan digno de fe como lo que más».

Otros autores niegan la realidad de la Atlántida de Platón. Y creen ver en los diálogos el *Timeo* y *Critias*, puramente una fábula, y que Platón inventó buscando apoyo tradicional al sistema político que quería implantar. Entre estos autores nos encontramos con Aristóteles, que fue el primero que afirmó cómo Platón, no teniendo la ocasión de poner en práctica su programa en la reorganización verdadera de la sociedad humana, había sido llevado a una creación poética. Aristóteles decía: «Platón hizo él solo salir la Atlántida de las olas, para luego él mismo volver a hundirla en ellas.»

Sin embargo, el mismo Aristóteles parece contradecirse, según los partidarios de la realidad de la Atlántida, ya que ha dicho en un fragmento de su *Constitución de los Tegeos* conservado por un comentarista de *Los Argonautas* de Apolonio de Rodas, que los habitantes de la Arcadia, los prehelénicos, mencionaban como título principal para la posesión de su país, que procedían de la Atlántida y que lo habitaban ya antes de que hubiese una Luna en el cielo. Esta última afirmación no tenía sentido antes de la teoría de Hörbiger.

Si analizamos las hipótesis atlantídicas después de Aristóteles, observamos que los autores antiguos hacen raras alusiones y con escepticismo a la tradición platónica. Los historiadores romanos se fundan la mayoría de las veces en fuentes griegas. Los alejandrinos y las fuentes romanas de la época no aportan casi ninguna idea nueva para la solución de la cuestión en lo que concierne a la situación exacta de la Atlántida. Sin embargo, el filósofo neoplatónico Proclo, autor de una notable traducción co-



LAMINA VII

*Parte superior del gran pórtico de Tiahuanaco, con el personaje mítico y el calendario.*





*Cabezas de piedra descubiertas en las ruinas de Tiahuanaco.*

mentada del *Timeo*, cuenta al glosar este diálogo, que uno de los primeros discípulos de Platón, Crantor, fue a Egipto con objeto de verificar el relato de su maestro. Y que allí los sacerdotes, sobre confirmarle lo que se proponía averiguar, le mostraron estelas cuyas inscripciones referían la historia de la Atlántida.

Luego, en la Edad Media, aquellos que mencionaron la «cuestión Atlántida» lo hicieron de pasada y sin darle la menor importancia. Tal vez no tan sólo a causa de la influencia de Aristóteles, que fue durante la Edad Media el gran «astro» de los espíritus, sino por estar el problema en desacuerdo con la *Biblia*.

Al llegar a la Edad Moderna, la Atlántida parecía olvidada. Geógrafos, cartógrafos y navegantes, es decir, cuantos más podían haberse interesado por esta cuestión, diríase que jamás habían oído hablar de ella. Para Colón y Toscanelli, por ejemplo, era algo desconocido o de lo que tal vez no valía la pena ocuparse. En los escritos de nuestro gran descubridor no hay la menor alusión a la isla platoniana. Esto es lógico si se piensa o se recuerda que Colón murió seguramente sin saber que había descubierto un continente desconocido hasta entonces (al menos de un modo «oficial», por decirlo así) y creyendo siempre que había alcanzado islas de la costa oriental de Asia, en cuya busca emprendió su viaje; es decir, esperando que llegaría a *Cipango*, el Japón y a los países misteriosos descritos por Marco Polo, por un camino mucho más corto, pero sin imaginar que entre Europa y el Asia remota había todo un continente y, ni por supuesto, la gran isla de que había hablado Platón. Es más, casi se podría asegurar (pues de otro modo alguna alusión hubiese hecho en la relación de sus viajes) que ni había oído hablar jamás de Platón y de su *mito*, ni tan siquiera de la profecía de Séneca.

En la *Medea* de Séneca, versos 376-80, se lee, en efecto:

Venient annis saecula seris  
Quibus Oceanus vincula rerum  
Laxet, et ingens pateat tellus,  
Tethysque novos detegat orbes,  
Nec sit terris ultima Thulé.

«Un tiempo vendrá, pasados los siglos, en que el océano, desatando las cadenas que aprisionan las cosas (que rodean el mundo), dejará ver un enorme continente. En que Tethis descubrirá nuevos países y Thule dejará de ser la última de las tierras (el fin del mundo).»

Séneca, enterado de muchas más cosas que Colón y, por supuesto dotado de un espíritu muy superior, podía lanzarse a aventurarse esta al parecer extraña profecía en su época. ¿Tenía acaso noticias él del desconocido Marcellus, citado posteriormente por Proclus, y a causa de ello de «las numerosas islas situadas más allá de las columnas de Hércules», que, de ser cierto este testimonio serían las Azores y las Canarias? En todo caso sí de los viajes de Ulises, de su encuentro con Calipso, en cuya gruta de la isla Oigia habitó durante algún tiempo. Por cierto que modernamente se ha conjeturado que esta isla era una de las Canarias porque como, según Homero, en su centro se elevaba una alta montaña, se ha visto en ésta el pico de Teide. También habría leído a Diodoro de Sicilia, y a causa de ello sabría quizá que intrépidos marinos fenicios habían descubierto en tiempos en el océano Atlántico una isla inmensa (Cuba o Jamaica, aventuran algunos autores modernos). Quizá supiese asimismo por Strabón que muchos navegantes audaces de la época osaban aventurarse bastante lejos hacia el Oeste. En todo caso sí que en aquel remoto, desconocido y misterioso Oeste estaban por lo menos las islas llamadas *Bienaventuradas* por los

griegos y *Afortunadas* por los romanos, sus contemporáneos. Estas islas (las Canarias actuales, cuyo clima debía de haber maravillado a los que en ellas pusieron sus pies en todo tiempo) habían sido cantadas por Horacio (Epod. XVI, 41):

Nos manet Oceanus circum vagus; arva, beata  
Petamus arva, divites et insulas,  
Reddit ubi Cererem tellus inarata quitannis

«El océano que envuelve el mundo nos llama. Navegamos hacia los campos benditos de las Islas Afortunadas, en las que cada año la tierra de Ceres da, sin ser cultivada, sus frutos.»

Después de una zona de silencio que dura varios siglos, el problema de la Atlántida reaparecerá en la literatura medio siglo después del descubrimiento de América.

Pero al llegar el Renacimiento y ser incorporada la filosofía de Platón entre sus intelectuales, fue cuando la realidad de la Atlántida pasó a primer plano. Así se explica cómo con un pasado tan problemático, incierto y oscuro bajo los imperativos de la filosofía aristotélica ha podido la «cuestión Atlántida» renacer y tomar el incremento y fuerza que hoy tiene e incluso dar nacimiento a la fe moderna de tantos autores en lo que a ella afecta.

Después del Renacimiento vuelve una nueva zona de silencio sobre la Atlántida de Platón, hasta que el astrónomo francés Juan Silvano Bailly, autor de la «Historia de la Astronomía», la sacó del olvido a fines del siglo XVIII, fundado en la necesidad de admitir la existencia de un pueblo anterior a todos los conocidos por la Historia, que hubiera desaparecido después de haber llegado a un alto grado de civilización de la que fueron destellos conservados por la tradición ciertas medidas astronómicas de que

estaban en posesión algunos pueblos de Oriente y a los que juzgaba incapaces de haberlos obtenido directamente.

Bailly publicó en 1778, tres años después de su *Historia de la Astronomía Antigua*, las famosas *Cartas sobre la Atlántida*, que igualaron en popularidad a las *Cartas persas*. El astrónomo francés dirigió sus famosas cartas a Voltaire, y se propone demostrar a éste la existencia de un antiquísimo pueblo civilizado, que influyó grandemente en los conocimientos considerados por nosotros como más antiguos, en la sabiduría brahmánica y en otros pueblos orientales, además del helénico. Bailly apela al testimonio de Platón y cita la historia de la Atlántida, sus reyes y sus instituciones, según el *Timeo* y el *Critias*.

Bailly había dedicado sus cartas sobre la Atlántida a Voltaire, sin duda para atraerse la estima de un hombre cuya autoridad era tan grande. Voltaire nada objetó a sus opiniones. De este hecho se desprende que Voltaire era del parecer de Bailly.

Por su interés damos a continuación una de las famosas cartas que el astrónomo y político francés dirigió a Voltaire:

Aquí termina el texto de Platón; el resto nos falta. Pero se ve que el filósofo, queriendo conformar la historia para provecho de los hombres, iba a contar la sumersión de la isla Atlántida, la destrucción de sus habitantes, y presentarla como un castigo. La justicia divina destruyó la guarida desde donde tantos depredadores y conquistadores ávidos habían salido para desgracia del mundo. Aparecieron como azotes de la tierra, y los azotes del cielo abismaron la isla que los había engendrado.

«... Sin duda Platón quiso agradar en su relato de los atlantes; es más, quiso instruir.

»Más moralista que poeta, nos ha pintado con complacencia sus costumbres puras, su corrupción y su castigo. Pero es evidente que la moral no es aquí más que un ac-

cesorio. Es un historiador el que narra una gran catástrofe, y que saca de ella una gran lección. Habla de la virtud de los atlantes, pero sólo para mostrar la altura de su caída y para motivar el castigo celestial. Si la moral hubiera sido su principal objeto, habría pintado con mayor detalle las puras costumbres cuya imitación proponía, no se habría divertido describiendo con tantos pormenores las dimensiones, la situación de la isla, sus producciones, sus riquezas, la magnificencia de sus palacios y templos.

»Todo debe guardar sus proporciones en un pequeño cuadro, y estas descripciones son largas para un relato bastante corto. Platón conocía muy bien la ordenación pintoresca para situar su tema en un rincón del cuadro y agrandar en cambio las partes accesorias. No sólo Platón no inventó el fondo de las cosas, sino que tampoco los detalles son obra suya. Ha dejado allí el sello de la verdad; habría puesto el suyo si hubiera sido mentira. Platón cuenta que los diez jefes se reunían alternativamente todos los cinco o seis años en el templo de Neptuno, no teniendo preferencia alguna por el número par o impar. Si Platón hubiese creado a este pueblo, o por lo menos el cuadro de sus ideas y de sus costumbres, para mostrarlo como ejemplo, Platón, que ha construido el mundo con los cinco cuerpos regulares de la geometría y que en sus meditaciones metafísicas ha fundado sobre el número tres la perfección divina y la generación humana, no hubiera dejado de dar a su pueblo creado sus propias ideas y de ningún modo, atribuyendo a los atlantes esta indiferencia hacia los misteriosos números, hubiera apedreado a una antigüedad siempre arrodillada reverentemente ante el número impar...

»El relato de Platón... tiene todos los caracteres de la verdad. No es una ficción para divertir e instruir a sus lectores. La prueba de que Platón lo ha narrado y no imaginado es que Homero, que vivió mucho antes que él,

versado en el conocimiento de la geografía y de las costumbres extranjeras, también en la *Odisea* había hablado de los atlantes y de su isla... El nombre de Atlas y del pueblo atlante resuenan en todos los escritores de la antigüedad: Diodoro de Sicilia, Strabon, Plinio, Solón, Eurípides, etc. El poeta y el filósofo no han inventado estos nombres; y como los nombres suponen las cosas, la antigua existencia del pueblo es demostrada. No sería que estos escritores son los copistas del filósofo, ya que nos dan detalles que no se encuentran en los diálogos de éste. Había, pues, un fondo de historia o de tradición; había, pues, fuentes originales donde bebieron estos escritores lo mismo que Platón. Diodoro de Sicilia y el antiguo Sanchoiaron nos han conservado las genealogías y los hechos de los héroes atlántidas; voy a citar algunos fragmentos de sus relatos. Tengo necesidad de apoyarme en sus testimonios unidos al de Platón. Recordad que se trata de una antigua raza de hombres, de la invasión de la tierra, de una gran revolución que todo lo destruyó y cambió. Debo multiplicar las pruebas para poner más a la luz del día la verdad; debo reunir los detalles que muestren las circunstancias de este acontecimiento memorable. Platón nos ha descrito la isla Atlántida; Diodoro de Sicilia nos va a hablar de los hombres que la habitaron, de los hombres que de ella surgieron. La historia de los tiempos más alejados no está perdida por entero; existe, aunque interrumpida, dividida en los diversos autores...»

(Carta XII de Bailly a Voltaire, fechada el 28 de febrero 1778.)

En 1882, el político y escritor norteamericano Ignacio Donnelly publica una obra, *El mundo antediluviano*, que tuvo bastante éxito y designaba las Islas Canarias, Madera y las Azores como las cimas aún no sumergidas de las montañas de la Atlántida. Sobre todo, señalaba las analogías que existen entre la etnografía y las civilizaciones

antiguas del antiguo y del nuevo mundo. En particular, él consideraba Egipto y Méjico colonias fundadas por los antiguos atlantes, basándose en las analogías de su civilización.

Según Donnelly, la Atlántida habría sido el punto de partida de nuestra civilización actual. El expone la idea de que los atlantes fueron los creadores de casi todas nuestras artes y de casi todas nuestras ciencias: «Ellos fueron los padres de todo lo que es fundamental en nuestras concepciones del mundo y de la vida. Ellos fueron los primeros civilizadores, los primeros marinos, los primeros comerciantes, los primeros colonizadores y colonos de la tierra. Su civilización era ya vieja cuando la de Egipto era joven. Su reino existía millares de años antes que la de Babilonia, de Roma o de Londres.»

Donnelly hace autores a los atlantes de toda una serie de invenciones como la brújula, la pólvora de cañón, la industria de la seda, la fabricación del papel, el cultivo de la mayor parte de las plantas de jardín, de los campos y la astronomía científica.

Pero para apreciar cómo Donnelly se figura el origen de las invenciones y de los descubrimientos, lo mejor es utilizar el cuadro sinóptico que da en su libro:

1.º Que en otro tiempo, en medio del Océano Atlántico, enfrente de la entrada del Mediterráneo, existía una gran isla que era el resto de un continente atlántico y que fue conocido del mundo antiguo bajo el nombre de Atlántida.

2.º Que la descripción dejada por Platón de esta isla no es del todo como se ha admitido durante largo tiempo una fábula fantástica, sino que es verdadera historia prehistórica.

3.º Que la Atlántida fue la tierra misma donde el hombre por primera vez se eleva por encima de la barbarie y se alza en la civilización.



4.º Que la población de la Atlántida, en el curso de innumerables siglos, se desarrolla en una nación numerosa y potente, cuyo excedente de población puebla de razas civilizadas las orillas del golfo de Méjico, las del Mississipi, del río Amazonas, del océano Pacifico en América del Sur, y de otra parte, el mar Mediterráneo, las costas de Europa occidental, de Africa occidental, del mar Báltico, el mar Negro y mar Caspio.

5.º Que la Atlántida no era otra cosa que el mundo antes del diluvio con el jardín de las Hespérides, los Campos Elíseos, con el Olimpo.

6.º Que los dioses, las diosas y los héroes de los antiguos griegos, fenicios, hindúes y de la mitología nórdica, no eran otra cosa que los reyes, las reinas y los héroes de la Atlántida; y que los actos y hazañas que les atribuye la mitología, no son otra cosa que el recuerdo confuso de acontecimientos prehistóricos reales.

7.º Que la mitología de los egipcios y del Perú constituía la religión primitiva de los atlantes, que consistía en una veneración del Sol.

8.º Que las herramientas y otros utensilios de la Edad del Bronce en Europa provenían de la Atlántida, y que los atlantes fueron los primeros que trabajaron el hierro.

9.º Que la Atlántida era el lugar donde residieron primitivamente también los troncos étnicos arios o familias indoeuropeas.

10. Que la Atlántida fue aniquilada por un horrible cataclismo natural que engulló en el mar la totalidad de la isla hasta el nivel de las más altas cimas (estas cimas constituyen actualmente los archipiélagos de las Canarias, Azores, Cabo Verde, etc.) con casi todos los habitantes.

11. Que solamente algunos individuos se salvaron en barcas o balsas. Ellos llevaron a los pueblos establecidos sobre las costas orientales y occidentales del océano la

nueva de la horrible catástrofe, cuyo recuerdo ha persistido hasta nuestra época en muchos de los pueblos de los dos continentes, bajo la forma del recuerdo de un diluvio universal.

En 1888, la escritora rusa H. P. Blavatsky, al escribir *La Doctrina Secreta*, afirmó que la Atlántida sería el primer continente histórico si se prestase mayor atención que hasta aquí a las tradiciones de los antiguos. La famosa isla así llamada por Platón era sólo un fragmento del primitivo continente.

Saurat señala que no podemos rehusar totalmente el tomar en consideración lo que nos dice la señora Blavatsky sobre sus fuentes tibetanas o hindúes, de una muy alta antigüedad, y de las que se vale para explicarnos las fechas principales de la historia humana, la influencia de la luna, el gigantismo con sus degeneraciones, etc. Su testimonio adquiere gran valor, ya que es un reflejo de teorías y creencias de un mundo, el tibetano, que entra de lleno en la esfera de las hipótesis del sabio vienés Hörbiger.

La autenticidad del relato de Platón se exalta hasta mediados del siglo actual con un ardor sin límites. Han sido infinitos los investigadores que han intentado resolver el enigma de la Atlántida. Según afirma Ceram, se han escrito sobre el tema de la Atlántida más de 20.000 volúmenes. Según Braghine, alcanzan la cifra de 25.000. Con razón afirma Bessmertny que «Platón, con su relato sobre la Atlántida, ha lanzado una piedrecita al vacío, que ha desencadenado un alud inconmensurable de opiniones». Recurriendo a todos los medios y a todos los métodos que están al alcance de la humanidad, se ha intentado levantar un poco el velo de este misterio. Se han fundado sociedades, se han organizado expediciones de investigadores y se han convocado congresos que han tenido exclusivamente por objeto este tema.

La importancia de esta cuestión es tanta que ha suscitado la aparición de una revista, *Atlantis*, creada en 1926, revista que aún sigue publicándose y que se ocupa en recoger no solamente cuanto concierne al continente desaparecido, sino de investigar cuanto afecta a la civilización primitiva, salida de la Atlántida.

La hermosa leyenda de la Atlántida que forjara el célebre discípulo de Sócrates y que ha inspirado a tantos poetas, entre los que descuella nuestro insigne Verdaguer, hoy parece pasar por un período de recrudescimiento entre poetas, literatos y aun científicos.

**CAPITULO III**

**PREHISTORIA DE LAS ISLAS**

## 1. TIEMPOS FABULOSOS

No fue olvidado el archipiélago canario por la antigüedad, y aunque esos remotos tiempos no conocieron la historia de las islas, lo que no podemos dudar es que estas singulares tierras fueron, si no conocidas, al menos imaginadas por los griegos, cuyas simbólicas alegorías forman su historia fabulosa. Se cuenta a este propósito que Atlante, soberano de la Mauritania, después de haber dado su nombre a los mares occidentales y a las grandes cordilleras del continente africano, tuvo, de su matrimonio con Hesperia, siete hijas llamadas Hespérides o Atlántidas, las que, arrojadas a las islas del océano, sufrieron en ellas horrorosa cautividad.

Uno de los celebrados trabajos de Hércules, que tantas veces han resonado en la lira de los poetas, fue la libertad de las hijas de Atlante. Y es fama que sirvieron para adornar el triunfo del héroe, las manzanas de oro sustraídas del jardín de las Hespérides. De esta manera se justifica cómo las Islas Canarias por alusión a este hecho memorable, recibieron en la antigüedad los nombres de *Hespérides* o *Atlántidas*.

Las Islas Afortunadas tienen el privilegio de ser consideradas, desde los más lejanos tiempos, como el edén del mundo, como la masión oceánica..., cuyas maravillas han sido descritas por Homero, Horacio, Silio Itálico,

Diodoro de Sicilia, Floro, Plutarco, Tibulo, Plinio y otros muchos hombres de la antigüedad.

Desde los tiempos heroicos, Proteo designa a Menelao esta singular región como la morada más tranquila que los hombres pueden elegir en la tierra para terminar en ella su existencia. Virgilio hace llegar a los alegres *lugares y vergeles apacibles* de los bosques afortunados a Eneas y a la Sibila para encontrar *las almas gloriosas de los que recibieron grandes heridas por defender la patria, las de los sacerdotes que fueron castos mientras vivieron y las de los profetas que vaticinaron cosas dignas de Febo.*

Diodoro Sículo en sus preciosas narraciones llamaba a estas islas Hespérides, donde se guardaban numerosos ganados y frutos de gran valor. Píndaro se inspiró en las bellezas que se les reconocía, y pulsó la lira para cantar sus delicias.

Todo lo que de las Islas Canarias se decía en leyendas, lo supo armonizar el poeta canario Cairasco con lo verdadero en el *Arco de la Fama*:

«Otras islas se ven que blanco velo  
Las ciñe en torno, menos elevadas,  
Llamólas por su fértil cielo y suelo  
La antigua edad las islas Fortunadas;  
Y tan amigo suyo estimó al cielo  
Que de su voluntad no cultivadas,  
Las tierras entendió dar nobles frutos,  
Y las incultas vides sus tributos.  
Siempre decía florecer la oliva,  
Destilar de las piedras miel sabrosa,  
Y con murmullo blando el agua viva  
Bajar del alto monte presurosa;  
Templar el aire la calor estiva,  
De suerte que a ninguna es enojosa,  
Y en fin por su templanza, lauros, palmas,  
Ser los Campos Elíseos de las almas.»

## 2. ORIGEN DEL NOMBRE DE LAS CANARIAS

Los expositores del Génesis y del libro de Ezequiel hablan de las Canarias denominándolas las islas de Elisa o Elisia, de donde se extraían el jacinto y la púrpura, circunstancia que también les dio el nombre de Purpurarias.

Merece asimismo alguna atención el de Hespérides, concedido a estas islas. Pero hay que tener en cuenta que Hesperia fue el nombre dado a todos los países de Occidente.

Pudieron ser también las Islas Canarias el Jardín de las Hespérides, poblado todo el año de bosques de naranjos silvestres, opinión que se tuvo por inexacta al considerar que en Canarias no hubo tales árboles hasta después de la conquista. Pero se rehabilitó esta creencia cuando Viera y Clavijo consigna que entre las hojas fósiles se hallan muchas de naranjos.

El nombre de Canarias es el que ha prevalecido, existiendo diversas opiniones sobre su origen.

Afirma Viera y Clavijo que los vasallos de los reyes de Italia Crano y Crana recorrieron los mares en busca de aventuras, llegando hasta nuestras islas, y estableciéndose en una de ellas, la denominaron *Cranaria* en recuerdo de sus príncipes, hasta que los españoles, respetando el nombre pero adaptándole a las facilidades de su lengua, le mudaron en Canaria.

Más en armonía, como el mismo Viera y Clavijo hace notar, se halla con la imaginación del poeta una especie que indica para luego olvidar, al derivar el nombre de Canarias del verbo latino *cano*, que significa cantar, y éste de canora, siendo general la creencia que en Canarias se crían ciertos pájaros estimados por su canto, conocidos con el nombre de canarios. Sin embargo, Jacob Savary

dice que los pájaros tomaron el nombre de las islas, y no éstas de aquéllos.

La opinión más generalizada es que el nombre de Canarias se derivó de los grandes canes que los expedicionarios enviados por el rey Juba hallaron en la isla de Gran Canaria.

La creencia más racional y clara es la admitida por Viera, y consiste en atribuir dicho origen a la gran resonancia que tuvo la conquista de Canaria, causa de que su nombre absorbiese los de las otras islas y se difundiera, haciéndose el genérico de todas, que hasta el siglo xv eran conocidas con el antiguo de Afortunadas.

Los historiadores romanos denominaron estas islas con los nombres latinos, como eran Canaria a Gran Canaria, Nivaria a Tenerife, Capraria a Lanzarote, Pluvialia u Ombrión a El Hierro, Planaria a Fuerteventura, Junonia Mayor a La Palma y Junonia Menor a La Gomera.

El rey Juba, a quien sigue el naturalista Plinio, sólo hacen mención de seis islas. El filólogo e investigador canario señor Alvarez Delgado las identifica como sigue: Ombrión sería la Gran Salvaje; Junonia, La Palma; Junonia Menor, La Gomera; Capraria, El Hierro; Nivaria, Tenerife, y Canaria, Gran Canaria. Según el referido investigador canario, Lanzarote y Fuerteventura no figuran en esta lista por mencionarlas Juba (y con él Plinio) con el nombre particular de islas Purpurarias.

### 3. EXPEDICIONES DE LOS FENICIOS, CARTAGINESES Y ROMANOS

Todos los pueblos antes que su historia tienen su leyenda, y así las Canarias, que se suponen restos de un gran continente hundido en la infancia del mundo, tienen también su período fabuloso, que viene a ser precursor de la



serie de expediciones que se disputaban en la antigüedad haber visitado las islas.

Hespero pobló las islas Afortunadas, y Hércules le ayudó a sostener la esfera celeste.

Hércules robó las manzanas de oro de las islas Hespérides, dando muerte al dragón que las defendía. Hay quien opina que el Dragón, como dice Viera y Clavijo, tomó su origen del Drago, árbol especial de las islas, que tiene el tronco como el de una serpiente y su jugo una concreción como de sangre, propiedades que parecen transformar al árbol en bestia.

Ya las civilizaciones asiáticas, así como la tradición de los tiempos más remotos, hablaban de la existencia de un continente llamado Atlántida.

Platón lo citó en sus libros, y presúmese hayan formado parte de este continente las islas Canarias, las de Madera, los archipiélagos de Azores y Cabo Verde.

En estas tempranas edades los griegos tuvieron conocimiento exacto de las islas Afortunadas por los fenicios, y siendo éstos como aquéllos un pueblo emprendedor, no es extraño que pasaran las columnas de Hércules y visitaran las Canarias, pero estas suposiciones no suministran testimonio que así lo confirmen, y sólo nos ponen de manifiesto el numen poético de los griegos, que impresionados tal vez por las referencias que les hacían los fenicios, designaban los Campos Elíseos como eterna morada de sus héroes.

Diodoro de Sicilia hace referencia de una isla situada al oeste y a muchas jornadas de la Libia. También los fenicios, grandes navegantes y excelentes mercaderes, quisieron establecerse en ellas, impidiéndolo los cartagineses, que las codiciaban para sí. Hesiodo las denominaba islas Afortunadas, destinadas a los héroes. Estrabón las llamó islas Bienaventuradas y los esenios, secta austera y contemplativa del pueblo hebreo, colocaban el paraíso en

unas islas, reputadas por las cuales las Canarias. Se llamaron en la antigüedad Elíseas, Hespérides, y con el nombre de Afortunadas las designaron los romanos por su delicioso clima y exuberante vegetación.

La primera expedición a las Islas Canarias no está de un todo confirmada, por más que los indicios del célebre viaje emprendido por los fenicios de orden de Nekao, rey que tenía su corte en Sais, se disputaba con algún fundamento el haber arribado a las costas canarias.

La curiosidad de Nekao de ver si la Libia se hallaba rodeada de mar excepto el istmo que une al Asia, fue conveniente para que aquellos valientes navegantes acometieran un viaje tan interesante. Sabido es que el rumbo de la navegación antigua es la proximidad al litoral, y, claro está que, al pasar el cabo Juby penetraron en el canal que separa la costa africana del grupo oriental de las Canarias, pareciendo lógico que al hallarse tan cerca de estas islas se alejaran de las áridas playas africanas para buscar en las amenas Canarias el descanso que necesitaban.

Todos dan como seguro que el pueblo fenicio no redujo su genio emprendedor y naviero a ser el rey del Mediterráneo, sino que pasó las famosas columnas de Hércules, descubriendo países y sosteniendo comercio, que era el fin que perseguían. Convenían para sus miras guardar el mayor silencio, pero la intrepidez que les caracterizaba en estas empresas, lo mismo que la situación geográfica del Archipiélago y la púrpura que además de obtenerse de las conchas marinas, también se obtiene de la orchilla, planta que se produce sin cultivo en Canarias, los denuncian como visitantes.

Roma, después de vencer a su rival Cartago, conservó el poder marítimo de la república vencida, pero sin preocuparle las aventuras que el espíritu fenicio siempre animaba en exploraciones de nuevos países.

Sertorio tuvo noticias por marinos llegados directamente de las Atlántidas, de unas islas dichosas, y atraído por la narración y a la vez considerándolas por su apartamiento como lugar seguro para librarse de sus enemigos, es probable que arribase a ellas. Lucio Flaco afirma que llegó a Canarias cuando la tempestad dispersó su escuadra en las costas de la Lusitánea, la preparada para combatir a Annio.

#### 4. ORIGEN DE LOS GUANCHES, SUS CARACTERES FÍSICOS Y FUSIÓN CON OTRAS RAZAS

La raza guanche, predominante sobre todo en Tenerife, existía en todas las islas, y debe considerarse como la primitiva que pobló el archipiélago. Hay algunos autores que le atribuyen un origen egipcio, fundado en la semejanza de procedimientos para momificar los cadáveres. Otros les señalan una procedencia cartaginesa o vikinga, por la frecuencia de los viajes de éstos. Y por último, algunos tratadistas suponen a los guanches un origen autóctono como restos del pueblo que habitó la desaparecida Atlántida. Teoría ésta que vuelve a tener muchos partidarios por ser considerada actualmente como posible la existencia del tan discutido continente.

Según la teoría más aceptada, se puede afirmar que la raza de la que procedían los primitivos pobladores de las islas era la de Cromagnón, pues el tipo más predominante entre ellos es el que correspondía a esa raza.

La raza guanche era de elevada estatura. Los hombres tenían de 1,70 a 2 metros. Los hombres de Fuerteventura, con una estatura media de 1,84 metros, son los más altos que conocemos. Los capellanes de Bethencourt aseguran que se mató en Fuerteventura a un hombre de una talla gigantesca en el ataque de un pueblo en donde los natu-

rales de la isla fueron muy mal tratados. «En él murieron diez, entre los que uno era un gigante de nueve pies de largo. No obstante, que el señor Bethencourt había prohibido expresamente de que nadie lo matase si posible fuese, y que lo cogiesen vivo; pero dijeron que no habían podido hacerlo de otro modo, pues era tan fuerte y se defendía tan bien de ellos, que si lo hubiesen perdonado hubieran aventurado el ser todos prisioneros y muertos.»

Según los autores antiguos, el color de la piel de los aborígenes era claro y sonrosado; el del cabello, rubio como el de las momias; el de los ojos, azul. El cráneo alargado, francamente dolicocefalo, presentaba notable desenvolvimiento de su región anterior, hermosa frente. La cara baja, muy ancha por arriba, se estrechaba por la parte inferior. La nariz era mediana, recta, corta y ancha, pero no aplastada.

Ciertos huesos ofrecen particularidades especiales. El fémur es el más grueso que ha medido Broca.

La fuerza extraordinaria de esta raza y el vigor de su organismo se revelan en todo el esqueleto por la espesura de los huesos y la solidez de las impresiones musculares.

Eran los guanches de proporcionada forma, robustos, atléticos y de bellas facciones. Por las numerosas momias que se conservan en algunos museos de las Islas Canarias, principalmente en el Municipal de Santa Cruz de Tenerife, se observa que eran de elevada talla y recia complexión. Así como se sabe por los cronistas de la expedición de Bethencourt que en ninguna parte del mundo se encontraba gente más hermosa y mejor formada que los guanches.

Los padres Bontier y Le Verrier, historiadores de la expedición de Bethencourt, nos dicen estas palabras: «Id por todo el mundo, y casi no hallaréis en ninguna parte personas más hermosas ni gente más gallarda que la de estas islas, tanto hombres como mujeres, además de ser de buen entendimiento si hubiese quien los cultivase.»

Gozaban los guanches de gran fuerza y agilidad, que desde muy pequeños se acostumbraban a ejecutar en gran número de deportes. Estos deportes y el vivir constantemente al aire libre, pues sus viviendas eran generalmente cuevas abiertas, les hacía gozar de inmejorable salud.

Con dicha población vino a mezclarse otra semita, sobre todo en Gran Canaria, Palma y Hierro. En las demás islas constituyó sólo una parte ínfima de la población, salvo Gomera, donde no se han encontrado señales de su existencia. Su estatura era mediana, de 1,65 a 1,67 metros.

Si la robustez es la característica de los guanches, la finura de la cabeza y de todo el esqueleto puede decirse que es la nota saliente de este pueblo.

Otro tipo poco estudiado aún, de cráneo corto y narices anchas, se mezcla con las anteriores, constituye pequeña minoría de la población indígena en Gran Canaria y Hierro, y forma parte importante de la población de Gomera, donde no hay semitas.

El tercer elemento étnico de Canarias no puede referirse a ninguna población conocida. Tal vez a este elemento extraño se debe el modo especial de enterramiento de los cadáveres sin momificar en fosas, en vez de hacer los cementerios en grutas naturales y artificiales según el uso general.

##### 5. ANALOGÍAS QUE PUEDEN DEDUCIRSE DEL PUEBLO GUANCHE CON LA RAZA DE CROMAGNÓN.

Fijados los caracteres de la raza cuaternaria de Cromagnón, después de los descubrimientos hechos en 1868 en el río Vézère (Dordogne) a partir del hallazgo de cinco esqueletos que recogieron MM. Berton-Meyron y Delmarrès en el abrigo o caverna que ha dado nombre a esta

raza, se ha puesto en claro su identidad con la guanche. Todos los caracteres asignados a los guanches —según el doctor R. Verneau— son precisamente los de la raza Cromagnón.

La raza troglodita de la Vézère es la que ha poblado Canarias: fuerte e inteligente, en la que concurren todos los rasgos considerados como signos de superioridad intelectual, nómada, que cazaba los grandes mamíferos con armas de piedra tallada, que trabajaba el hueso y el asta de ciervo y reno, que curtía las pieles, se tatuaba y adornaba con collares y brazaletes de fósiles, conchas, dientes de grandes carnívoros, piedras y granos de arcilla, que labraba toscos vasos de barro a la mano y que, dotada de poderoso instinto artístico, esculpía, trazaba con instrumentos de pedernal la silueta del hombre y de los animales.

## 6. DIFUSIÓN DE LA RAZA DE CROMAGNÓN POR EUROPA Y ASENTAMIENTO EN LAS ISLAS CANARIAS

La raza de Cromagnón, establecida en el sudoeste de Francia desde los primeros tiempos cuaternarios, en la segunda mitad de la edad del reno, sufrió profundas transformaciones y modificó su vida al contacto con nuevas gentes que pulimentaban la piedra, construían dólmenes y domesticaban los animales. En esta época, esta raza, con el cambio de clima que experimentaba Europa, queda privada de preciosos recursos: la retirada de los glaciares, la consiguiente emigración a las alturas de los animales trepadores, amigos del frío, como el rebeco, y hacia el Norte del reno, que no es trepador como aquél.

Esta es una época de emigraciones. Desde dicho centro se repartieron las tribus de la raza Cromagnón en diferentes direcciones. Las que fueron hacia el Sudeste y Sud-

oeste, dejaron huellas de su paso en el Pirineo y en los alrededores de Marsella. Imprimieron sus rasgos craneológicos en los habitantes de nuestras provincias Vascongadas. Llegaron a Italia por los Alpes Marítimos, y al norte de Africa antes de la época romana (tumbas megalíticas de Túnez, de Argelia y de Marruecos).

Desde aquí parece probable que se dirigieron, también antes de la época romana, al archipiélago canario, salvando la pequeña distancia que los separa del continente.

#### 7. PERSISTENCIA DEL TIPO GUANCHE EN LA ACTUAL POBLACIÓN DE CANARIAS

La comparación de los caracteres de la raza primitiva, según los restos hasta ahora estudiados, con los de la actual, mediante la persistencia del tipo de los antiguos, acredita la conservación de aquélla. Lo ha comprobado Sabín Berthelot, tomando como tipos de comparación insulares cuyo origen no era dudoso por descender de aborígenes, de los *Bencomo*, *Pelinor* y *Doramas*, y haber conservado por excepción sus nombres: «Más de una vez tuvimos ocasión de estudiar el tipo guanche en isleños cuyo origen no era dudoso para nosotros, pues descendían de los príncipes aborígenes, de los *Bencomo*, de los *Pelinor* y los *Doramas*, que habían conservado con el nombre de sus abuelos todo el orgullo de la antigua raza. Estas multiplicadas observaciones nos facilitaron el conocimiento de un tipo que se manifestaba a cada instante siempre que una nueva casualidad nos ofrecía nuevos objetos de comparación.

«Estos caracteres de raza que han atravesado los siglos con las generaciones, dejando una huella indestructible, se reproduce en estas islas como fuera de ellas en aquellos climas a donde las poblaciones canarias llevan

sus emigraciones. Así es que hemos reconocido hace poco este mismo tipo de fisonomía a que estamos acostumbrados, en un hispanoamericano cuya figura nos recordó las facciones de un habitante de Tenerife, descendiente de los antiguos guanches.»

En Tenerife, donde el tipo guanche existió con mayor pureza, se mantiene casi completamente en muchas familias. El doctor Verneau ha reconocido la estatura y todos los demás rasgos físicos característicos en gran número de individuos. La mayor parte de los habitantes de las otras islas, altos, fuertes, duros para la fatiga, rubios muchos de ellos, presentan bien marcados los caracteres de la misma raza.

Todos los autores que han escrito acerca de los guanches han notado el carácter enérgico de aquel heroico pueblo. La fuerza de alma y de cuerpo con que la naturaleza había dotado a los guanches, estas dos energías combinadas que se prestaban en mutuo socorro para redoblar en ellos el poder físico y moral los ponía en el caso de arrostrar todos los peligros, resistir a los más duros golpes, despreciar el dolor en medio de los mayores sufrimientos y hasta sobrevivir a su desgracia ante una muerte casi inevitable.

Los guanches, dice Viana:

«Tenían todos por la mayor parte  
Magnánimo valor, altivo espíritu,  
Valientes fuerzas, ligereza y brío;  
Dispuesto talle, cuerpo giganteo:  
Rostros alegres, graves y apacibles,  
Agudo entendimiento, gran memoria,  
Trato muy noble, honesto y agradable,  
Y fueron con exceso apasionados  
Del amor y provecho de su patria.»

(Canto I.)



Marcadas huellas antropológicas y etnográficas del pueblo y civilización primitivas muestran que éste está vivo y representado por los actuales habitantes en quienes se produjo la mezcla, consecuencia de la infusión de sangre extraña de los conquistadores.

Aun en la actualidad, el tiempo no ha podido destruir estos dos caracteres de raza. «Los principales caracteres físicos de un pueblo pueden conservarse a través de una larga serie de siglos en una gran parte de la población, a pesar de la influencia del clima, de la mezcla de las razas de las invasiones extranjeras y de los progresos de la civilización. Debemos, pues, esperar encontrar entre las naciones modernas, con algunas ligeras variaciones y en una proporción más o menos grande, los rasgos que los distinguían en la época en que la historia enseña a conocerlos.»

«Encontramos, pues, todavía en el isleño, la fisonomía, las costumbres y los usos del guanche. No posee ya sus creencias, ha olvidado ya su lenguaje, del que no ha retenido sino algunas palabras, pero lo imita aún en sus vestidos, y conserva sus hábitos y sus modales. Afable y obsequioso es a su semejanza, humilde y astuto, pasando de la más expansiva alegría a la más concentrada tristeza; atrevido, hasta la temeridad en el más inminente peligro, o desconfiado y tímido por bagatelas, amigo del juego, del canto y del baile, apasionado por todos los ejercicios gimnásticos, acostumbrado a los trabajos más duros; grave en su porte, sencillo en sus gustos, silencioso y reservado en sus palabras, tal es el campesino de las Canarias, ya viva en la aldea, ya permanezca aislado en su cueva o en la montaña. La más franca hospitalidad, la veneración hacia la vejez, el respeto filial, el amor a sus semejantes, son las virtudes hereditarias que los guanches han legado a sus nietos. Hemos visto en las más miserables chozas, pobres cabreros, partir con el extranjero su

gofio y su leche y no pedirle en cambio sino la bendición para sus hijos. Tan pronto como el isleño percibe a su anciano padre, se detiene a aguardarle, se apea de su mula y se arrodilla para besarle la mano. He aquí los descendientes de aquellos *bárbaros que tantas virtudes naturales y sencillez poseían*, como dice ingenuamente uno de nuestros antiguos cronistas. Es un consuelo para la historia de la humanidad encontrar aún estas costumbres patriarcales en el seno de la sociedad moderna. Tan bellas cualidades se han propagado con la sangre de una raza pura.»

El más emocionante recuerdo hacia la franca hospitalidad, característica en el isleño actual, lo encontramos, tal vez, reflejada en las palabras del escritor Eduardo Zamacois.

He aquí lo que este escritor nos dice:

«... Una tarde, a la hora envolvente del anochecer, la ociosidad y el dilecto placer de andar solo, me habían llevado a la carretera que conduce a Taganana. El sol, moribundo, se deshacía en sangre magníficamente; sobre la superficie, teñida de violeta, del mar, oscilaban numerosos buques anclados: cruceros de guerra, vapores mercantes, veleros de ambiciosa arboladura, falúas de lujo y regateo, gabarras carboneras... Cerca de mí, sentado entre peñascos, comía un mendigo. Era viejo, y su colación, adquirida quizás a la puerta del vecino Cuartel de Ingenieros, probablemente estaba fría.

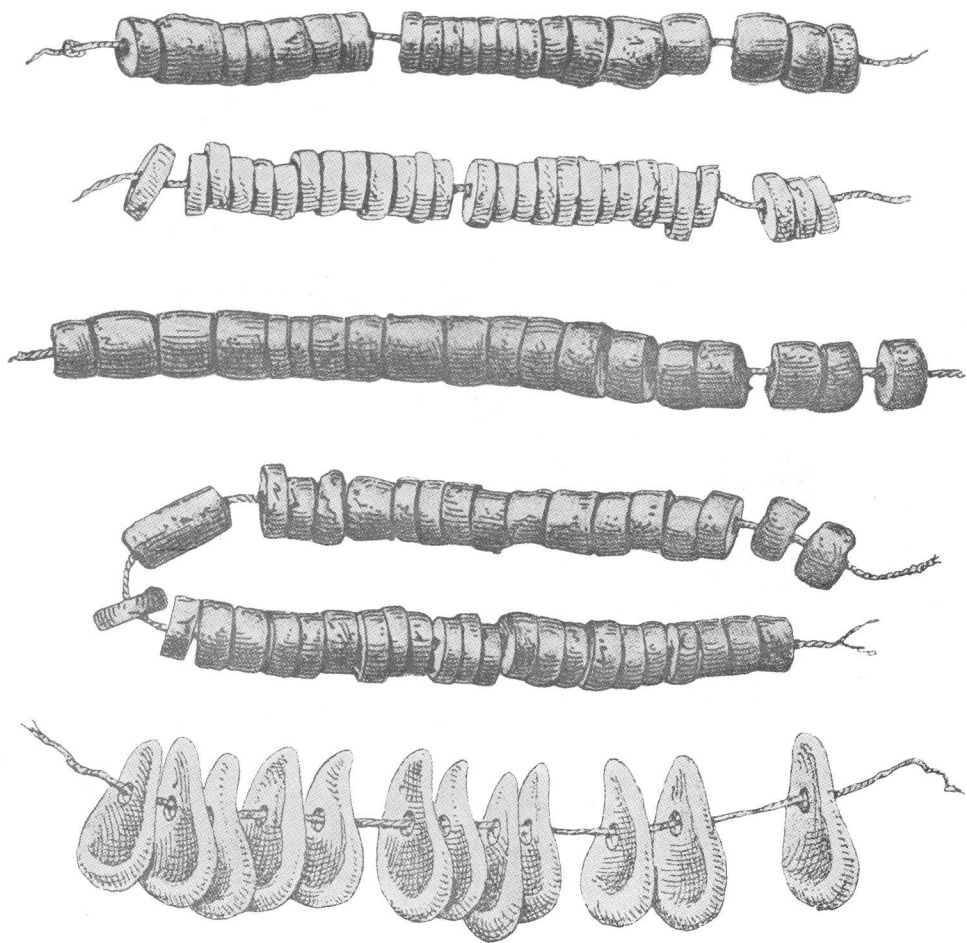
«Yo contemplaba el paisaje; y emocionado tal vez ante la belleza con que moría la tarde, dije algo en alta voz... Lo cierto es que el pordiosero no me quitaba ojo. Estábamos solos, absolutamente solos, como dos espectadores del augusto teatro de la Naturaleza; y el sol, semejante a un divino comediante al finar el drama de su vida diaria, parecía morir para nosotros solos y ofrendarnos la maravilla de su agonía...



LAMINA IX

*Cabezas de momias guanches, extraídas de diferentes grutas sepulcrales.*

LAMINA X



*Collares de cuentas de barro cocido y de conchas marinas  
que usaban los guanches.*

De pronto, el mendigo, olvidado de su miseria, exclamó:

—Es hermosa la tarde, ¿verdad?

—Muy hermosa —le respondí.

Hubo un breve silencio; las olas iban y venían, como meciendo a la tierra.

—¿Es usted forastero? —prosiguió el desheredado.

—Forastero soy —contesté—, y de muchas y lejanas tierras vengo...

Y a estas palabras, que acaso fueran dichas con acento triste, con voz de desengaño, «el sin pan» replicó compasivo, mostrándome su plato de comida:

—¿Quiere usted acompañarme?...

Su ofrecimiento me llegó al alma; y de pena, de agradecimiento, se mojaron mis ojos. Aquel hombre que ofrecía lo que de caridad recogió en los caminos, era el símbolo, el verbo del pueblo en que yo estaba; y su gesto, dictado por veinte siglos de Evangelio, tenía la grandeza y la serenidad de la tarde.

¡Santa Cruz de Tenerife!... Tú dejas en el corazón de los errantes la dulce melancolía de mirar hacia atrás y de volver a ti...»

CAPITULO IV

ESTADO DE LA  
CIVILIZACION DE LAS  
ISLAS CANARIAS ANTES  
DE LA CONQUISTA

## 1. IDIOMAS

Una de las razones más fuertes que concurren para demostrar el origen común de los habitantes de las Islas Canarias es la semejanza de los idiomas que en las islas se hablaban, cuyos términos, según se observan en los que han sido conservados, participan de una misma índole en su armonización o estructura. *Guan* o *guanche*, por ejemplo, significaba hombre en Tenerife. Y en Gran Canaria se decía *guanarteme* por rey, siendo *arteme* o *artemi* el nombre de uno de los antiguos soberanos de la isla. Dios se llamaba *Aborá* en la Palma, *Achaman* en Tenerife y *Alcorac* en Gran Canaria. *Tamarco*, especie de ropaje de pieles, y otras muchas palabras eran comunes a casi todas las islas. En tanto que las articulaciones *ta*, *gua* y otras se encuentran con igual generalidad como preformativas de infinidad de voces. También constituía otro de los caracteres generales a todo el país canario, la buena organización física de sus habitantes, no menos que su fácil y perspicaz inteligencia.

## 2. ALIMENTOS

Eran por lo general los isleños frugales en sus alimentos, y sólo cuando celebraban sus *guatativoas* o convites, consumían con voracidad grandes reses asadas, cuyos

trozos se repartían equitativamente. En lugar de pan usaban el gofio o harina de cebada tostada. Y para obtenerla construían molinos de mano de rara perfección, entre los que se encuentran tipos de tan perfecto y difícil labrado, que parece imposible fueran hechos sin intervención de cincel u otro instrumento de hierro que lo sustituyera.

No conocían más frutas que las silvestres, y daban preferencia a las *yoyas* o *mocanes*, de las que extraían el jugo que les servía para amasar el gofio. También se alimentaban de pescado y mariscos, y para coger los primeros se arrojaban al agua con teas encendidas, ahuyentándolos así y encerrándolos después en redes de junco. Es notable la circunstancia de no conocerse entre los tinerfeños en aquellos tiempos el arte de nadar, por lo que tenían que valerse de anzuelos hechos con astas de cabras para prender los peces.

En la isla de Hierro se poseía exclusivamente el secreto de la fabricación de un licor espirituoso extraído de frutas silvestres. Mas, en ninguna de las demás islas se hacía uso de otra bebida que el agua y alguna vez el jugo de las palmas.

### 3. TRAJES

El traje que usaron los isleños era de cuero gamuzado, pues no conocieron el lino ni el algodón, ni sabían hilar la lana de las ovejas que criaban. Este traje, que se llamaba *tamarco*, era igual para hombres y mujeres, con la sola diferencia de que estas últimas llevaban debajo del traje, como una a manera de falda que les cubría hasta los pies, en lo que ponían mucho empeño y cuidado, porque el enseñarlos, así como el pecho, era señal deshonesta. Consistía este traje en un camión que se abrochaba por delante o por un costado. Para unir las pieles, después



de cortadas, usaban una correa muy delgada o tripas de cabras con las que hacían sutiles costuras, máxime si se considera que carecían de agujas y que tenían que valerse de unas leznas hechas con espinas de pescado y púas de palma.

Para los pies usaban unas sandalias de cuero, sujetas a las piernas con delgadas correas.

Los adornos consistían en collares de cuentas de barro cocido de diferentes formas y algunas conchas marinas y huesos labrados.

Escasa, como sus necesidades, era la industria de este pueblo de pastores. El desconocimiento absoluto de los metales la hacía tan rudimentaria como las de otros pueblos que vivieron la edad de piedra millares de años antes. Y que ellos, por su aislamiento y las condiciones naturales del territorio en que habitaban, se vieron precisados a seguir.

#### 4. JERARQUÍAS SOCIALES

El símbolo principal de la riqueza se hallaba representado por la posesión de mayor a menor número de cabezas de ganado, y esta propiedad, reputada como de origen divino, pertenecía exclusivamente a la clase noble, a cuyo servicio estaban los esclavos o plebeyos.

Núñez de la Peña divide en tres órdenes estas categorías, a saber: los nobles a quienes llamaban *achimenceyes*; los escuderos, nombrados *cichiciquizos*, y los villanos o *archicaxnas*. El rey era de derecho el dueño de todas las tierras de labor, pero tenían obligación de repartirlas anualmente entre sus vasallos en proporción a su calidad y servicios. Al *faican* o gran sacerdote, como segunda dignidad del Estado, correspondía la facultad de crear hidalgos y armar caballeros. Se distinguían estos últimos por

su crecida barba y por llevar el pelo cortado hasta las orejas. Y cuando algún candidato se presentaba a recibir este honor, después de justificada la nobleza de su origen y su aptitud para el manejo de las armas, el faican preguntaba en alta voz a la asamblea, previamente convocada, *si alguien le había visto entrar en corral a ordeñar o matar cabras, o preparar con sus manos la comida, o hacer robos en tiempos de paz, o ser descortés y mal hablado, especialmente con alguna mujer.* Solía acontecer que la respuesta fuese afirmativa. Entonces el desdichado pretendiente quedaba para siempre declarado villano, era rapado en el acto y recibía el apodo de *trasquilado*. Mas, en caso contrario, se le cortaba el pelo, como queda dicho, hasta las orejas, y entraba en la nobilísima orden.

## 5. INDUSTRIAS

Los tejidos, aunque demuestran en su confección raro ingenio, no ofrecen particularidades notables. Todos ellos están hechos de juncos y fibras vegetales o palmas y parecen dedicados exclusivamente a esteras, cestas y artefactos de pesca.

La cerámica era la industria más perfeccionada que poseían. Hoy día en algunos campos siguen produciendo esta rudimentaria industria por los mismos medios usados por los guanches y recibiendo, en la mayoría de los casos, los objetos fabricados por los alfareros isleños, los mismos nombres con que los guanches los denominaron.

En la confección de sus productos, los obreros indígenas no empleaban torno ni artefacto alguno que lo sustituyera. El barro se preparaba a mano y a mano se daba también la forma del objeto que se quería fabricar, dejándolo secar durante un día y continuando su confec-



*Traje típico de Garafía, en la Isla de La Palma.*



*Plataneras y señoritas, ataviadas con el traje típico de Tazacorte,  
Isla de La Palma.*

ción al siguiente, pulimentándolo después de casi seco con piedra muy lisa que son abundantísimas en las playas de Canarias o con huesos preparados al efecto. Generalmente, todos estos productos eran completamente lisos, rara vez adornados; su decoración lineal y hecha también a mano.

Además de los artículos de uso doméstico, fabricaban también cuentas para collares de diferente forma y tamaño. Debían ser muy aficionados a esta clase de adornos, pues en sus cuevas se encuentran con gran profusión.

## 6. CASAMIENTOS

Entre las costumbres de los isleños nos encontramos las de sus casamientos. Como en la antigua Esparta, se exigía en Gran Canaria que las mujeres se hallasen dotadas de la robustez necesaria para dar hijos útiles a la Patria.

Con este fin, las doncellas antes de desposarse permanecían retraídas en sus habitaciones por espacio de treinta días, regalándose con alimentos nutritivos, lo cual, en su entender, las ponía a cubierto de ser repudiadas. Pero en las demás islas ni aun esta condición se imponía, y bastaba la voluntad de ambos consortes para celebrarse el matrimonio. Así como era también suficiente la voluntad de cualquiera de ellos para deshacerlo, quedando libres y en aptitud de volver a desposarse con quien lo tuvieran por conveniente. Estos divorcios y variados enlaces no fueron jamás motivo de disgustos y rencores, ni produjeron otro mal que el de ser considerados por ilegítimos los hijos habidos del matrimonio anulado. En medio de este libre albedrío de que disfrutaban los isleños, es notable la circunstancia de estar por lo común las mujeres de Gran Canaria y Lanzarote casadas con tres hombres, quienes alternaban por meses en el goce de los derechos matrimoniales.

## 7. RELIGIÓN

Los isleños profesaban alguna idea oscura de un Ente Todopoderoso y Eterno, y este espíritu sublime era el objeto de sus adoraciones. Si bien le simbolizaron en alguna isla, como lo indica un ídolo de piedra descubierto en tiempo de Alfonso IV de Portugal por unos navegantes de aquella nación que arribaron a estas islas. Las prácticas del culto no eran iguales en todas ellas. Los habitantes de Gran Canaria le rendían culto en las cumbres de los montes o en pequeños adoratorios, servidas por las *Magnadas*, semejantes a las vestales, usaban vestiduras de pieles blancas y eran modelos de recogimiento y de piedad. Los naturales de la Palma adoraban a *Aborá* (Dios), erigiéndole altas pirámides de piedra y danzando en derredor. Mientras los de Lanzarote llevaban por ofrenda jarras de leche para rociar las cimas de las montañas. Igual ceremonia practicaban los de Fuerteventura en sus templos. Es fama que en esta isla existieron dos mujeres llamadas la una *Tamonante* y la otra *Tibabrin*, que vaticinaban los sucesos futuros con tono profético y ademanes convulsivos, gozando por ello de gran prestigio y veneración en el país. No menos supersticiosos eran los herreños; creían que la divinidad bajaba del cielo para oír sus oraciones, y que se colocaba sobre dos altas rocas denominadas entonces *Eraorahan* y *Moreiba* y hoy los *Santillos de los antiguos*.

Ultimamente los tinerfeños tenían idea de un ser maligno al que llamaban *Guayota*. Colocaban su infierno en el famoso volcán del Teide, cuyas erupciones debían naturalmente inspirarles este religioso terror. Pero al mismo tiempo creían en un ser benéfico que moraba en el firmamento, y cuyo auxilio imploraban en sus calamidades

con fervorosas súplicas. Y hacían tomar parte a los irracionales, separando sus madres a los cabritos y corderos, porque el balido de estos animales era en su concepto el ruego más propicio a la divinidad.

## 8. FIESTAS Y REGOCIJOS PÚBLICOS

En ninguna otra cosa se caracteriza tanto el genio de los pueblos como en sus regocijos y espectáculos. Así los joviales habitantes de Gran Canaria se distinguían principalmente en el baile por su destreza y en la música por la dulce expresión de sus tonos. Mientras los vigorosos *guanches* de Tenerife, más rudos y más guerreros, ostentaban su indomable fuerza en la lucha y su extraordinaria agilidad, salvando a salto hondos barrancos y horrorosos precipicios.

La recolección constituía la fiesta principal de cada año, fiesta conocida con el nombre de *Beñasmen*. Se celebraba con banquetes públicos, luchas y otros regocijos, suspendiéndose las hostilidades si las había. Esta tregua era tan fielmente guardada, que cualquier persona, perteneciendo a otro Estado, aunque éste estuviera en guerra, podía penetrar en otras tierras, siendo su persona religiosamente respetada.

## 9. ARMAS

Las armas de guerra eran de madera o piedra, que arrojaban con gran precisión, acostumbrándose a ello, así como a evitarlas, desde muy niño. Sus insignias de mando también eran sencillos bastones de madera. Como instrumentos cortantes usaban unas piedras afiladas a las que llamaban *tabonas* y con las que hacían cortes tan sutiles que las empleaban hasta para sangrar.

El hacha, cuyo cortante estaba formado de un trozo de obsidiana. La lanza, hecha de madera endurecida al fuego. El venablo, que arrojaban con una gran habilidad. El *banot*, especie de dardo muy temible, y dispuesto de modo que una de sus muescas quedaba en la herida, a medida que el mango penetraba en las carnes. Se servían para defenderse de escudos hechos con la corteza del drago. Pero en el combate, antes de llegar a las manos con sus enemigos, las piedras eran su primer medio de ataque y su principal recurso mientras duraba la acción, bien sea que las arrojasen con las hondas, como lo pretende Viana, o bien que no empleasen sino la fuerza de su brazo, fiándose en su habilidad. Generalmente combatían casi desnudos, y aquellos que no se servían de escudo tenían la costumbre de envolverse el brazo izquierdo con su tamarco para defenderse de los golpes que le asestaban.

#### 10. CORONACIÓN DEL MENCEY

La forma de la proclamación del rey era: reunir los ancianos en el *Tagoror* y llevar un hueso del más antiguo linaje, el cual conservaban envuelto en pieles. Proclamaban el rey y le daban a besar este hueso, poniéndole después sobre su cabeza y los demás sobre el hombro, diciendo: «*Agoñe Yacoran Yñatzahaña Chaconamet*» «Juro por el hueso de aquel día en que te hiciste grande». Llamaban al pueblo y le presentaban al nuevo rey, celebrando la proclamación con fiestas y regocijos públicos. Esta solemnidad era para ellos tan sagrada que si acontecía en tiempos de guerra, se observaba hasta su terminación una tregua inviolable.



## 11. HABITACIONES

Sus viviendas eran cuevas naturales o chozas de piedra en seco, cubiertas de paja, que construían donde faltaban las primeras. No formaron nunca verdaderos pueblos, pues dada su manera de vivir no les convenía hacerlo. En invierno vivían en la costa y en verano se trasladaban a la montaña. Aún se conservan en las islas muchas cuevas notables, y que seguramente fueron habitaciones de reyes.

Algunas cuevas eran destinadas a enterramiento, eligiéndolas en los sitios más inaccesibles. Las dificultades que al presente hay que vencer para entrar en ellas, hace inexplicable el comprender de qué medios se valían para transportar a ellas los cadáveres momificados.

## 12. EMBALSAMAMIENTOS

La costumbre más extraña de este primitivo pueblo era la momificación. Aún se conservan algunas de éstas, debido a la perfección con que estaban hechas.

No se conocen otras momias más que las de los egipcios, peruanos y guanches, lo que ha hecho pensar a muchos en un origen común para los tres pueblos. Los guanches poseían el secreto de embalsamar, y sus momias, que llamaban *Xaxos*, eran preparadas por un método análogo al de los antiguos egipcios. Según la tradición, existía en las islas una clase de hombres y mujeres que ejercían el oficio de embalsamadores.

«Estas gentes, dice el padre Espinosa, no gozaban de consideración alguna, vivían aisladas, se evitaba su contacto, pues se les miraba como inmundas, no empleándose las sino en vaciar los cadáveres. Por el contrario, aquellas

que se encargaban especialmente de embalsamar el cuerpo tenían derecho al respeto de sus conciudadanos.»

He aquí lo que este autor dice:

«El cuerpo del difunto era colocado sobre un banco de piedra para proceder, desde luego, a su disección, extrayéndole los intestinos. Se le lavaba dos veces al día con agua fresca mezclada con sal, teniendo cuidado de empaparle las orejas, las ventanas de la nariz, los dedos de las manos y de los pies y todas las partes delicadas; se le untaba en seguida con una composición de manteca de cabras, de yerbas aromáticas, corteza de pino machacado, resina, polvo de helecho, piedra pómez y otras materias astringentes y disecantes; después se le exponía al sol por espacio de quince días. Durante este intervalo, los parientes del difunto contaban sus alabanzas y se entregaban al dolor. Cuando el cuerpo se hallaba bien disecado y ligero, se le envolvía en pieles de ovejas y de cabras, curtidas o crudas, según su rango, y se le hacía una marca para reconocerlo en caso de necesidad. Después de esta operación era llevado a una de las cuevas sepulcrales destinadas a este piadoso uso y situadas en parajes casi inaccesibles. Los cuerpos que se encerraban en sepulcros eran colocados de pie contra las paredes de la cueva; los demás, dispuestos los unos al lado de los otros sobre especies de andamios de ramas de enebro, de mocan u otras maderas incorruptibles.»

### 13. LEYES

De las escasas noticias que se conservan con respecto a la legislación criminal de estos países, se infiere que había gran diversidad entre unas y otras islas en la manera de considerar los delitos. El homicidio, por ejemplo, se castigaba en Tenerife con desterrar al delincuente a su tribu



*Parque Nacional de la Caldera de Taburiente, en la Isla de la Palma*



*La cima nevada del Teide.*

y desposeerle de todos sus bienes para indemnizar con ellos los perjuicios de la familia del muerto, y este mismo crimen se consideraba en Gran Canaria como de poca gravedad. El hurto era castigado en la isla del Hierro con la pérdida de un ojo por vez primera y la del otro por reincidencia. En tanto que los palmeros le tenían por acción meritoria y prueba de valor. En muchos casos usaban, en fin, los naturales de Gran Canaria la pena del talión. Mientras que los de Tenerife se distinguían por su excesiva indulgencia en el castigo de los delitos.

El *Tagoror* o tribunal donde se administraba la justicia se reducía a una especie de plaza circular con asientos de piedra para los jueces, elegidos entre los individuos de mayor crédito, y un solio también de piedra, cubierto con pieles, donde se colocaba el *Mencey* o soberano de la tribu.

#### 14. LENGUAJE SILBADO

Las gentes de Gomera y Hierro se valen para entenderse a largas distancias a las cuales no llega la voz, de un lenguaje silbado, que se produce introduciendo un dedo en la boca o uno o dos de cada mano en diferentes posiciones.

El lenguaje silbado es uno de los caracteres de los antiguos insulares, y que los actuales conservan como señal indudable de la perpetuación de la raza indígena. Este lenguaje silbado debió existir en Tenerife y probablemente se hallaría extendido en el archipiélago entero, como natural resultado de la influencia del medio. Las Canarias ofrecen un suelo muy quebrado, altas montañas y profundos barrancos. Para pequeñas distancias hay que recorrer largos caminos con penosas pendientes. Entre ambas laderas de un barranco es fácil hacerse entender. Natural parece que se empleara tal medio de comunicación impuesto

por la naturaleza del terreno. Se ha conservado en las islas, donde existió, según las investigaciones antropológicas, menos inmigración semita.

Por culpa de los conquistadores su idioma se perdió. Se conserva tan sólo nombres propios y alguna que otra frase suelta. A finales del siglo XIX el número total de palabras recopiladas ascendía a la importante suma de 2.909. El doctor Wölfel, en 1940, nos da el último repertorio de voces. El lenguaje sólo se sabe era aglutinante.

**CAPITULO V**

**INSCRIPCIONES  
RUPESTRES DE CANARIAS  
Y ANALOGIAS QUE PUEDEN  
DEDUCIRSE CON OTRAS  
INSCRIPCIONES DEL  
CONTINENTE AMERICANO**

## 1. GRABADOS RUPESTRES

Viera y otros escritores refieren que los guanches conocieron el arte del dibujo, y el poeta canario Viana nos habla del retrato de la princesa Guacimara, «pintado sobre madera con negro de carbón, ocre, jugo de yerbas y leche de higuera salvaje». He aquí lo que nos dice el referido poeta:

«Ponen los ojos todos al instante  
en la tabla y figura bien pintada  
con tinta de carbón, almagro y zumos  
de varias yerbas y la blanca leche  
de silvestre higueras, y aunque toscos  
los matices, curiosa la hechura,  
y al vivo la figura semejante.»

*(Antigüedades de las Islas Afortunadas,  
canto III.)*

Parece natural, conociendo el dibujo y la pintura, como afirman algunos, poseyesen el arte de la escritura.

Pero queda por aclarar el misterio de las inscripciones rupestres, no descifradas aún, que pueden verse en El Hierro (Los Letreros y Candia); en La Palma (Belmaco y La Zarza); en Tenerife (Anaga); en Gran Canaria (Barranco de Balos), y en alguna otra isla.

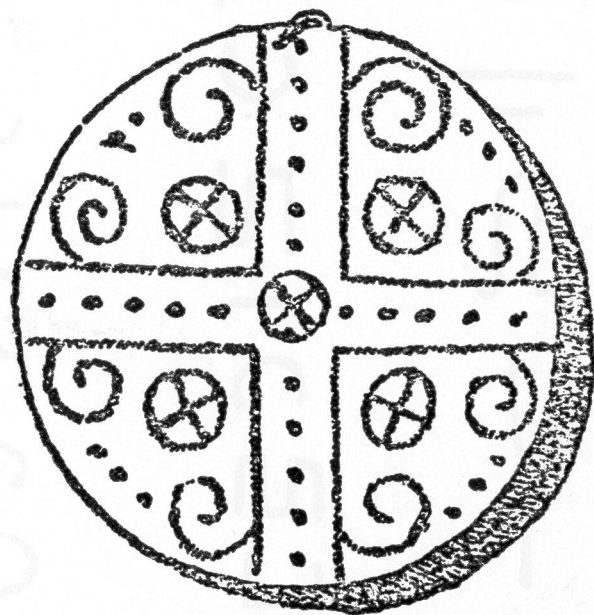


En relación con las inscripciones de los *Letreros*, éstas fueron exploradas por primera vez en 1870 por el sacerdote don Aquilino Padrón. Estos *petroglifos* se encuentran en la parte sur de la isla, sobre descampados. El referido sacerdote pudo ver y copiar las misteriosas inscripciones grabadas sobre un antiguo raudal de lava basáltica y extremadamente porosa, en una longitud unida de más de 400 metros.

En estas inscripciones se perciben diversos grupos de caracteres de un aspecto extraño, verdaderos *petroglifos* desconocidos. El citado sacerdote nos dice: «A primera vista yo me creía en presencia de geroglíficos egipcios, pero buscaba, en vano, figuras humanas, sentadas y mitradas, el buey Apis, la Ibis sagrada que cubrieron los obeliscos y todos los otros signos características de esta antigua civilización. Yo no veía sino peces y cuadrúpedos que figuran sobre los antiguos calendarios de los Incas y de los mejicanos.»

Pero las inscripciones rupestres de la isla del Hierro no habían dicho la última palabra. Un feliz hallazgo vino a favorecer aún las exploraciones del infatigable sacerdote. A finales de 1875, un nuevo descubrimiento de *petroglifos*, esta vez en la parte norte de la isla, en el barranco de Candia, al oriente de Valverde. Estos *petroglifos* han sido calcados sobre grandes hojas reunidas, que han permanecido durante muchos años sobre las rocas, en donde se encuentran las referidas inscripciones.

De estas hojas se ha podido obtener un facsímil muy exacto, que dan una perfecta idea de estos *petroglifos*. «Estamos aquí en presencia de una verdadera escritura, probablemente de una leyenda conmemorativa que cita algún gran acontecimiento. Yo veo en esta leyenda muchos caracteres idénticos con las inscripciones de los *Letreros*. Yo encuentro también allí el tipo de inscripciones hebraicas, fenicias o cartaginesas, pero veo también muchos



*Tambor de Schaman, según Germán Wirth, «La escritura sagrada primitiva de la humanidad» (Koehler y Amelang, Leipzig).*

- C - 1 2 11 C.

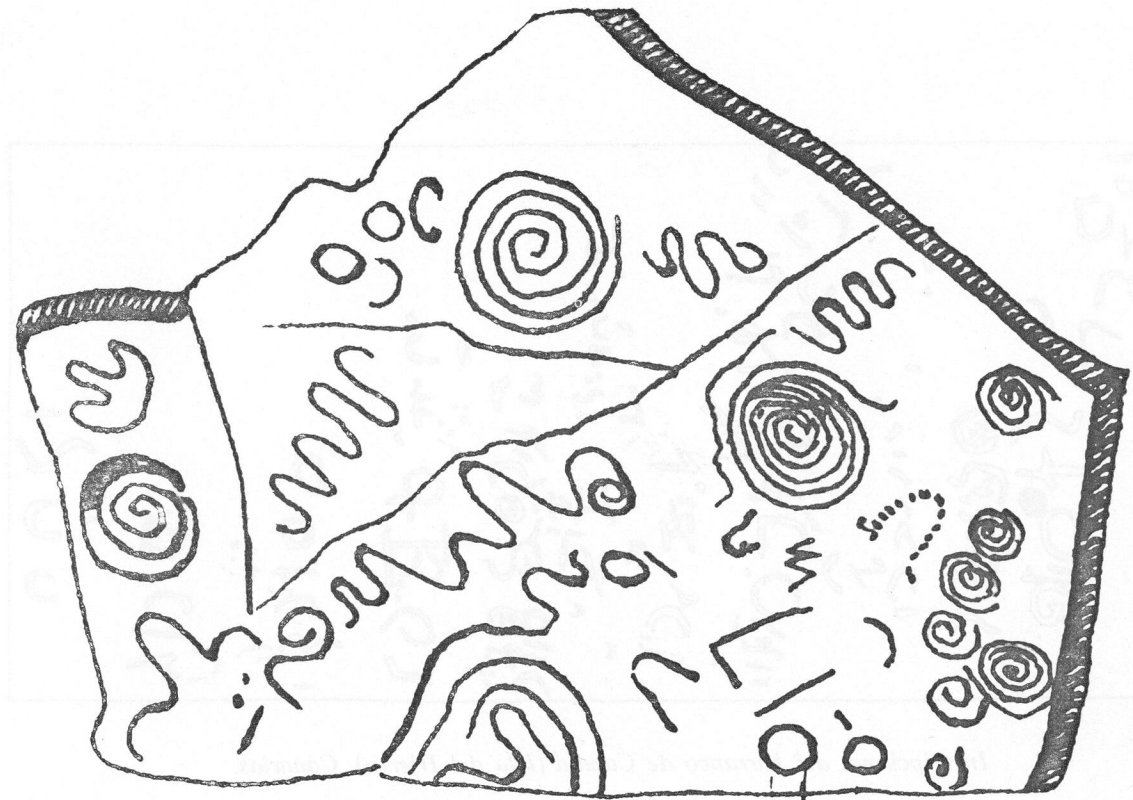
11 C 3 1 2 C.

1 0 2 2 3.

0 1 2 11. 0 C 3.

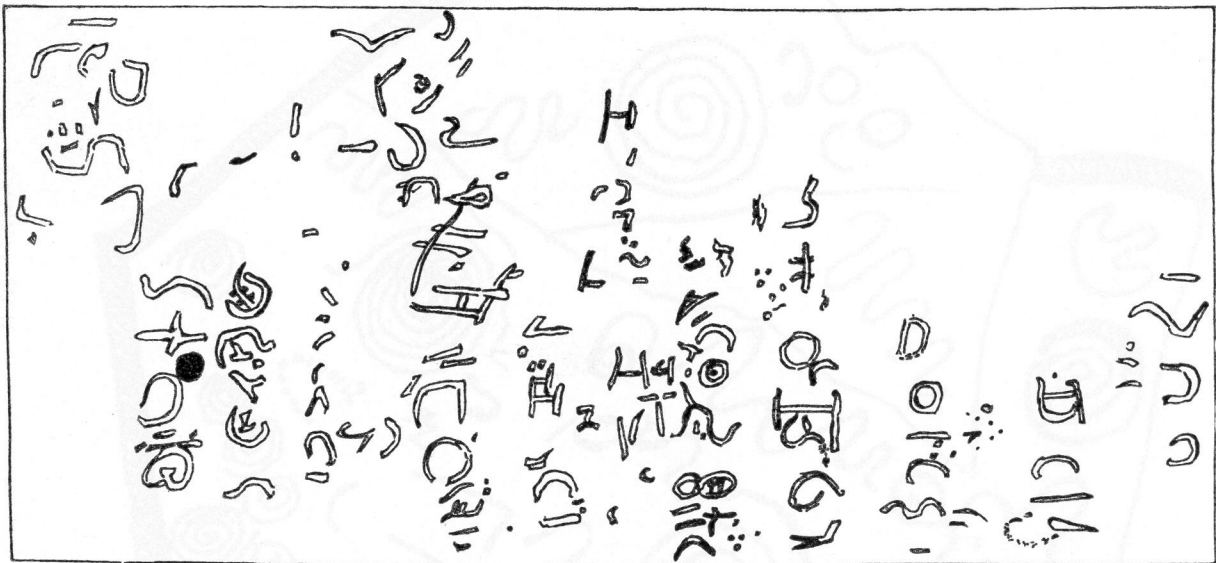
2 1 2 V.

*Signos reunidos pareciendo formar palabras, en las inscripciones de la Isla del Hierro (Canarias)*



LAMINA XVII

*Petroglifos grabados sobre las rocas, a la entrada de la cueva de Belmaco  
(Isla de la Palma). Canarias.*



*Inscripciones del barranco de Candia (Isla del Hierro), Canarias.*

otros signos extraños, inusitados: todas estas variantes, todas estas novedades me desconciertan.»

En cuanto a los *petroglifos* de *Belmaco* (Isla de la Palma), el doctor Carlos de Fritsch, de la Universidad de Francfort, publicó en Alemania en 1862 los resultados de sus exploraciones científicas de las Canarias a su regreso a Europa. En esta obra, acompañada de cartas, se encuentra la copia exacta de varios caracteres extraños, que el doctor Fritsch halló grabados sobre una roca de la gruta de *Belmaco*.

Esta inscripción lapidaria, comparándola con las de la isla de Hierro, dan una quincena de signos perfectamente idénticos con los de la gruta de los *Letreros*, y casi todos los otros análogos, porque se reconoce en seguida el mismo género de escritura, representando la mayor parte toscos arabescos, donde cada palabra está señalada por una figura particular.

He aquí lo que dice el doctor Fritsch sobre su descubrimiento:

«... Yo visité varias grutas curiosas, y entre otras, la de *Belmaco*, que sirve ahora para encerrar bueyes. Los antiguos autores españoles han hablado de ella. Se encuentra a su entrada dos grandes rocas basálticas de superficie plana, sobre las cuales están grabados caracteres particulares, imitando arabescos y espirales, especies de jero-glíficos de tres o cuatro milímetros de profundidad, y de uno o dos centímetros de longitud, que no pueden haber sido grabados sin la ayuda de un utensilio de metal.»

La similitud evidente de los *petroglifos* de la gruta de *Belmaco* con los de los *Letreros* viene a confirmar la comunidad de origen de los antiguos insulares. Las tribus que habitaron durante largo tiempo las islas Afortunadas vivieron en un completo aislamiento (no conocían la navegación).

Respecto a la *Inscripción de Anaga* (Tenerife), el escritor Ossuna y Van Den-Heede da cuenta en 1889, en su célebre trabajo *La inscripción de Anaga*, de ciertos signos grabados en una piedra en los siglos III o II antes de J. C. «Este descubrimiento parece desmentir las aseveraciones de Sedeño, Gómez Escudero, Espinosa, Mesa y Benítez, Abreu Galindo, Viera, Berthelot, Millares y demás historiadores, que aseguraban que los antiguos guanches desconocieron en absoluto el arte de representar sus ideas del jeroglífico dibujado o la palabra escrita.»

En cuanto a las inscripciones y grabados rupestres del *Barranco de Balos*, en el término de Agüimes (Gran Canaria), el señor Jiménez Sánchez nos dice: «Los grabados e insculturas alfabéticas del Barranco de Balos o de Los Letreros forman parte del capítulo de más acuciante novedad de la prehistoria grancanaria, y, como tal, lleno de interrogantes que nadie ha podido descifrar. Sólo conjeturas han pronunciado cuantos especialistas han llegado a contemplarlos directamente en orden a la población que los trazó y a las culturas que representan. Se habla de una manifestación tardía del neolítico, de transición capsien-se, que cronológicamente puede fecharse entre cuatro mil y dos mil años antes de Jesucristo; de una pervivencia y de un final de ruta de pueblos venidos desde el Próximo Oriente, singularmente de Fenicia y Creta; de exponentes de las arcaicas culturas fenicio-cananeas y chiprio-crenenses; de creaciones culturales protoguanches cromagnoides; no faltando quien, como el profesor doctor Wölfel, apunta similitud cultural con la de los grabados megalíticos nórdicos en orden a la representación de barcos, que dice corresponder a los del Hällristninger del norte escandinavo, o como afirma la investigadora condesa Weissen-Szunlanska, que las Canarias, como territorio donde el pueblo cromagnón tuvo mayormente su sede más expansiva y densa, con pervivencia actual, fueran el origen de

las culturas de los viejos egipcios y no el punto final de las de éstos.»

He de notar que a lo largo de este capítulo V hemos empleado el término *petroglifos* cuando me refiero a los signos de las inscripciones rupestres encontradas en las Islas Canarias. No he designado a estos signos con el nombre de *jeroglíficos*, como los han llamado otros autores que tratan acerca de ellos, porque creo más acertado la denominación de *petroglifos* (del griego *petra*, roca, y *glyphein*, grabar), ya que al desconocerse el sistema de escritura a que pertenecen y ser, por lo tanto, indescifrables, son simples signos grabados en la piedra.

Mientras que con la palabra jeroglíficos (del griego *hierós*, sagrado, y *glyphein*, grabar) se designa a aquellos signos de escritura conocida, descifrables, y por regla general de carácter sagrado, esculpidos en la piedra, o también pintados, y cuya paternidad de desciframiento se debe a Champollión. A estas inscripciones de Canarias, si no sabemos si son una escritura, no podemos designarlas así.

## 2. INDICIOS DE ANTIGUAS RELACIONES ENTRE LAS POBLACIONES PRIMITIVAS DE CANARIAS Y DEL CONTINENTE AMERICANO

La antigua raza que vino del Norte, que invadió España y deja por todas partes huellas de su paso, señalando sus etapas por las inscripciones lapidarias, por los túmulos, dólmenes u otros monumentos análogos, estas hordas guerreras, que marcharon a la conquista de Egipto y de Libia y penetraron hasta las Islas Canarias, ¿pudieron ir más lejos en sus invasiones? Muchos descubrimientos parecen apoyar este testimonio.



La historia no dice nada. Evitaremos, pues, en este respecto de lanzarnos en conjeturas para buscar la época de su llegada sobre el otro lado del océano, porque todo lo que podrá decirse acerca de esto no sería sino problemático, lo mismo que, en suponer que los fenicios, pueblo navegante por excelencia, que figura ya en la historia del mundo hace más de cuatro mil años, haya sido el intermediario entre los antiguos habitantes de las islas Afortunadas en las migraciones que se extendieron hasta América en una época desconocida.

Pablo Gaffarel, profesor de historia de la Facultad de Letras de Dijón, ha intentado en un libro que publicó en 1875 buscar las pruebas de las relaciones que existieron entre los fenicios y los americanos. Considerando las Islas Canarias (colonizadas por los fenicios) como uno de sus puntos de partida: «Si no tenemos esta prueba, dice Gaffarel, de la estancia de los fenicios en las Islas Afortunadas, es preciso renunciar a nuestra tesis, pero creemos haber establecido por esta concordancia en las tradiciones antiguas y esta unanimidad en las relaciones geográficas, que los fenicios han conocido y probablemente colonizado este Archipiélago.»

Lo que puede afirmarse como cierto es que relaciones muy antiguas han debido existir entre las poblaciones de origen canario y las de América, ya que más de una treintena de palabras caribes se encuentran en los nombres de lugares o de nombres propios de la antigua lengua de los guanches.

Un descubrimiento hecho en 1839 por M. Eugenio Vail, ciudadano de los Estados Unidos, viene en apoyo de estas primeras inducciones: él encuentra en un gran túmulo, en Grave-Creek, cerca de Ohio, una piedra grabada, con una inscripción sobre tres líneas horizontales y paralelas, cuyos caracteres corresponden evidentemente con las inscripciones lapidarias descubiertas en la Isla de Hie-

rro, M. Jomard, nos dice: «si es cierto, como M. Berthelot lo ha demostrado, que se encuentra semejanzas singulares entre las palabras caribes y los nombres de lugares y de hombres en la antigua lengua de Canarias, sí es físicamente imposible que los vientos alisios no hayan llevado alguna vez a los habitantes de Canarias sobre la costa opuesta, ¿por qué extrañarse de encontrar en América una huella de su paso? La historia, sin duda, se calla sobre estas comunicaciones. Pero es preciso explicar de una manera plausible la presencia y similitud de caracteres de las inscripciones rupestres de la isla del Hierro con las que se encuentran en un monumento americano evidentemente antiguo...»

Se debe señalar también el haberse encontrado en la sepultura del túmulo de Grave-Creek, de una multitud de granos de tierra cocida, parecidos a los que se encuentran también en abundancia en las Canarias, en las grutas sepulcrales de las diferentes islas.

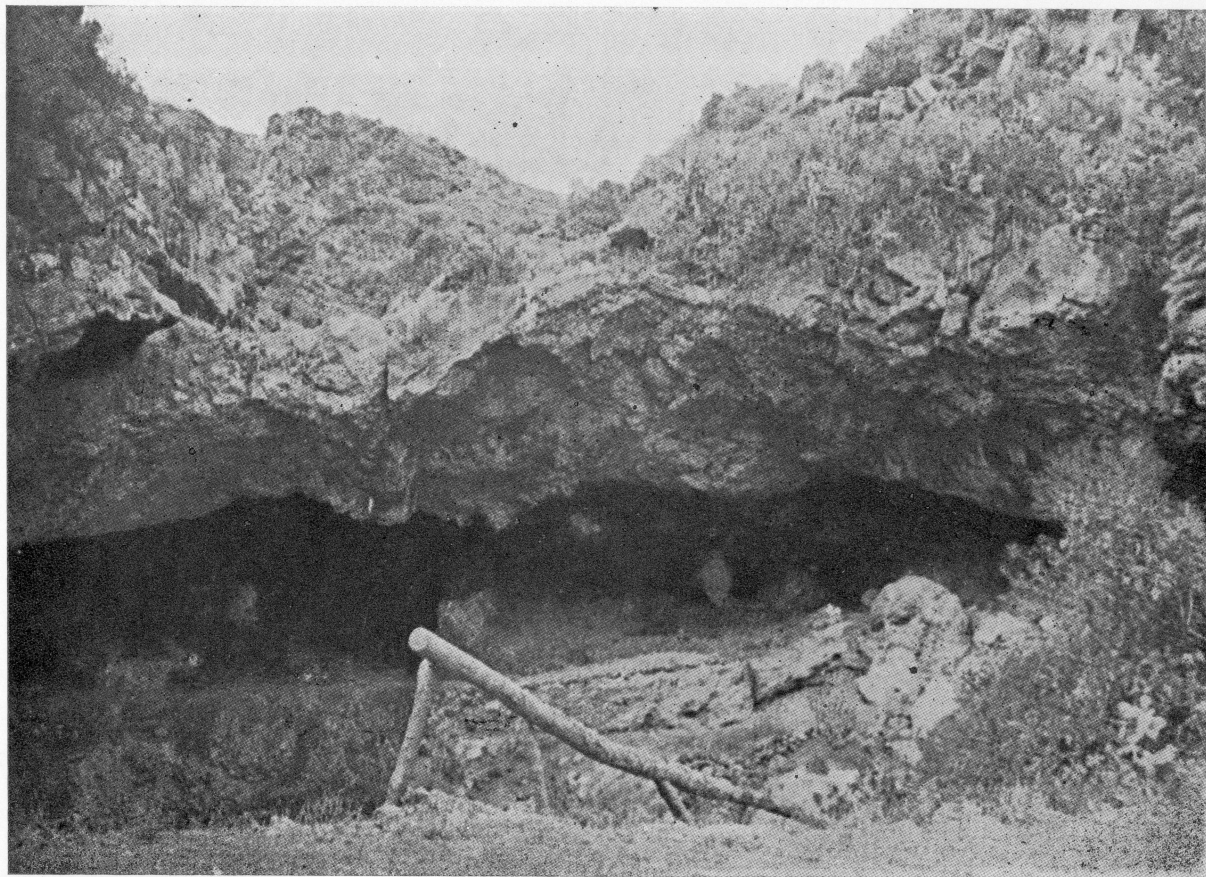
Otra prueba contundente es la presencia en América septentrional, en una época muy remota, del antiguo pueblo que graba las inscripciones lapidarias de las Canarias. M. Simonin, uno de los sabios exploradores franceses, a su regreso, en 1874, de su quinto viaje a la América del Norte, presentó en la Sociedad Geográfica de París una relación de sus últimas exploraciones en las minas de cobre del Lago Superior, que visita, y que parecen haber sido exploradas en una época muy antigua. Las huellas de un pueblo anterior a los *Pieles Rojas* le han parecido evidente. Pero lo que llamó la atención a su regreso a Francia fue la lectura de uno de los boletines, publicados por la referida Sociedad Geográfica de París, y que trataba sobre los caracteres de las inscripciones canarias. Observó que una perfecta semejanza existía entre estos caracteres bizarros y los que él mismo había descubierto en América sobre las rocas de las minas de cobre: «*Estas semejanzas,*

*dice M. Simonin, han sido para mí una verdadera revelación; los mismos círculos concéntricos en estos signos misteriosos, imitando serpientes enrolladas; las mismas figuras cuadradas o circulares.»*

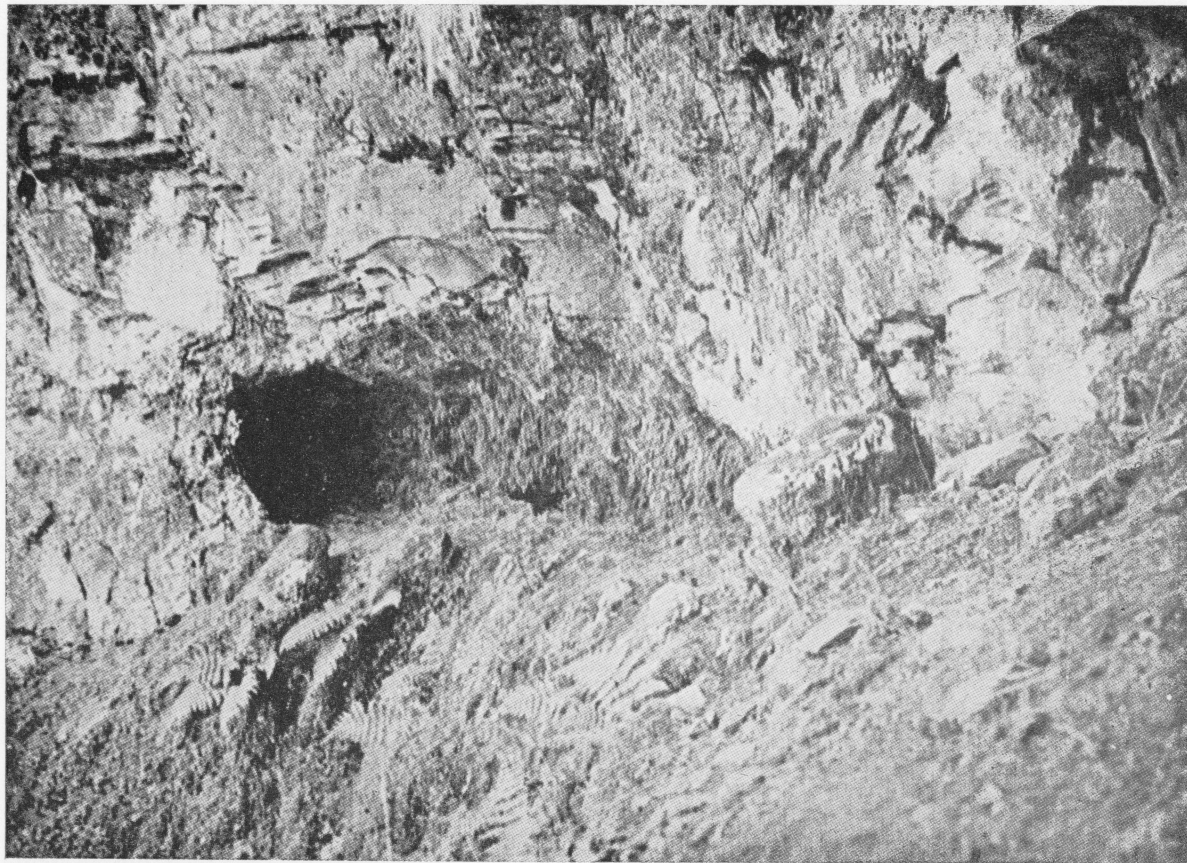
Una fotografía ejecutada sobre los lugares del descubrimiento ha servido a M. Simonin de medio de comparación entre las inscripciones americanas y las de las islas de Hierro y de La Palma. Y resulta evidentemente de su identidad, que el pueblo que ha grabado los signos de escritura sobre las rocas volcánicas de las antiguas Afortunadas es el mismo que ha trazado caracteres parecidos sobre los pórfidos de Arizona y de California.

En fin, sobre los bordes del lago Salado, M. Simonin visitó una caverna funeraria, de la cual él extrajo dos cráneos humanos, y a su regreso a Francia los legó al museo de Historia Natural de París, donde los profesores del referido establecimiento nacional MM. Lartet y Quatrefages, así como los miembros de la Sociedad de Antropología MM. Pruner, Broca y Dally, han podido comparar estos cráneos, traídos por M. Simonin, con los de los antiguos habitantes de las islas Canarias. Todos estos sabios han manifestado la misma opinión. Ellos han reconocido la concordancia de caracteres típicos que presentan las cabezas óseas de los antiguos habitantes de Canarias con los dos traídos por M. Simonin.

Así, América del Norte, lo mismo que las antiguas Afortunadas, fueron habitadas, en una época muy lejana, por un pueblo de la misma raza. La que fue a establecerse en América, llegó a un más alto grado de civilización. El explotaba las minas, y fabricaba los objetos de Alfarería, y, sin ser como los guanches, principalmente cazador, pastor y guerrero, cultivaba la tierra como los antiguos habitantes de Canarias para recolectar el grano que él sabía moler.



*Cueva prehistórica de Belmaco, en Mazo, Isla de la Palma, con grabados rupestres.*



*Gruta prehistórica de la Zarza, en Garafia, Isla de la Palma, con inscripciones rupestres.*

Estos hechos nos demuestran que los hombres de esta antigua raza, que dejó huellas de su existencia en América y en las Canarias, tenían un origen común.

En 1931 Germán Wirth en su obra *Escritura sagrada primitiva de la humanidad*, cuyo método de trabajo descansa sobre el sistema paleoepigráfico, nos explica que hay una gran semejanza en los dibujos rupestres del nuevo mundo y del antiguo mundo, y que esta semejanza y combinación de signos tienen por objeto el calendario de los dos lados del Atlántico.

Nos es conocido, a título de ejemplo un símbolo atlántico con esta grafía  $\overset{\circ}{\underset{\circ}{\cap}}$  como ideograma de la unión lineal entre la posición más alta y la más baja del sol durante el año. En el simbolismo cultural, popularizado entre los indios de Norteamérica, se nos transmite este signo en la primera mitad de la última centuria con esta significación «proceder de lo alto y de lo bajo, vida y muerte» etc... Resulta ser el símbolo atlántico general en cuanto a «costumbres y devenir», de donde dimana el sentido: «los vástagos, la descendencia», etc... En lugar de este antiguo ideograma nos aparece como símbolo atlántico más actual el símbolo  $\varphi$ , en principio una modalidad del signo  $\cap$ . Posteriormente el signo  $\overset{\circ}{\underset{\circ}{\cap}}$  y el  $\varphi$  que aparecen ligados en una fórmula en la que uno de los signos es empleado como aclaración del otro. Esta unión casi matemática se encuentra representada en la prehistoria tanto del antiguo como del nuevo mundo al igual que la unión del signo  $\overset{\circ}{\underset{\circ}{\cap}}$  con el símbolo del hombre  $\vee$  y también con otros.

Wirth apunta que el simbolismo cultural de los indios norteamericanos y los signos atlánticos son absolutamente los mismos, y ofrecen grupos idénticos, pero que esta concordancia redaccional se interrumpe con motivo del hundimiento de la Atlántida, y que a partir de entonces

los signos gráficos evolucionan, siguiendo direcciones diferentes sobre los dos continentes.

Nuevas búsquedas y estudios más profundos podrán revelarnos un día su historia: «El hombre del pasado dice siempre alguna cosa al hombre del presente, y sirve de alta enseñanza al hombre del futuro.»

CAPITULO VI

PRELUDIOS  
DE LA CONQUISTA  
DEL ARCHIPIELAGO



## 1. EXPEDICIONES QUE PRECEDIERON A LA CONQUISTA DE LAS CANARIAS

La destrucción del imperio romano de Occidente fue causa de que Europa prescindiera de las Canarias. Bastante tenía con defenderse de la terrible invasión bárbara para entretenerse en aventuras.

Los cristianos españoles no mencionan para nada las Canarias en los primeros períodos de sangrienta lucha contra la Media Luna. Preocupados con reconquistar la patria, sin cuidado les tenía la exploración de nuevos países. No así los árabes, que hacen de ellas referencia en sus obras denominándolas Aldjehir al-Khalidah, que significa islas Afortunadas.

Estos, al conocer las obras de los griegos, tuvieron noticia de las Islas Canarias.

En medio de la oscuridad que por espacio de trece siglos envuelve la existencia de las Islas Canarias se descubre un hecho importante: la presencia de los árabes en Gran Canaria a partir del año 999 de nuestra Era.

Un capitán árabe llamado Ben-Farroukh se hallaba en las costas lusitanas vigilando a los normandos cuando tuvo noticia de que en las regiones líbicas había unas islas de extraordinaria belleza. Se dirige hacia estas islas que se les describía, y llega al poco tiempo a Gran Canaria. Su relación es extractada del original árabe y tradu-

cida por M. Etienne en 1844, y reproducida por don Manuel de Ossuna.

Ben-Farroukh, al frente de 130 hombres, desembarca en la costa de Gando, en un pequeño puerto al que los geógrafos árabes han dado su nombre.

Ben-Farroukh va de Sur a Norte de la isla, teniendo que luchar con una naturaleza virgen y privilegiada, pues ya el espeso bosque, ya el profundo barranco, defendían el país de las invasiones. Llegó al fin a las llanuras de Gáldar, residencia del *Guanarteme* Guanariga, donde el extranjero fue recibido por el príncipe, rodeado de sus *guayres* (consejeros). Ben-Farroukh manifestó al príncipe isleño que un monarca poderoso solicitaba su alianza, entablándose benévolas relaciones ventajosas para las naves árabes, pues así tenían un lugar de refugio al perseguir a los piratas.

Los árabes fueron obsequiados por Guanariga en su propio palacio, sirviéndole los manjares más estimados, y después de recorrer Ben-Farroukh las otras islas regresó a Lisboa, diciendo que la población de Gran Canaria era la más civilizada, ya que los extranjeros fueron recibidos con gentileza en esta isla, y que había allí una forma muy avanzada de institución social, que la agricultura y algunas industrias primitivas estaban allí más perfeccionadas que en las otras islas.

En 1170 Xerif-el-Edrisi, conocido con el sobrenombre del geógrafo de Nubia, en su libro titulado *El deseoso de peregrinar la tierra*, hace la relación de un viaje efectuado en el siglo XI por aventureros árabes que salieron de Lisboa. Webb y Berthelot explayaron esas noticias diciendo que después de Plinio no se encuentra más documento sobre las Afortunadas que la relación de los árabes Maghruinos venidos de Lisboa a principios del siglo XII y aun quizás mucho tiempo antes, pues Edrisi, que hace men-

ción de esta empresa en su geografía, no habla de ella como de un acontecimiento reciente.

«Fue de Lisboa, dice, de donde salieron estos navegantes al tiempo de su expedición, teniendo por objeto saber lo que encerraba el océano y cuáles eran sus límites.»

Se suceden una serie de expediciones (hasta quedar definitivamente conquistado el archipiélago canario) que aportan un caudal de noticias a Europa y despiertan entre las naciones que se disputaban el dominio los deseos de poseerlo.

Comenzaremos por bosquejar la expedición genovesa llevada a cabo el año 1291. Varios escritores, y entre ellos Agustín Giustiniani, refieren que para el mencionado viaje se equiparon dos galeras en Génova, al mando de Teodosio Doria y Hugolino de Vivaldo, con el objeto de explorar el océano, perdiéndose las galeras sobre la costa occidental de Africa, y aunque nada terminante comprueba que tocaron en Canarias, ya que pasaron por su litoral, parece natural afirmarlo. La etimología del nombre de Lanzarote también nos pone de manifiesto cómo los genoveses visitaron las Canarias. El noble Lanciloto visitó una de las islas orientales, dándole su nombre.

De mayor importancia fue, bajo todos sus aspectos, la expedición dirigida a las Canarias por orden del rey de Portugal Alfonso IV. Se componía de tres carabelas abundantemente provistas de armas y víveres y tripuladas de marineros portugueses, italianos y españoles al mando del florentino *Angiolino del Tegghia de Corbizz*. El día 1 de julio de 1341 se hicieron a la vela en las aguas de Lisboa, y a los cinco de navegación descubrieron una isla de 140 millas de circuito, según la relación del piloto genovés Nicoloso da Recco: vieron en ella muchos hombres y mujeres de aspecto y manera salvajes, y extrajeron gran cantidad de pieles de cabra, sebo, aceite de pescado, restos de focas, palo encarnado y cortezas de árboles para tintes.

Mas, no se atrevieron a internarse en el país, temerosos de la agreste ferocidad de sus habitantes.

Se encaminaron después hacia otra isla mayor que la primera, y cuyos moradores se presentaron en la playa casi desnudos, aunque algunos se distinguían por sus delanteras de pieles teñidas con azafrán y de encarnado, en señal sin duda de superioridad sobre los demás. Hablaban un lenguaje que los marinos no comprendían, pero que les pareció dulce y muy animado. Por sus ademanes y acciones se venía en conocimiento de que deseaban comerciar con los extranjeros. Mas, como éstos no se atreviesen a saltar en tierra, se arrojaron a nado algunos isleños, cuatro de los cuales fueron detenidos a bordo de los buques expedicionarios. Eran estos indígenas jóvenes, de buena figura, sin barba, y tenían largos y rubios cabellos y robustos miembros. Sólo estaban cubiertos con un pequeño tonelete de juncos o palmas. Mostraban suma vivacidad e inteligencia, y haciéndose comprender fácilmente por señas, decían que la tierra de donde salieron se llamaba Canaria. Tal era, en efecto, la isla en que se encontraban los enviados de Alfonso IV. No satisfechos, sin embargo, con tan buen suceso, siguieron costeándola hacia el Norte, y a medida que adelantaban en esta dirección, descubrían mejor cultivo en los campos y muestras de mayor actividad y población. Multitud de casas salpicaban los terrenos sembrados de hortalizas o cubiertos de jardines, higueras, palmeras sin fruto y variadas plantaciones. Alentados con tan bellas perspectivas, se decidieron por fin a desembarcar en número de 25 hombres bien armados.

La mayor parte de las habitaciones estaban cerradas, pues los isleños se retiraron asustados a las alturas de las montañas, y sólo manifestaban con desacordes gritos su oposición a los invasores.

Visitaron sus casas, y quedaron prendados tanto de la construcción, hecha con piedras y madera, como de la lim-

pieza interior. Encontraron higos secos conservados en cestas de palma y un trigo más hermoso que el de Europa. Vieron además una capilla sin signo alguno. Sólo había en ella una estatua con sus partes obscenas cubiertas y una bola en la mano, estatua de piedra que trajeron a Lisboa. Ricos de botín los tripulantes, se reembarcaron para dirigir su rumbo a nuevos descubrimientos, y fue el primero el de la isla de Hierro, según se infiere del gran número de árboles frondosos que en ella se veían. Desde allí se dirigieron a otra isla, que debió ser La Gomera, a juzgar por su proximidad a la anterior. Multitud de arroyos y abundancia de palomas exquisitas, mantenidas con baya o fruta de laurel y por consiguiente de gusto delicado. Mataron algunas de estas aves, y después de haber reconocido La Palma con sus elevadas y nebulosas rocas, se hallaron en frente de una tierra que les pareció encantada a causa del prodigio que a su vista se ofrecía. Este era un monte de inmensurable altura, sobre cuya cúspide se divisaba un objeto blanco, que tomando sucesivamente varias y fantásticas formas se presentaba a los ojos de los supersticiosos marinos como animado por un espíritu infernal. Esta maravilla incomprensible, esta misteriosa tierra, no era otra cosa, sino la isla de Tenerife con su elevado pico del Teide.

Por último, los expedicionarios contaron hasta trece islas. Igual es el número de las que forman aquel archipiélago, si a las siete conocidas con los nombres de Gran Canaria, Tenerife, la Palma, Gomera, Hierro, Fuerteventura y Lanzarote, se agregan las menos conocidas, llamadas isla de Lobos, Roque del Este, Roque del Oeste, Graciosa, Montaña Clara y Alegranza.

Inmensos fueron los resultados que produjo esta expedición. A ella se debieron las primeras noticias ciertas sobre la situación de las Islas Canarias, olvidadas hasta entonces o representadas con inexactitud en las cartas

geográficas. A ellos se debieron los datos más auténticos e indudables acerca de un país cuya existencia había sido problemática o envuelta en los misterios de maravillosas descripciones. Por esta expedición supieron los pueblos civilizados de Europa que en medio de los desconocidos mares de Occidente existían otros pueblos civilizados también, donde florecía la agricultura, había ciertos ramos de industria, se construían cómodas viviendas y regulares edificios, no eran totalmente desconocidas las artes y hasta en la diferencia de los trajes y las demostraciones de respeto hacia algunos individuos se entreveían las relaciones de un orden social establecido sobre buenos principios.

El espíritu de peregrinación y de conquista, tomando cada día mayor vuelo, se apoderaba con avidez de estas relaciones, y las miradas de los más atrevidos aventureros, se dirigían todas al Occidente, que en su ardorosa imaginación les ofrecía pasto abundante de gloria y de riqueza. Monarcas poderosos fijaron su atención en estos países y se disputaron su dominio.

## 2. DON LUIS DE LA CERDA, PRÍNCIPE DE LA FORTUNA

Ningún príncipe pensó tan seriamente en poseer las Canarias como el infante don Luis de la Cerda, conde de Clermont, descendiente de la rama desheredada de Castilla y educado en las cortes de Aragón y Francia.

La desairada situación en que quedaron los infantes descendientes de la rama directa del Rey Sabio, por su desenfrenada ambición de Sancho II, estimuló a don Luis de la Cerda a buscar la influencia del Pontífice Clemente VI para que le confiriese la corona del reino de Canarias.

Dice Viera y Clavijo que el Santo Padre celebró un

consistorio público, y en él fueron erigidas las Canarias en reino, por más que las bulas originales manifiestan que se erigieron en principado a favor de Luis de España, apellido o sobrenombre que también se le dio. Fue declarado feudatario de la Silla Apostólica, con la obligación de entregar a la Iglesia romana un tributo de 400 florines de oro, *bueno y puro, de peso y con el cuño de Florencia*. La bula se expidió en Aviñón a 15 de noviembre de 1344, y la solemne investidura se verificó en la propia ciudad a fines de diciembre.

El rey de España Alfonso XI, en carta fechada en Alcalá de Henares en 13 de mayo de 1345, protestó de la proclamación, fundándose en que las Canarias están comprendidas en la diócesis de Marruecos, sufragánea del Arzobispado de Sevilla. También elevó su protesta al pontífice el rey de Portugal. Creía éste que las expediciones mandadas anteriormente y los preparativos que tenía hechos para la conquista de las islas, que no pudo efectuar por las luchas sostenidas con el rey de Castilla y con los príncipes sarracenos, le daban derecho a las Canarias.

### 3. OTRAS EXPEDICIONES AL ARCHIPIÉLAGO CANARIO

No han terminado aún las expediciones a las Islas Canarias. De los principales puertos de Europa salían continuamente flotas armadas para llevar el saqueo y la rapiña a aquellas tierras de promisión, bajo el pretexto de sembrar en ellas las saludables semillas de la verdadera fe.

En 1360, dos galeras compuestas de mallorquines y aragoneses desembarcaron en Gran Canaria por el puerto de *Gando*, e internándose demasiado, sin asegurar su retirada, fueron todos hechos prisioneros, incluso cinco frailes franciscanos, que los acompañaban. Los servicios que estos aventureros prestaron al país, plantando higue-

ras y construyendo edificios más cómodos, les granjearon la benevolencia de los canarios, durante los primeros años de su cautiverio, pero posteriormente los canarios no pudiendo soportar las exigencias que comprometían su honor, se vieron obligados a adoptar medidas extremas y los condenaron a muerte. Según la tradición los cinco frailes fueron precipitados del risco de *Jinamar*, género de suplicio reservado a los traidores y a los adúlteros.

Otra tentativa, cuyos resultados fueron menos trágicos, tuvo lugar en 1377. El capitán vizcaíno Martín Ruiz de Avendaño, de la marina real, fue por una borrasca lanzado a estas islas y permaneció algún tiempo en Lanzarote, viviendo en armonía con los indígenas, según veremos más adelante.

También un caballero gallego, llamado don Fernando de Ormel, conde de Ureña, por igual accidente recaló con una galera sobre la Isla de La Gomera, quedando los europeos prisioneros de los gomeritas cuando a éstos atacaron, concediéndoles después la libertad de reembarcarse.

La expedición más importante de este período fue la que concertaron en 1392 ó 1399 los armadores andaluces, vizcaínos y guipuzcoanos, los que salieron de Sevilla e hicieron grandes estragos en Lanzarote, respetando la isla de Tenerife por el temor que les causó una erupción del Teide, llamándola por este motivo isla del infierno. Estas tentativas repetidas fueron como los preludios de la conquista de las Canarias.

Hagamos constar la nota humanitaria de estos isleños, que con sus actos demuestran sentimientos más elevados que los que abrigaba el corazón de los europeos, concediendo la vida y la libertad a sus agresores, lo que proclama la superioridad de aquella raza, hermosa, valiente y noble por excelencia.



**CAPITULO VII**

**CONQUISTA DE LAS  
ISLAS CANARIAS  
BAJO EL PATROCINIO  
DE LA CORONA  
DE CASTILLA**

## 1. CARÁCTER DE LA CONQUISTA

Las expediciones que hemos expuesto en los capítulos III y VI deben ser consideradas como simples exploraciones. Las empresas de Juan de Bethencourt deben constituir el punto de partida de la conquista, ya que realmente desde esta época es cuando la dominación extranjera comienza a establecerse en el archipiélago canario.

La conquista del archipiélago duró desde 1402 hasta 1496. Y puede considerarse dividida en dos grandes períodos. Se abre el primero con la expedición de Juan de Bethencourt, y en él, bajo la alta soberanía de los reyes de Castilla. Soberanía reconocida por el caballero normando, que hizo prevalecer su nombre en las negociaciones con la Corte en acto de vasallaje.

En este primer período, y bajo el patrocinio de Enrique III de Castilla, comenzaron a formar parte del territorio español algunas de las Islas Canarias (Hierro, Fuerteventura y Lanzarote), cuyos derechos sobre el archipiélago estaban ya reconocidos desde los días de Alfonso XI.

El principio de la segunda época debe contarse cerca de medio siglo después, cuando los Reyes Católicos, respetando los derechos otorgados por reales cédulas en favor de los señores de Lanzarote, asumen la conquista, y es considerada ésta empeño nacional. Y se prosigue como

un noble y generoso ideal de civilización y cristianización de gentes incultas e infieles. La acción de la corona es entonces directa en la empresa. Y si sus capitanes se extraían alguna vez e incurren en actos injustos, son por lo general fieles a las elevadas miras de la Corona.

Durante el dilatado intervalo de uno a otro período, lejos de adelantarse un solo paso en la senda de la conquista, se relajaron a veces de tal modo los vínculos de unión entre isleños y europeos, y aun los de éstos entre sí, que estuvo en más de una ocasión a punto de arruinarse el edificio levantado por los primeros dominadores.

Con el auxilio de la Corona se otorga la conquista a particulares, pero éstos, movidos muchas veces por la ambición y la codicia, llegan a actos censurables que no alcanza a evitar siempre el poder moderador de la Realeza.

Los Reyes Católicos establecen en el archipiélago un régimen de derecho bajo el cual se atrae, eleva y funde a los vencidos con los conquistadores, formando un nuevo pueblo unido por vínculos indisolubles a la madre Patria.

## 2. GENTES AVEZADAS A LA LUCHA LA QUE ENCONTRARON LOS ESPAÑOLES EN CANARIAS

Gentes rudas, enérgicas, valientes hasta la temeridad y avezadas a la lucha, las que encontraron los españoles en Canarias. A la violencia debían responder con duras represalias. Y los actos singulares de magnanimidad de los indígenas, recogidas por los historiadores en gran número, nos habla de una raza indudablemente superior. Sí inculta, pero poseedora de las más altas cualidades del espíritu.

Los indios de Méjico y de Perú, vencidos antes de combatir, no opusieron a los invasores sino una débil resistencia. Esclavos de sus señores y de sus sacerdotes, su

debilidad y su indolencia precipitaron la caída de dos imperios minados de antemano por la tiranía y la superstición. Los isleños de Canarias eran hombres de otro temple; la sola idea de esclavitud sublevaba esta raza orgullosa en sus derechos. Los españoles fueron unos dioses para los mejicanos, pero los guanches no vieron en ellos sino hombres, cuyas acciones excitaron frecuentemente su desprecio.

### 3. JUAN DE BETHENCOURT, PRIMER CONQUISTADOR DE LAS CANARIAS

Se abre la primera época de la conquista, con la expedición de Juan de Bethencourt, barón de San Martín de Gaillard, en el condado de Eu, en Normandía. Era el caballero normando de buena familia, y se había distinguido en la guerra y en la navegación, llegando a ser chambelán de Carlos VI. Pero fatigado del servicio de la Corte durante la demencia del rey, poco feliz, por otra parte, en el hogar doméstico, resolvió abandonar su palacio de Grainville la Teinturiere en Caux, y hacerse célebre por medio de alguna aventura. Se le ofreció la ocasión para ello, y he aquí cómo.

Hacia el año 1393 un caballero español apellidado Almonaster (padre de Fernán Peraza, esposo éste de doña Inés de las Casas, hija de Juan de las Casas), verificó un desembarco en Lanzarote y trajo consigo, con cierto número de prisioneros, algunos productos que atestiguaban la gran fertilidad del archipiélago canario.

Este hecho llamó la atención del caballero normando, y queriendo aumentar su fortuna y adquirir renombre, se decide conquistar las Islas Canarias. Para ello Bethencourt se rodea de personas importantes: entre otras, el franciscano fray Pedro Bontier, del clérigo Juan Le Verrier, am-

bos capellanes de Bethencourt y cronistas de la expedición, seguido también de dos isleños cautivos y bautizados con los nombres de Alfonso e Isabel como intérpretes.

La expedición arriba primeramente a la Rochela, en donde es reforzada por el caballero Gadifer de la Salle (el don Gaiferos de los romances) y varios otros aventureros.

El navío que les condujo salió del puerto de la Rochela el 1 de mayo de 1402. El buque tiene que arribar a Vivero, Coruña y Cádiz, en donde se detiene algún tiempo.

La expedición se reduce bien pronto a 53 personas por las deserciones de 26 tripulantes.

A los ocho días de salir de Cádiz, por el mes de julio, saluda con los nombres de Alegranza, Montaña Clara y la Graciosa a las tres primeras islas desiertas que descubre consecutivamente. Sigue, sin detenerse, su rumbo, cuando una costa dilatada se presenta a sus ojos: era la isla de Lanzarote.

Según antiguas tradiciones, este país estuvo dividido en dos Estados distintos. Debíó verificarse esta división en tiempos muy remotos, ya que muchos años antes de la conquista estaba ya reunida toda la isla bajo el poder de un solo monarca. Este se llamaba Zonzamas, y lo era por los años de 1377. En esta época un fuerte temporal arrojó sobre aquellas playas una embarcación capitaneada por el hidalgo vizcaíno Martín Ruiz de Avendaño, quien agradecido de los agasajos que le prodigaban los naturales, permaneció algún tiempo en su compañía. Zonzamas, expresivo más que todos, alojó en su palacio al extranjero y le brindó con el trato íntimo de la reina Fayna, cuya extremada belleza daba mayor precio a tan singular obsequio. Le aceptó el bueno de Avendaño y dejó en prenda de su correspondencia una niña, que Fayna dio a luz y a quien se le llamó Icó.

Sucedió a Zofzamas su hijo Tiguafaya. A poco se verificó la invasión de unos españoles, que después de haber vencido a los naturales de Lanzarote, hicieron gran botín y se llevaron entre otros muchos prisioneros al desgraciado monarca, junto con la reina, su esposa. Esta circunstancia puso la corona en las sienes de Guanarame, que se había desposado con la hermosa Icó, y que después de un reinado corto y azaroso, dejó el trono a su hijo Guadarfía.

A pesar de tantos desastres, conservaban los isleños el recuerdo de la ilegitimidad de Icó, a quien tenían por extranjera. Y para justificar su noble condición, le exigieron la prueba del humo, sin cuyo requisito se negaban a reconocer los derechos de Guadarfía. Consistía aquella prueba espantosa en encerrar a la infortunada acusada con tres mujeres villanas en una estancia llena de humo, y si moría como ellas ahogada, quedaba completamente probado su origen común.

Se cuenta que la infeliz Icó, obligada a pasar por tan duro trance, se proveyó de una grande esponja empapada en agua y con este ardid, aconsejado por una vieja sagaz, logró neutralizar el efecto del humo. Y así Icó pudo alcanzar, a costa de tanto sacrificio, un trono aspirante para su hijo.

#### 4. SUCESOS DE LA EXPEDICIÓN DE BETHENCOURT A LANZAROTE Y FUERTEVENTURA

En efecto, Bethencourt intenta un reconocimiento en Lanzarote sin resultado. Se retira al islote de la Alegranza para celebrar consejo con los suyos, y se acuerda volver de nuevo con toda su gente.

Apenas desembarcó Bethencourt en Lanzarote, una multitud de isleños le cercaron y le dirigen expresiones de

consideración y respeto. Uno de ellos, que ostentaba en sus sienes la antigua corona de pieles de cabra guarnecida de conchas con que se distinguían los soberanos de aquel país, se apresuró a implorar su amparo y protección contra el furor de los piratas. Y le ofreció en retribución el asilo de la amistad. Y se somete a su obediencia «*Como amigo, pero no como súbdito*».

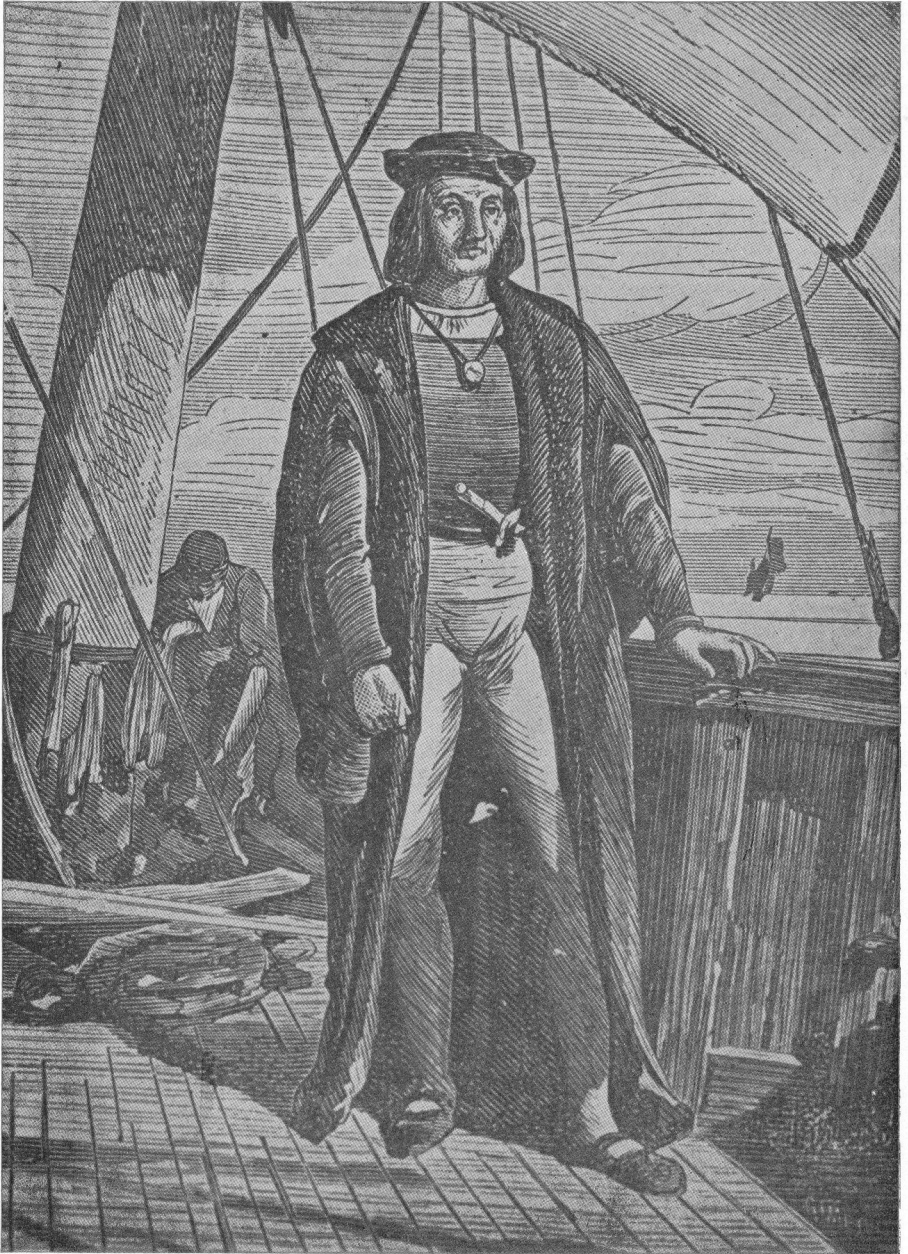
Aprovecha Bethencourt estas buenas relaciones y construye el castillo de Rubicón en la parte sudoeste de la isla, y lo deja bajo la custodia de Berthin de Berneval. Luego se dirige a la isla de Fuerteventura. La falta de víveres y la mala voluntad de los compañeros hacen abortar esta empresa. Bethencourt regresa a Lanzarote y encuentra a su gente amotinada, y se ve obligado a regresar a España, a fin de procurarse víveres y recursos para continuar su empresa. Y deja a Gadifer de la Salle, su lugarteniente, de gobernador de Lanzarote durante su ausencia.

##### 5. BETHENCOURT RINDE HOMENAJE DE LAS ISLAS CANARIAS AL REY DE CASTILLA

Bethencourt, que había llegado a Cádiz, se enteró de que la Corte se hallaba en Sevilla, a donde se dirige, y hace pleito homenaje de las islas Canarias al rey de Castilla, Enrique III, quien le recibió muy gozoso, gracias a la protección de su tío Roberto de Braquemont, hombre muy influyente en la Corte.

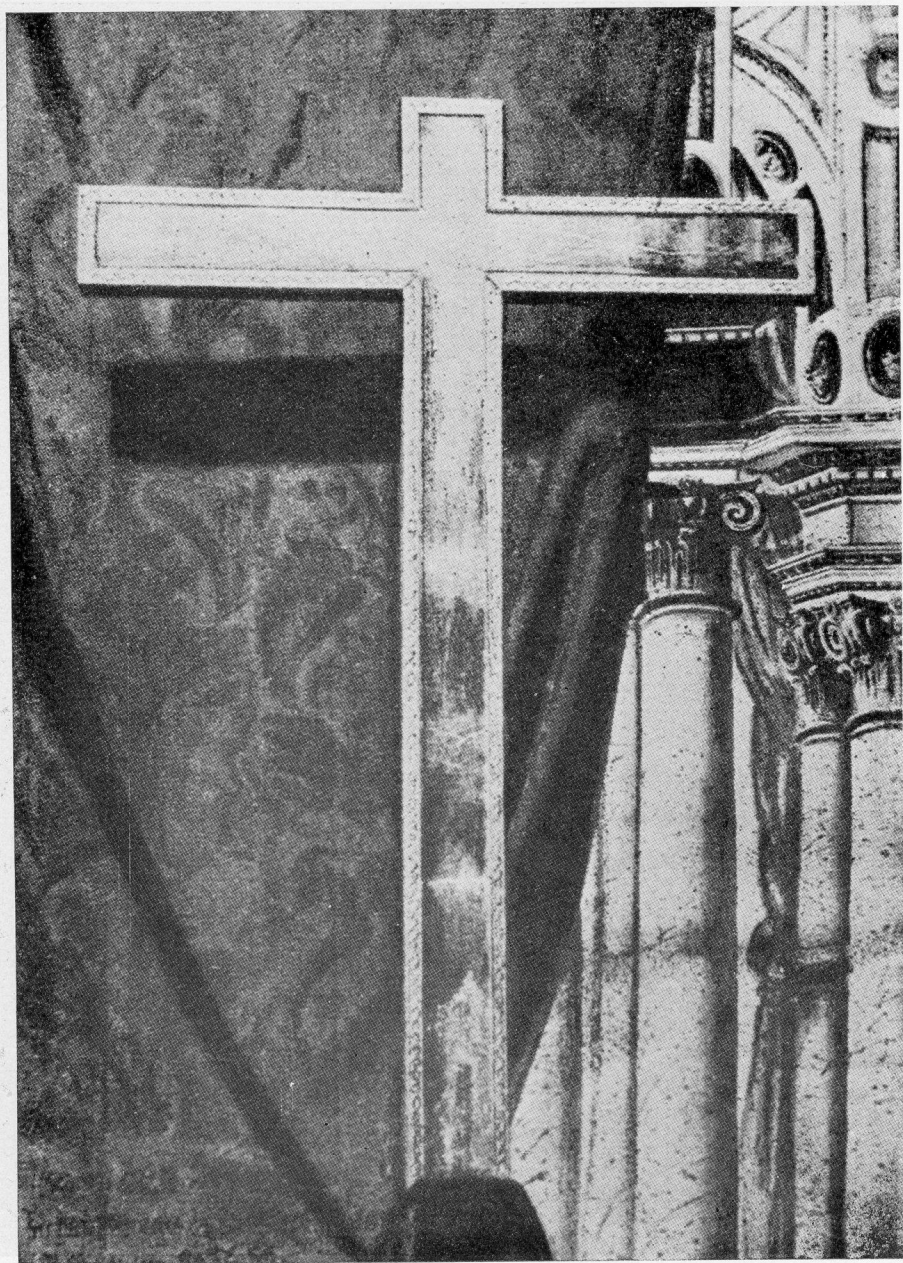
El monarca español dio a Bethencourt el señorío de las islas por conquistar, con el derecho de acuñar moneda, el *quinto* de los géneros de exportación, 20.000 maravedís para sufragar los gastos de una segunda expedición y un buque bien armado y provisto, que fue expedido a Gadifer.

LAMINA XXI



*Juan de Bethencourt, primer conquistador de Canarias.*





*Cruz de la Conquista, que se custodia en la Parroquia Matriz de la Concepción, en Santa Cruz de Tenerife.*

Desde esta época puede considerarse la conquista de las Islas Canarias como una de las glorias que dieron esplendor a la corona de Castilla, pues sin los eficaces auxilios que alcanzó del monarca reinante, Enrique III, hubiera encontrado Bethencourt insuperables dificultades para proseguir la empresa comenzada. Si bien el mayor impulso que ésta recibió fue debido, como veremos más adelante, a los poderosos Reyes Católicos.

Mientras Bethencourt tomaba todas las medidas en España para el éxito de su empresa, ocurrieron en las Islas Canarias acontecimientos de importancia, y aunque aquí no los tratemos con la extensión que merecen, debido a la brevedad de este trabajo, no debemos omitirlos en absoluto.

#### 6. REBELIÓN DE BERTHIN DE BERNEVAL

Berneval, comandante del fuerte de Rubicón y enemigo personal de Gadifer, aprovechó la ida de éste a la isla de Lobos para pescar lobos marinos, ya que necesitaba de sus pieles para el calzado de sus compañeros. Berneval se pone al frente de unos amotinados y se apodera por sorpresa del rey de Lanzarote y de 23 de los suyos, con el fin de embarcarlos en el navío español la *Tajamar*, logrando escaparse Guadarfía.

A esta infamia agregó Berneval otras. Así, por orden suya, se apoderaron sus compañeros del navío que Gadifer había enviado del islote de Lobos al mando de su amigo Remonnet de Leveden para traerles víveres.

Remonnet quiso batirse contra estos traidores. Pero él y los suyos eran pocos, y no pudo impedir que la banda de Berneval y éste en persona saquearan y destruyeran las provisiones, las herramientas y las armas que Juan de Bethencourt había reunido en el fuerte de Rubicón.

Entretanto Gadifer y alguno de sus compañeros sufrían los más horribles tormentos de hambre y de sed. Y hubieran perecido de hambre en la desierta isla de Lobos, a no acudir en su auxilio el navegante español Francisco Calvo, capitán de la *Morella*, por excitación de los capellanes Bontier y Le Verrier. El capitán español, franqueando «el paso más horrible de cuantos hay en esta parte de la mar», llegó con socorros donde estaba el caballero Gadifer, el que se hallaba en la más deplorable posición.

¿Qué hacía Berneval durante este tiempo? Después de haber hecho traición a su señor, lo hacía también a los compañeros que le habían ayudado a perpetrar sus maldades. Hacía poner en tierra a 12 de ellos, y partía con la intención de reunirse en España con Juan de Bethencourt y de hacerle aprobar su conducta, refiriéndole los hechos a su manera. Tenía, pues, interés en deshacerse de testigos embarazosos y los abandonó. Estos desgraciados tuvieron al principio la idea de implorar la generosidad del gobernador. Pero ellos, temiendo la venganza de Gadifer, se apoderaron de una embarcación, y en un momento de desesperación huyeron hacia la costa de Berbería, «donde de doce que eran se ahogaron diez, siendo los dos restantes hechos esclavos».

## 7. TRAICIÓN DE ATCHEN Y PRINCIPIO DE LA GUERRA

Durante este tiempo ocurrían graves acontecimientos en la isla de Lanzarote. El rey Guadarfía, resentido por los procedimientos del traidor Berneval, se rebela dando muerte, con auxilio de los suyos, a varios compañeros de Gadifer. Este se hallaba resuelto a exigir el castigo de los culpables, cuando un pariente del rey, el indígena *Atchen*, le propuso apoderarse de Guadarfía y destronarle en bene-

ficio propio. Este *Atchen* era un malvado, que después de traicionar a su rey se proponía vender a los normandos y arrojarles del país. Gadifer, no sospechando sus malas intenciones y queriendo vengar la muerte de los suyos, aceptó las proposiciones de *Atchen*. En efecto, éste le avisa que el rey Guadarfía ocupa el pueblo de Acatif, y que no tiene con él sino cincuenta hombres. Gadifer marcha al momento sobre este punto con veinte compañeros. Se apodera de la persona del rey y le conduce al fuerte donde le encadenaron.

Algunos días después, proclamado *Atchen* nuevamente soberano de la isla, atacó a los compañeros de Gadifer, hiriendo a muchos de ellos mortalmente. Pero en la siguiente noche, habiendo logrado escaparse Guadarfía, se apoderó de *Atchen* y le hizo lapidar y quemar inmediatamente.

El gobernador, muy irritado con las violentas escenas que cada día se renovaban, tomó la resolución de matar a todos los indígenas, respetando únicamente a las mujeres y a los niños para hacerles bautizar.

## 8. EXCURSIÓN DE GADIFER EN EL ARCHIPIÉLAGO CANARIO

En esta época llegó el buque y los socorros que Bethencourt envió a Gadifer. Este navío, además de sus ochenta hombres y de las provisiones de que estaba cargado, llevaba una carta en la cual, entre otras cosas, decía Juan de Bethencourt a Gadifer, que había hecho homenaje al rey de Castilla de las Islas Canarias, lo cual no fue del agrado del Gobernador, porque había concebido el proyecto de tener parte en aquellas islas. Pero disimuló su descontento y acogió benévolamente a los recién llegados.

Utilizando Gadifer el buque y los socorros que le envió Bethencourt de España, se dirigió sobre Fuerteventu-

ra y Gran Canaria. Costea las playas de Hierro, llega de noche a la Gomera, aborda a La Palma, regresa a Rubicón a los tres meses de ausencia, después de haber hecho en Gran Canaria algún comercio con los naturales y hacer prisioneros en las otras islas.

## 9. REGRESO DE BETHENCOURT Y SUMISIÓN DE LANZAROTE

En estas circunstancias Bethencourt llega de España con gran alegría de sus compañeros. Pocos días después cautiva a Guadarfía con diez de los suyos. El rey Guadarfía pidió y obtuvo merced, considerando su causa perdida, sometiéndose toda la población el 27 de febrero de 1404.

Fecha memorable ésta en que Guadarfía recibió con el bautismo el nombre de Luis, de manos de Le Verrier. Y a su imitación fueron sucesivamente iniciados en la fe católica los demás isleños, quedando así fijado el primer triunfo que alcanzó la religión cristiana en las antiguas regiones del Atlante.

Algunos historiadores atribuyen el nombre actual de esta isla al genovés Lancelotto, que arribó a ella en 1312. Otros atribuyen este nombre al de un caballero francés que acompañaba a Bethencourt y se apellidaba Lancelot.

## 10. SEGUNDA EXPEDICIÓN A FUERTEVENTURA. — ACONTECIMIENTOS DIVERSOS

Dueño ya Bethencourt de Lanzarote, cuya adquisición le proporcionaba la ventaja de reunir a sus bravos soldados franceses, españoles y además de un cuerpo auxiliar de hacheros isleños, juzgó que había llegado el momento de emprender la conquista de Fuerteventura, y con este objeto, por segunda vez, se dirigió hacia la temible isla.

Componían su población dos antiguas monarquías, ambas guerreras y separadas entre sí por una gran muralla, cuyos cimientos se reconocían hasta hace poco, la cual dividía a la referida monarquía en dos reinos: al norte, el distrito de *Majorata*, y al sur, el cantón de *Jandía*, mucho más pequeño.

Bethencourt efectúa primeramente un desembarco por la región de *Majorata*, y hace un gran número de prisioneros, que son al momento enviados a Lanzarote. Mas, el estado del país justificó sus recelos, pues decididos los habitantes a una tenaz defensa, se presentaban por todas partes atrincherados en las alturas, cortando el paso de los invasores. Pero a pesar de tales dificultades, lograron los conquistadores construir el fuerte de *Ricorroque*, llamado así en memoria del navío *Riche-Roche* de Normandía. Era tan ventajosa la situación de aquel punto fortificado, que facilitó las incursiones y adelantos de los conquistadores.

## 11. DESAVENENCIAS ENTRE LOS JEFES EXPEDICIONARIOS

Grandes debates se suscitan entre Bethencourt y Gadifer, hasta que, habiendo Bethencourt ordenado una expedición para Gran Canaria, Gadifer toma el mando y llega al puerto de Arganyguy. Pero después de una tentativa infructuosa se ve obligado a regresar a Fuerteventura, a donde acababa de llegar de España un buque con nuevos refuerzos del rey de Castilla que enviaba a Bethencourt. Este acontecimiento despierta los celos de Gadifer. Este comenzó a no encontrar bien nada de cuanto pasaba a su alrededor. Su envidia contra Bethencourt se acrecentaba cada día, y se percibían violentas recriminaciones, repitiendo que lo que se había hecho no era todo obra del barón de Bethencourt. Estas palabras llegaron a los oídos

del caballero normando, que se irritó en extremo y se las censuró al envidioso Gadifer, lo cual ocasionó entre ambos una agria reyerta.

Gadifer persistió en su idea de abandonar las Islas Canarias, en las cuales decía que cuanto más permaneciera menos ganaría. Precisamente Juan de Bethencourt había arreglado sus negocios para regresar a España. Así fue que propuso a Gadifer que le acompañara, a fin de «proveer a su desacuerdo». Gadifer aceptó. Ambos llegaron a Sevilla, y Gadifer hizo sus reclamaciones. Pero habiendo dicho el rey de Castilla que no tenía razón, y aprobado enteramente la conducta de Bethencourt, Gadifer partió de España, volvió a Francia y no regresó jamás a las Islas Canarias.

Bethencourt obtiene del rey de Castilla *cartas patentes* que le aseguran el señorío de las Islas Canarias, y regresa a Fuerteventura.

## 12. SUMISIÓN DE FUERTEVENTURA

Bethencourt, con los auxilios en hombres y dinero que recibió del monarca castellano, dio gran vigor y actividad a sus operaciones sobre Fuerteventura. Obstinada fue la resistencia de aquellos aguerridos isleños, pero Bethencourt sale victorioso en todos los encuentros. El caudillo normando vence a los dos príncipes: *Guize* y *Ayoze*, los dos caudillos o soberanos que mandaban, respectivamente el gobierno de la isla, en los dos distritos de *Majorata* y *Jandía*.

Al punto, el rey de *Majorata*, se presenta el 18 de enero de 1405, con un séquito de cuarenta y dos hombres en el fuerte de *Ricorroque*, cuartel general de Bethencourt, para recibir el bautismo. Tres días después, el rey de *Jandía*, acompañado de cuarenta y siete de los suyos, reciben

también el agua del bautismo en *Valtarahal*, el fuerte construido en la otra parte de la isla, conducta que luego siguió el resto de la población, quedando así toda la isla sometida.

Esta isla fue llamada (*forte Adventure*) por los capellanes de Bethencourt. Según Abreu Galindo, *Majorata* fue otro nombre puesto a esta isla por sus antiguos habitantes, cuyos descendientes se llaman aún *majoreros*.

### 13. TERCER VIAJE DE BETHENCOURT A EUROPA

Bethencourt, después de sus brillantes conquistas, siente el deseo de regresar a su país, y el 31 de enero entrega el gobierno de la isla de Fuerteventura a Juan de Courtois, que instituye su lugarteniente. Se embarca para Europa, llevándose, entre otras personas, tres hombres y una mujer del archipiélago. Partió, pues «Dios quería llevarlo y volverlo a traer», dice la relación. A los veintiún días de su salida de Fuerteventura llegó al puerto de Harfleur, y dos días después volvía a entrar en su mansión de *Grainville*.

Fue recibido con entusiasmo. Todos admiraban su intrepidez. El caballero normando acababa de realizar una empresa que en aquellos tiempos de aventuras y de batallas satisfacía la pasión caballeresca a los hombres de su época. Pero Bethencourt, en medio de tanto júbilo, no olvidaba que sólo tenía dado principio a una gran obra. Así fue que, aun allí mismo, en aquellos días en que parecía entregado a la inacción, adelantaba insensiblemente su conquista. A unos les pintaba la perspectiva de un país delicioso, de suave clima e imperturbable calma. A otros les ofrecía el otorgamiento de tierras, y atraía a muchos con la esperanza de la gloria. De modo que llegada la hora de partir, se halló rodeado de un lucido acompañamiento.



Además de 125 soldados que se le unieron, muchos de los cuales llevaban consigo sus familias. Eran gentes de todas las clases, que voluntariamente se ofrecían sin exigir gajes algunos, y entre éstos, los hidalgos Juan de Rouillé, Juan de Plessis, Maciot de Bethencourt y algunos de sus hermanos.

#### 14. REGRESO DE BETHENCOURT A LAS ISLAS CANARIAS

Bethencourt y toda su gente se embarcaron en dos navíos que zarparon del puerto de Harfleur el día 9 de mayo de 1405. Los vientos favorables les llevan bien pronto sobre las costas de Lanzarote y de Fuerteventura, desembarcando a primeros de junio en la playa de Rubicón, cuatro meses y medio después de haber dejado el Archipiélago.

El señor normando fue recibido al son de trompetas, clarines, tamboriles, arpas y otros instrumentos. Los canarios saludaron con sus danzas y sus cantos el regreso del gobernador, gritando: «¡Ya ha venido nuestro rey!» Juan de Courtois fue a toda prisa a presentarse a su capitán, que preguntó cómo iban los asuntos: «Señor: todo va bien, y cada vez mejor», respondió el lugarteniente.

Los compañeros del barón de Bethencourt fueron hospedados con él en el fuerte de Lanzarote. El país les agradó mucho. Comían sus dátiles y frutas, que les parecían excelentes, «y nada les hacía daño».

Después de haber permanecido por algún tiempo en Lanzarote, Juan de Bethencourt partió con sus nuevos compañeros a visitar a Fuerteventura. La acogida que recibió aquí no fue menos placentera, sobre todo por parte de los naturales y de sus dos reyes. Estos cenaron con el conquistador en la fortaleza de *Ricorroque*, que había hecho reparar Juan de Courtois. El feliz conquistador pasa en seguida para *Valtarahal*, a fin de presidir a la construc-

ción de una capilla que consagra a la Virgen bajo la advocación de *Nuestra Señora de Bethencuria*: «Y la adorna (dice la relación) con una imagen de nuestra Señora, un hermoso misal, dos pequeñas campanas de 100 libras de peso y varias colgaduras y ornamentos que trajo de Francia para aquella iglesia; y de ella fue cura párroco el señor Juan Le Verrier, permaneciendo en el país el resto de su vida.»

#### 15. EXCURSIÓN DE BETHENCOURT EN LA COSTA DE AFRICA Y EN EL ARCHIPIÉLAGO CANARIO

Realizada ya la conquista de las dos islas de Lanzarote y Fuerteventura, Bethencourt fija sus miradas en Gran Canaria. Los reconocimientos practicados hasta entonces en aquella isla no habían producido otros resultados que algunas negociaciones de comercio, a los que se manifestaban propensos sus habitantes.

Los soldados con que contaba Bethencourt eran pocos en número, tratándose de invadir Gran Canaria, ya que este país estaba defendido por más de 10.000 hombres aptos para la guerra. Además Bethencourt tenía que atender, con el reducido número de soldados, a la guarda y conservación de los dominios adquiridos.

En medio de tales dificultades, el intrépido normando arma una expedición compuesta de tres galeras, a cuya cabeza se pone. El embarque se verifica para Gran Canaria el 6 de octubre de 1405. Pero un furioso temporal arroja a las tres galeras sobre la costa de Africa hacia el cabo de Bojador. Bethencourt salta en tierra con su gente, y emprende una incursión en el interior, y se apoderó de algunos indígenas y de tres mil camellos, que llevó a la playa, embarcando en su buque sólo algunos de estos animales, pues juzgó oportuno aclimatarlos en las Canarias.

Bethencourt dio el buque a la vela, abandonando el cabo de Bojador, cabo que, según la relación, había tenido el honor de reconocer treinta años antes que los navegantes portugueses.

La expedición se dirige en seguida a Gran Canaria. Pero el mal tiempo separa las tres galeras, de las cuales una regresa a Fuerteventura, la otra se refugia sobre las costas de la isla de La Palma, y la tercera, en la que iba Bethencourt, llega sola a Gran Canaria. Pocos días después se le une la que había arribado a Fuerteventura.

El caballero Guillermo de Auberbose se pone en marcha con cuarenta y cinco hombres para explorar el país, contra la voluntad de Bethencourt. Se entabla un recio combate entre isleños y europeos. Los primeros perdieron a su rey, *Artemi-Semidán*, y los segundos, a Guillermo de Auberbose, jefe de esta arriesgada tentativa, Godofredo de Anzomuille y Juan de Courtois, lugarteniente de Bethencourt.

Los que sobrevivieron a esta derrota, capitaneados por Bethencourt, llegan en breve a la isla de La Palma, donde encuentran la tercera nave extraviada por el temporal, cuya tripulación había conseguido pocas ventajas en los diferentes choques que sostuvieron con los naturales. El caudillo normando, después de haber permanecido treinta y seis días en la isla de La Palma, sin intentar allí otras empresas, debido a la bravura de sus habitantes, decide pasar en seguida a la isla del Hierro.

## 16. CONQUISTA DE LA ISLA DEL HIERRO

Gobernaba la isla del Hierro un solo monarca de nombre Armiche. Augerón, hermano de este príncipe, que había sido hecho prisionero por los españoles algunos años antes, y que acompañaba a Bethencourt en su expedición,

tuvo una entrevista con el monarca. La fuerza de persuasión de Augerón cerca de su hermano dio como resultado que Armiche fuera a ver a Bethencourt, a fin de tratar de la paz. El príncipe isleño confía en la palabra dada por Bethencourt, y se entrega con ciento once de los suyos, pero el caudillo normando sin respetar el derecho de gentes se apodera de estos desgraciados isleños, los distribuye como bestias entre sus compañeros y se adjudica para sí treinta y uno, incluso el rey, como la parte que le correspondía en el botín. «Se vendieron algunos como esclavos, añaden los capellanes de Bethencourt, en su historia, y esto hizo y permitió el señor de Bethencourt por dos causas: por apaciguar las exigencias de sus compañeros, y para poder colocar algunas familias de las que había conducido de Normandía, las cuales no podían establecerse todas en Lanzarote y Fuerteventura sin gravar estas islas: por lo que dejó 120 en la del Hierro, escogiéndola entre las más entendidas de la labranza.» Pero esto no justifica en lo más mínimo la violación del derecho que cometió el barón normando con este pueblo patriarcal, digno de otra consideración que la observada por el conquistador. Lamentable es esta laguna en la brillante historia de Bethencourt.

Bethencourt bautizó esta isla con el nombre de «Ile de Fer», y que los antiguos llamaban Pluvialia u Ombrion.

Bethencourt después de haber permanecido tres meses en el Hierro, partió para la isla de Gomera. A su llegada se hallaba la isla dividida en cuatro reinos, por la muerte del rey *Amalahuise*. El furor de los partidos llegó hasta el punto, que dos de los cuatro en que se hallaba dividida la isla a la llegada de Bethencourt: el de *Agana* y el de *Hipalán*, prefirieron someterse a Bethencourt que obedecer a sus rivales contendientes. Los otros dos señoríos: el de *Mulaga* y el de *Orone*, fueron los enemigos del señor

normando. De aquí tuvo origen la sangrienta trayectoria que siguieron las incidencias de la conquista.

Es digno de notar que la isla de La Gomera no fue conquistada por Juan de Bethencourt ni por su sobrino Maciot. Los naturales de La Gomera eran muy difíciles de domar, y sólo se logró someterlos después del año 1488. Esta isla se fue españolizando más por el trato y comunicación que por la fuerza de las armas.

Esto es muy significativo, tratándose de una de las islas más pequeñas del archipiélago, y que hablan muy en favor del culto que los naturales de la isla profesaban a la independencia.

Es un error de Viera y Clavijo y de otros historiadores que le han seguido, cuando nos dicen que la isla de la Gomera fue conquistada por el barón normando.

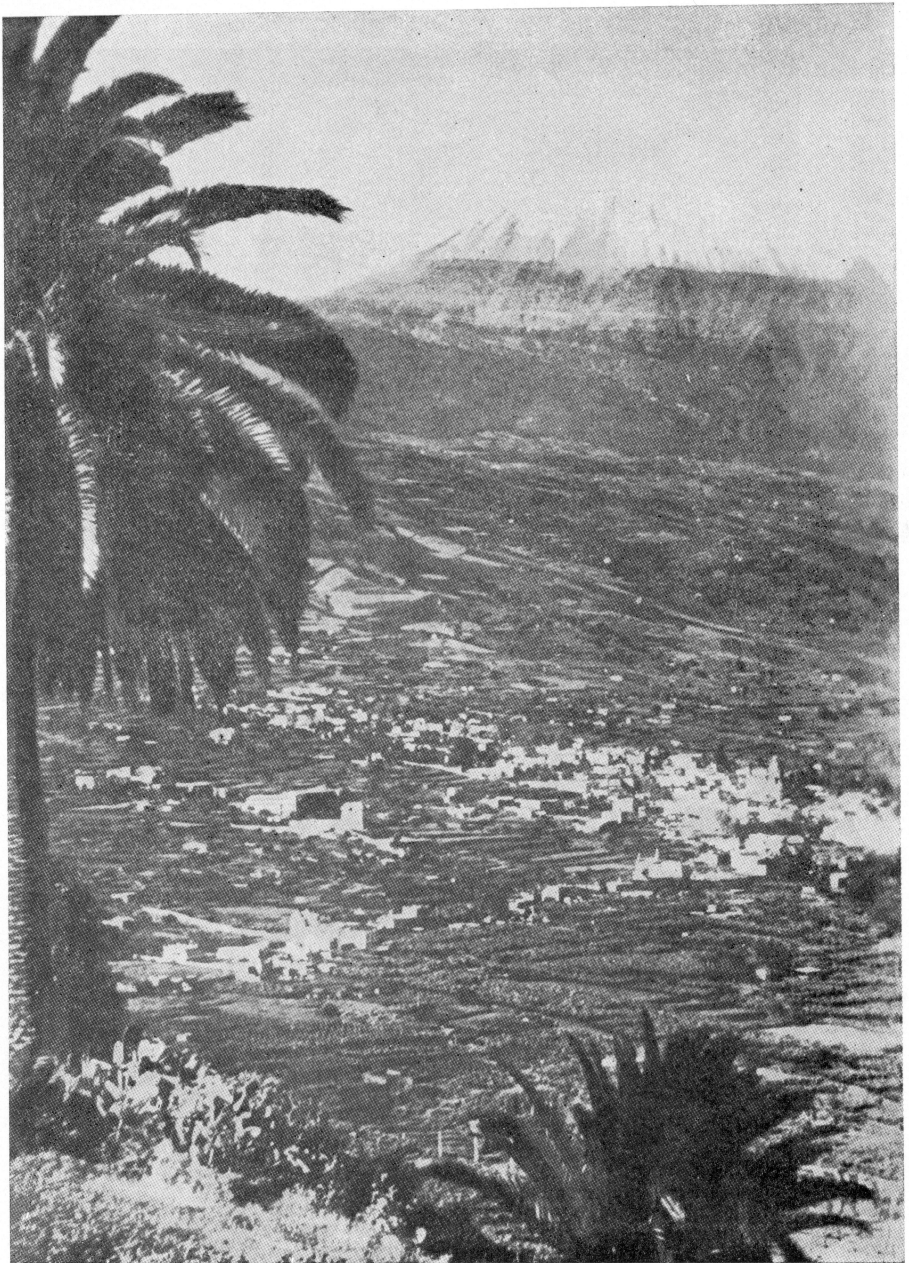
De ello nada nos hablan los cronistas de Bethencourt, viniéndolo a confirmar también la expedición que realizaron los portugueses en 1443. Azurara, historiador de esta expedición, asegura que La Gomera se hallaba aún en poder de los príncipes indígenas y que Maciot no pudo terminar la conquista de la isla.

Los romanos denominaron a esta isla Junonia Menor. Algunos historiadores pretenden que el nombre de Gomera se originó del mandato que de la isla tuvo un caballero francés llamado Goumier de la Salle, hermano o pariente de Gadifer.

El barón de Bethencourt de regreso a Fuerteventura, hacia finales de 1406, después de esta expedición, instaló su corte en *Valtarahal*. Con tres islas conquistadas: Lanzarote, Fuerteventura y Hierro, reunía ya Bethencourt dominios de consideración, que exigían arreglos meditados para su gobierno y servicio espiritual y temporal.

A la ejecución de estos trabajos se dedicó por algún tiempo, adoptando medidas beneficiosas y desinteresadas. Revestido con el carácter de rey de Canarias, feudatario de

LAMINA XXIII



*El Valle de la Orotava, Isla de Tenerife.*

LAMINA XXIV



*Vista parcial de la Costa del Realejo, en Tenerife.*

la corona de España, procedió primeramente a la reparación de las tierras conquistadas. Eximió a sus vasallos de todo tributo por espacio de nueve años, a excepción del tercio de los frutos que pagarían en vez del diezmo para las atenciones del culto, mientras éste no requiriese mayor sacrificio. Mandó a edificar dos templos. Distribuyó generosamente las rentas de su pertenencia personal. Nombró virrey o lugarteniente suyo a Maciot de Bethencourt, su sobrino.

Después de estas medidas administrativas, recorre el país acompañado de una numerosa comitiva para dar a conocer la autoridad de su sobrino, anunciando por todas partes que bien pronto va a regresar a Europa e invitando a los que tengan que hacerle alguna reclamación a venir a verlo antes del 15 de diciembre (1406) a su castillo de Rubicón, a donde efectivamente regresa para establecer en él su residencia hasta el día de su salida. Una vez en Lanzarote, ordenó a todos los nobles que le habían acompañado, a sus operarios y a los tres reyes canarios que se reunieran en su presencia dos días antes de su marcha, a fin de decirles su voluntad y de encomendarles a Dios.

Antes de partir, dijo a su sobrino Maciot: «Además os doy pleno poder y autoridad para que ordenéis y hagáis ejecutar todo cuanto juzguéis útil y honroso, salvando primero mi honor y mi provecho. Seguid lo más pronto que os sea posible las costumbres de Francia y de Normandía, en lo respectivo a la administración de justicia y en lo demás que creáis conveniente practicar. No sé qué más decir os sino que principalmente tengáis mutua paz y de este modo todo irá bien.»



## 17. VUELTA DE BETHENCOURT A SU PAÍS

El 13 de diciembre se celebró un gran convite en el castillo de Rubicón. Los tres príncipes canarios fueron convidados con los principales jefes indígenas.

Terminada la comida, Bethencourt sube a un estrado y reiteró sus recomendaciones relativas a la obediencia que todos debían prestar a su sobrino Maciot, al pago del *quinto* de todos los productos en beneficio suyo. Al cabo de dos días, el 15 de diciembre de 1406, se embarca con su capellán Juan Le Verrier, su escudero Juan de Bouille y otros seis de la casa.

Nada puede ser más elogioso para el caballero normando que la emocionante despedida que le tributaron los isleños. Los autores de la crónica de la conquista la describen así: «Después que el señor se hubo despedido de toda su gente y del país, se dio a la vela, hubiérase visto todo el pueblo romper en llanto y exclamaciones de dolor, que enternecían los corazones. Y, ¿cuál sería su goce al escuchar estas palabras articuladas en bocas indígenas: «Legítimo señor nuestro, ¿por qué nos dejáis? ¡Ya no volverás a vernos! ¡Ay, qué será de este país faltándole un señor tan sabio, tan prudente y que ha puesto tantas almas en camino de salvación!»

Después de seis días de una feliz navegación, llegó a Sevilla. Desde allí fue a reunirse con el rey Enrique III en Valladolid, en donde estaba la Corte. Bethencourt le pidió al monarca cartas de recomendación para el Papa, a fin de obtener la creación de un obispado en las islas Canarias. El rey, después de haberle tratado perfectamente y de haberlo colmado de regalos, le dio las cartas que pedía, y el barón de Bethencourt partió para Roma con una brillante comitiva.

En la Ciudad Eterna permaneció el barón por tres semanas. Fue admitido a besar los pies del Papa Inocencio VII, quien al felicitarle por haber conquistado a la fe católica las islas Canarias, le cumplimentó por el valor de que había dado prueba al alejarse tanto de Francia.

Después fueron expedidas las bulas, y tal como lo solicitaba el caudillo normando, fue nombrado obispo de las islas Canarias Alberto de las Casas. Finalmente, Bethencourt se despidió del Papa, que le dio su bendición.

El caballero normando toma después el camino de Francia, pasando por Florencia, en donde recibe una acogida clamorosa. Pasa a Francia, donde fue muy agasajado, pues si acudió mucha gente en el primer viaje del barón, esta vez acudió mucha más todavía.

Respecto a esto último y en oposición a la opinión de la mayoría de los autores que se han ocupado de la Historia de las Islas Canarias, el archivero Sr. Santiago Rodríguez, en las notas que ha llevado a cabo en la nueva edición crítica de la obra: Descripción histórica y geográfica de las Islas Canarias de Don Pedro Agustín Castillo Ruiz de Vergara, tm. I, fascículo 2, págs. 131-32, Madrid, 1948-1960, sostiene la tesis siguiente:

A: Aquí debe haber una inexactitud fundamental, si aceptamos la cronología de *Margry* y que da la lógica del desarrollo de los sucesos; lo cual, además, hace imposible pudieran suceder los hechos que siguen. En efecto, el Rey Enrique III estaba en Valladolid del 21 al 24 de diciembre de 1406, y allá precisamente en esa fecha estuvo el tío de Bethencourt, Robert de Braquemont, que junto con el obispo de Saint-Flour iba a concluir un tratado en nombre del Rey de Francia. Pero el día 25 de diciembre de 1406 murió en dicha ciudad el Rey Enrique III. Por tanto, todo lo que aquí se indica a continuación tiene visos de falsedad y poca imaginación, ya que no pudieron tener lugar tales hechos, ni siquiera ver al Rey; según *Margry* saliendo de Canarias el 15-XII-1406, tardó siete días en llegar a Sevilla (el 22), permaneciendo allí hasta el 26.

El ms. francés dice lo recibió el Rey y lo retuvo quince días y luego partió para Roma.

B: Incomprensible noticia del ms. de *Le Verrier* (?), pues documentalmente está comprobado que el Papa Benedicto XIII había autorizado desde 1403 a Bethencourt y a Gadifer de la Salle para escoger un clérigo para ser nombrado obispo de las islas que se conquistaban, y que, en efecto, en 1404 creó el Obispado de Rubicón y nombró obispo del mismo a Fr. Alfonso de Sanlúcar de Barrameda, obediente a Aviñón. De haber existido el obispo D. Alberto de las Casas tuvo que ser nombrado también en 1404, pero por el Papa de Roma Inocencio VII. Pero de esto y, por tanto, de la veracidad de lo que sigue en el relato de *Le Verrier* (?) no hay confirmación documental.

## 18. MUERTE DE BETHENCOURT

Bethencourt ya anciano, se instaló en Grainville con su esposa Madame Fayel, todavía joven. Recibía con frecuencia noticias de sus queridas islas y de su sobrino Maciot, y tenía esperanzas de regresar a su reino de Canarias.

Un día, en el año 1425, cayó enfermo el caballero normando en su palacio, y desde el primer momento se comprendió que iba a morir. Hizo, pues, su testamento, recibió los santos sacramentos, «y según dice la relación, ¡Dios le haya perdonado sus culpas! Fue enterrado en Grainville la Teinturiere, en la iglesia de dicha población, delante del altar mayor, falleció en el año 1425».

**CAPITULO VIII**

**CONTINUACION DE LA  
POLITICA PROTECTORA DE  
LOS REYES DE CASTILLA  
EN LA CONQUISTA  
DE LAS ISLAS CANARIAS**

## 1. ADMINISTRACIÓN DE MACIOT DE BETHENCOURT Y CESIÓN DE LAS ISLAS CANARIAS

El gobierno de Maciot, sobrino del conquistador, benéfico, acertado y civilizador en un principio, como lo acredita su amor al culto, la energía que desplegó en castigar a los europeos que en el Hierro se entregaron a excesos en perjuicio de los naturales, y el haber fundado la capital de Lanzarote, a la que da el nombre de *Teguise*, para honrar y perpetuar el recuerdo de la hija de Guadarfia, antiguo rey de la isla, con la que tuvo hijos y de la que descienden los Bethencourt de Canarias, rayó después, en los límites de la tiranía. Llevó a un extremo lamentable las medidas de rigor que se creyó obligado a emplear para reprimir los instintos de insubordinación de que empezaron a dar muestras los indígenas. Exige despóticamente el derecho del *quinto*, y envía gente armada a las costas de Tenerife y Gran Canaria para prender a los naturales de estas islas y venderlos en España como esclavos.

En aquel tiempo el obispado de San Marcial de Rubicón queda vacante por la muerte de don Alberto de las Casas. Su sucesor, el venerable fray Mendo de Biezma, llega a Lanzarote para tomar posesión de la silla apostólica de San Marcial. Maciot desoye los sabios consejos del virtuoso prelado, y éste le denuncia como tirano ante la

reina doña Catalina, regente durante la menor edad de Juan II de Castilla.

La reina comunica instrucciones secretas a don Enrique de Guzmán, conde de Niebla, quien hizo salir de Sanlúcar de Barrameda, tres carabelas de guerra al mando de Pedro Barba de Campos, señor de Castro Fuerte, con dirección a las islas Canarias, y sujetar el despotismo de Maciot de Bethencourt. Este, obligado a traspasar el dominio de los territorios (conquistados y por conquistar), mediante un contrato ajustado, fue a ocultar su oprobio a la isla de la Madera, después de haber entrado en negociaciones de mala fe con el infante don Enrique de Portugal, cediendo la propiedad de la isla de Lanzarote.

Esta vituperable conducta observada por Maciot al disponer de lo que no era suyo más que para administrarlo, en forma muy distinta a como lo había hecho, trajo consigo una serie de complicaciones entre las coronas de Portugal y de Castilla. Juan I de Portugal llevó el pleito a Roma contra Juan II, monarca español, ante el Papa Eugenio IV, supremo árbitro de este asunto. Y después de ciertas deliberaciones, el Papa dio la razón al rey español.

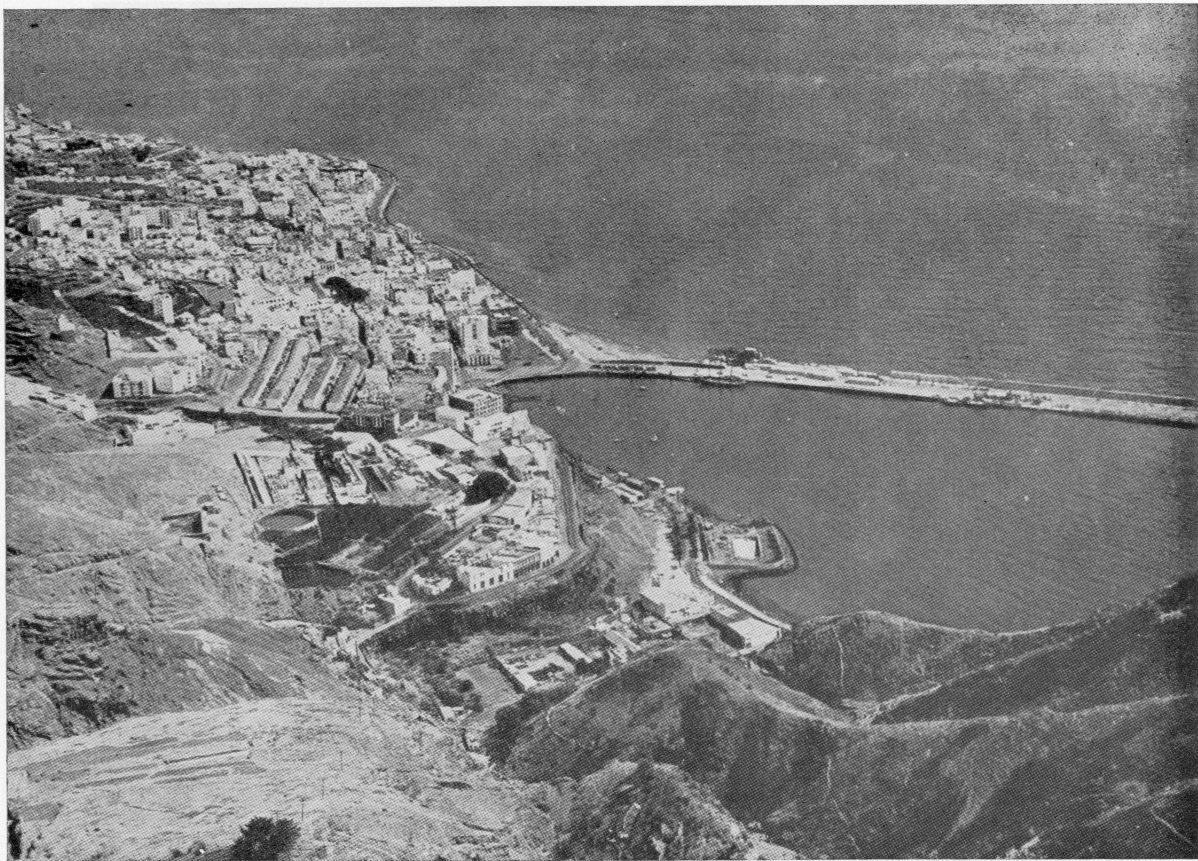
## 2. VENTAS Y TRASPASOS DEL DOMINIO DE LAS ISLAS CANARIAS

Durante los veinte últimos años de la vida de Maciot de Bethencourt, y aun después de su muerte, acaecida en la isla de la Madera, hacia 1452, el señorío de las Islas Canarias pasa sucesivamente a manos de varios poseedores, los que procuraban prontamente enajenarlo. Maciot había cedido los derechos que no tenía a Pedro Barba, al infante de Portugal y al conde de Niebla. Pedro Barba transfiere en seguida el acta de cesión a Fernán Pé-



LAMINA XXV

*Arucas, Gran Canaria.*



*Vista de Santa Cruz de La Palma, tomada del «Risco de la Concepción».*



rez, quien la pasa de nuevo al conde de Niebla, don Enrique de Guzmán el Bueno, cuya denominación se hizo notable por la concesión de un privilegio de franquicia a favor de los habitantes de las islas. El conde de Niebla vende las Canarias a Guillén de las Casas.

Todos estos señores eran por lo general caballeros andaluces, que empeñados en gloriosas empresas contra los moros, a quienes hacían a la sazón cruda guerra, se avenían de mala voluntad a cambiar estas escenas por las menos brillantes y animadas que les ofrecían los pueblos del Atlántico. La mayor parte, pues, de los referidos soberanos titulares de las Canarias, apenas hacían más que recorrer las islas conquistadas y practicar sin fruto algún reconocimiento en las restantes.

Más adelante Enrique IV de Castilla hace donación de la conquista de las Canarias a un señor portugués, el conde de Atouguia, que transfiere después sus poderes al conde de Villarreal, su pariente, y este último al infante don Fernando, hermano de Alfonso V de Portugal.

Estas mudanzas de un derecho que no pertenecía sino al primer conquistador, y del cual había depuesto por testamento en favor de su hermano Reinaldo de Bethencourt, suscitaron las contestaciones de que nos hablan las antiguas crónicas.

Muerto Guillén de las Casas en el año 1440, pasó el señorío de las Islas Canarias al yerno, de Juan de las Casas, Fernán Peraza, señor de Valdeflores, en nombre de su mujer Doña Inés de las Casas, hija del dicho Juan de las Casas, el que tomó posesión de estos dominios acompañado de su joven hijo Guillén, caballero de gran valor.

### 3. OCUPACIÓN DE LA GOMERA Y TENTATIVAS DE INVASIÓN EN LAS OTRAS ISLAS

Fernán Peraza se trasladó a Lanzarote, donde tuvo que hacer frente a los portugueses, que auxiliados por el príncipe Enrique, trataban de establecerse en las islas. Peraza resiste los ataques de los lusitanos y se ve obligado a cambiar alternativamente su gobierno a Fuerteventura, a la isla del Hierro y a la Gomera, de las que había llegado a hacerse dueño.

Peraza no pudo establecerse en la Gomera sino después de 1445. En aquella época la mayor parte de la población de la isla gozaba todavía de su independencia. Esta isla, como hemos hablado antes, no fue conquistada como han creído algunos historiadores, sino sometida después del año 1488. Pues Fernán Peraza pudo resistir a duras penas la insurrección de los naturales con las fuerzas que se había rodeado, en la famosa torre de la Gomera, construida por él cerca de San Sebastián.

El acontecimiento más importante durante el gobierno de Fernán Peraza en la Gomera es la expedición que fue a la Isla de la Palma. Peraza equipó para esta expedición tres buques de guerra con 200 ballesteros españoles y 300 indígenas armados a la usanza del país.

La expedición, cuyo mando entrega Peraza a su hijo Guillén, desembarca en la isla de La Palma. El valeroso Guillén se interna con los suyos por los desfiladeros que los naturales dominaban desde las alturas y defendían arrojando gruesas piedras. Una de ellas cayó sobre el bizarro don Guillén y lo dejó muerto en el acto.

Con gran trabajo y pérdida de gente, logró Hernán Martel, su lugarteniente, retirar su cuerpo y transportarlo a bordo del navío, con el propósito de trasladarle a la

Gomera, en donde sentían por el joven Guillén verdadera idolatría.

El canto fúnebre que corría de boca en boca el día de sus exequias, y que aquí reproducimos, es el mejor reflejo de las maldiciones que lanza el corazón cuando le privan del ser a quien consagra todo su amor. Damos a continuación este fúnebre canto:

«Llorad las damas,  
si Dios os vala.  
Guillén Peraza  
quedó en la Palma,  
la flor marchita  
de la su cara.  
No eres Palma,  
eres retama,  
eres ciprés  
de triste rama;  
eres desdicha,  
desdicha mala.  
Tus campos rompan  
tristes volcanes,  
no vean placeres,  
sino pesares,  
cubran tus flores  
los arenales.  
¡Guillén Peraza!  
¡Guillén Peraza!  
¿Dó está tu escudo?  
¿Dó está tu lanza?  
Todo lo acaba  
la mala andanza».

Semejante desgracia desconcertó completamente la expedición y abrevió, sin duda, los días de Fernán Peraza, padre de Guillén, que murió a poco en la isla de la Gomera en 1452.

#### 4. EMPRESAS DE DIEGO DE HERRERA

Muerto Guillén, el heredero inmediato de Fernán Peraza era su hija, doña Inés Peraza de las Casas, esposa del famoso Diego García de Herrera. Este era hijo de Pedro García de Herrera, mariscal de Castilla y señor de Ampudia y de doña María de Ayala.

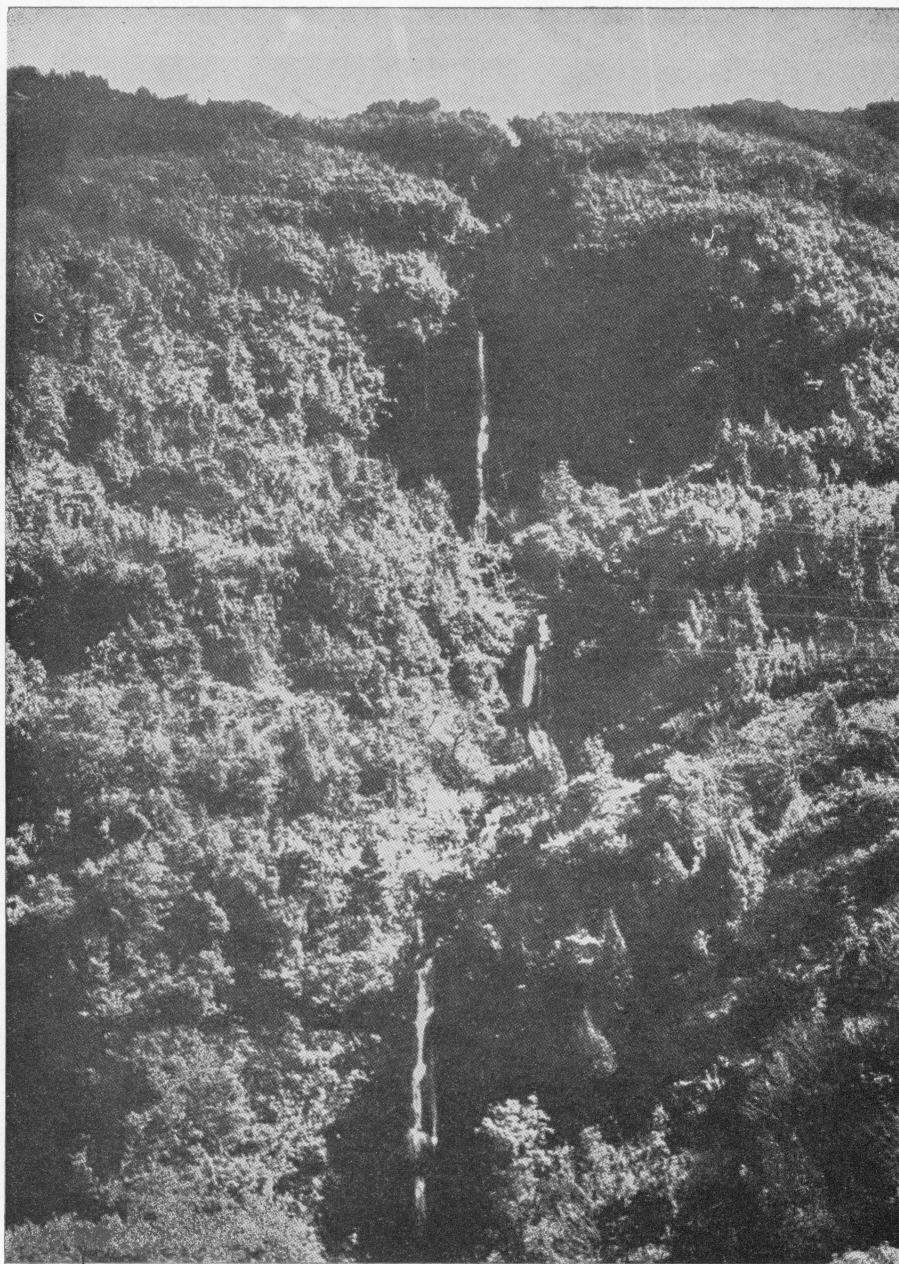
Doña Inés Peraza de las Casas y Diego de Herrera heredan el señorío de las Islas Canarias. Estos señores se sintieron con buen ánimo para proseguir la conquista y organizar el gobierno de sus nuevos Estados, en donde la continua variación de dueño había introducido graves abusos y dado alas al espíritu de rebelión. Se embarcaron para las Islas Canarias en el año de 1454, acompañados de un gran número de caballeros adictos a la empresa y de siete religiosos franciscanos que fundaron en Fuerteventura el convento de que fue Guardián San Diego de Alcalá.

Diego de Herrera tiene que sostener sus derechos ante las invasiones portuguesas, provocadas por la conducta que había observado Maciot, hasta que las Cortes de Castilla y Lisboa, de común acuerdo, reconocían los derechos de doña Inés Peraza y de su esposo Diego de Herrera. Y termina esta cuestión casándose don Diego de Silva, jefe de la expedición portuguesa, con doña María, hija de doña Inés y de Herrera.

Desembarazados por este medio sus legítimos dueños de tan porfiado competidor, siguieron con empeño la difícil obra de someter las islas libres.



*Parroquia Matriz de El Salvador, joya arquitectónica del siglo XVI, en Santa Cruz de la Palma.*



*Los Tilos, en San Andrés y Sauces, Isla de la Palma.*

En 1461 dispuso Herrera una expedición dirigida contra la Isla de Gran Canaria, donde la valerosa tropa de Herrera, al mando de su yerno Diego de Silva, internándose por el distrito de Gáldar, hubiera sucumbido ante la inmensa multitud de sus enemigos, a no haberlos protegido el generoso *Guanarteme* de aquel cantón, que contuvo la fiereza de sus súbditos. El *Guanaterme* de Gáldar se entregó a los españoles, fingiendo que le matarían si no les dejaban retirarse. Frustrada esta tentativa, entró Herrera en trato con el rey del distrito de Telde, y consiguió establecer una fortaleza en aquel territorio. Mas, reconociendo después los canarios que se había impuesto un dueño, comenzaron a hostilizar a la guarnición, y concluyeron por exterminarla. Para conseguirlo se valieron los canarios del siguiente artificio: se disfrazaron con los trajes de los europeos que habían matado o hecho prisioneros, de modo que, cuando los del fuerte fueron a echarse en los brazos de los que tenían por amigos y salvadores, perdieron las vidas a manos de sus alevosos contrarios.

No mejor resultado produjo el ataque dirigido en 1464 también por Herrera contra la isla de Tenerife, a cuyos habitantes hizo protestas de paz. Herrera no juzgó prudente hostilizarles con el escaso número de sus soldados. Los naturales le acogieron amistosamente, sin cuidarse de las raras ceremonias con que tomó ilusoria posesión del país a nombre del rey de Castilla, ni tampoco se opusieron a que los españoles construyesen algún tiempo después una fortaleza en la isla. Pero las imprudencias que los europeos cometieron alteraron tan buena armonía. Y se vieron al cabo obligados a retirarse.

La población de Canarias, disgustada por la guerra infructuosa a que le arrastra el ímpetu guerrero de Herrera, se rebela contra aquel poder señorial y despótico.

Dirigen quejas a la Corte, y Diego de Herrera y su

esposa son llamados por los Reyes Católicos. Se hacen valer nuevamente los derechos de Juan de Bethencourt sobre las Islas Canarias, derechos que por la muerte de este conquistador, deben volver a la corona de Castilla, ya que ningún heredero legítimo se ha presentado para reclamarlos.

La población de Lanzarote se amotina. El pueblo quiere hacerse justicia con sus propias manos, y la sangre corre en las calles de Teguisse. Las quejas son llevadas a los Reyes Católicos por Juan Mayor y Juan de Armas, quejas que fueron debidamente atendidas por los monarcas españoles, motivando la información a cargo de Esteban Pérez de Cabbitos.

Los Reyes Católicos toman a su cargo la sumisión de las islas independientes de Gran Canaria, Tenerife y La Palma en 1477.

Resultó de la información, según dictamen de Fray Hernando de Talavera, confesor de Sus Altezas y los doctores Juan y Rodrigo, que Diego de Herrera y su mujer, doña Inés, tenían derecho a la propiedad, señorío, posesión y mero y mixto imperio sobre las islas de Lanzarote, Fuerteventura, Hierro y Gomera, bajo el supremo dominio que la Corona ejercía en todas las tierras, villas y lugares de los caballeros del Reino. Que tenían, asimismo derecho por concesión y merced del rey don Juan II a Alfonso de las Casas, ascendiente de doña Inés a la conquista de Gran Canaria, Tenerife y La Palma. Y que sí, por justas y razonables causas, se mandaran conquistar dichas Islas por los Reyes, debía indemnizarse a Diego de Herrera y a su mujer doña Inés por el derecho que a la conquista tenían y por los esfuerzos y gastos hechos para llevarla a cabo.

Por pacto y cesión que se formalizaron en Sevilla, ante Bartolomé Sánchez de Porras, a 15 de octubre de 1.477, se convino que Herrera y doña Inés renunciaban



sus derechos y pretensiones a las Islas de Gran Canaria, Tenerife y Palma. Que se haría por cuenta del Real Erario la conquista y que, como indemnización del derecho reconocido y de los gastos realizados, recibiría Herrera por renunciar a esta conquista, cinco millones de maravedises al contado y el nobiliario título de Conde de la Gomera.

Privado así de emplear su valor en las islas del Atlántico, Diego de Herrera, buscó nuevo teatro a su gloria en las costas de Berbería, donde se hizo temible a los Príncipes africanos.

Al tomar los Reyes Católicos a su cargo la conquista de las Islas Canarias, las que permanecían aún independientes, importaba tanto como decidir la suerte de estas islas. Faltaba, sin embargo, someter las tres islas más temibles del Archipiélago. Aunque hubiese en ellas algunos elementos favorables a los conquistadores, la lucha que iba a empezar, más sostenida y porfiada que lo que había sido hasta entonces, era digna empresa de los esclarecidos Príncipes Católicos.

Como indicamos al principio del capítulo VII, comienza aquí la segunda era de la conquista que vamos a relatar. Mas, antes de exponer los hechos que en ella tuvieron lugar, será conveniente que demos una ligera idea del estado político de las tres islas libres, sin cuyo conocimiento mal podrían apreciarse los esfuerzos que fue necesario emplear para subyugar tan indómitos pueblos.

##### 5. ESTADO POLÍTICO DE LAS ISLAS DE TENERIFE, GRAN CANARIA, Y LA PALMA EN LA ÉPOCA DE LA CONQUISTA.

Por las pocas tradiciones que se conservan, se sabe que la isla de Tenerife estuvo gobernada algún tiempo por un solo Rey, siendo el último de estos Menceyes universales *Tinerfe el Grande*, que tuvo su corte en Adeje.

Bentinerfe o Bentenuhya su hijo primogénito, impaciente por empuñar el cetro, se rebeló contra la autoridad de su padre, ejemplo que imitaron sus ocho hermanos, dividiendo entre sí la antigua monarquía de Adeje, y causando la muerte del desgraciado Tinerfe.

Los nueve reinos que con este motivo se formaron, tuvieron los nombres de *Tahoro*, *Güimar* o *Goimar*, *Abona*, *Adeje*, *Daute*, *Icod* o *Benicoden*, *Tacoronte*, *Tegueste* y *Naga* o *Anaga*.

Bentenuhya, más ambicioso y osado que sus hermanos, obtuvo con el distrito de Tahoro el carácter de primer *Mencey* de la isla. Le sucedió, por poco tiempo, Imobach, el cual pretendió restaurar el reinado de su abuelo, erigiéndose en rey absoluto de toda la isla. Pero sus pretensiones no fueron aceptadas por sus parientes. Y a Ibomach, le sucedió su hijo Bencomo, cuyo valor le dió un lugar preponderante en los anales de la conquista.

Los demás hijos de Tinerfe con sus descendientes, reinaron por este orden:

Acaymo, mencey de Güimar, fué constante partidario de los europeos, y legó a su hijo y sucesor Añaterve, sus inclinaciones a favor de los conquistadores, que recibieron de él grandes auxilios en los trances más difíciles.

Atguaxoña, mencey de Abona, vivió y murió en la oscuridad, sucediéndole su hijo Atxoña, que celoso del poder de Bencomo, al par que ignorante y torpe, rehusó formar parte de la liga contra los españoles, y contribuyó con su ineptitud a la pérdida de la isla.

Atbitocazpe, reinó en el antiguo señorío de Adeje. La sede de este menceyato estuvo en la que hoy es la capital de la isla. Sucedió a Atbitocazpe su hijo Pelinor, que en su ciega desconfianza, siguió el equivocado camino del mencey de Abona, y no pudo por sí solo resistir el empuje arrollador de los conquistadores.

Caconaymo, Rey en los estados de Daute en la parte occidental de la isla, y Rosmen sucesor suyo, después de haberse opuesto a la liga por creerse lejos del peligro, se apresuró a pedir cobardemente la paz, cuando la vió más cercana.

Chincanayro, mencey de Icod, tuvo por hijo y sucesor a Pelicar. Este, envidioso también de la superioridad de Bencomo, desoyó como los menceyes anteriores, la alianza propuesta por aquel valeroso guerrero.

Rumen, se apoderó del feraz territorio de Tacoronte, y le sucedió Acaymo, uno de los más hábiles paladines en la independencia de su país.

Tegueste I, obtuvo en el repartimiento, el distrito a que dio su nombre, y se hizo famoso por su riqueza en ganados. Según se dice, los guardaban cien pastores. Le sucedió su hijo Tegueste II, que se distinguió por sus hazañas en la guerra contra los españoles.

Finalmente, Serdeto o Beneharo I, fue el hijo menor de Tinerfe, y mencey en el estado de Anaga.

Por este cantón hicieron los conquistadores sus primeras tentativas, experimentando el valor de las temibles armas anaguesas. Aquel caudillo dejó el trono a su hijo Beneharo II. Este fue el más formidable aliado de Bencomo y uno de los más ardientes defensores de su patria.

Debemos hacer mención también, de otro hijo bastardo de Tinerfe el Grande, a quien se llamó Aguahuco, y que se titulaba *Achimencey* o hidalgo pobre, por lo reducido del terreno que poseía al norte de la isla, conservando aún el nombre de *Punta del Hidalgo*. Aguahuco, tuvo por hijo y sucesor a Sebenzuí o Zebenzayas, cuyo valor extraordinario, le da un carácter casi mítico en las tradiciones del país.

A la llegada de las tropas conquistadoras al mando del Adelantado don Alonso Fernández de Lugo, la isla conservaba esta misma división, y concretando lo ex-

puesto en el párrafo anterior, sus menceyes eran de Güimar, Añarterve; de Abona, Atxoña; de Adeje, Pelinor; de Daute, Rosmen; de Icod, Pelicar; de Tacoronte, Acaymo; de Tegueste, Tegueste II; de Anaga, Beneharo II; siendo señor de la Punta del Hidalgo Sebenzuí.

Todos eran independientes y reunían gran número de guerreros, pero por ser Mencey del territorio más poblado y rico y reunir mayor número de gente de guerra —sus cifras se hacen ascender a nueve mil hombres—, el mencey de Tahoro, Quehebi Bencomo Inobach, era el jefe de todos ellos.

En la isla de Gran Canaria, se había experimentado una revolución política en la forma de su gobierno, contraria a la que se verificó en Tenerife.

Algunos años antes de la invasión de los europeos, se hallaba constituida la isla por diez tribus independientes que obedecían a sus caudillos respectivos: *Gáldar, Telde, Agüimes, Tejeda, Aquejata, Agaete, Tamaraceite, Artebirgo, Artiacar y Arucas.*

Una mujer dotada de un valor superior y extraordinaria por su talento y hermosura, vino a reunir bajo un solo cetro los diferentes distritos. Andamana era el nombre de esta heroína, tan audaz como astuta. Se decía inspirada por el cielo, el pueblo la consultaba como un oráculo y tenía fe en sus predicciones. Pero como todos los espíritus elevados, Andamana tenía también muchos émulos que llevaban a mal su prepotencia y trataron de desacreditarla a los ojos del pueblo. Penetrada del intento, asoció a sus proyectos ambiciosos a uno de sus más grandes admiradores, casándose con Gumidafe, valeroso guerrero de la tribu de Gáldar. Gumidafe, al frente de un pequeño ejército, reclutado por el ascendiente de Andamana, sometió sucesivamente todas las tribus de la isla a su obediencia, y reemplazó la oligarquía por el gobierno de uno solo.

Gumidafe y Andamana, proclamados primeros *Guanartemes* de Gran Canaria, fijaron su residencia en Gáldar. Según las noticias que nos suministra la historia, parece que Gumidafe y su mujer murieron hacia fines del siglo XIV.

Artemi Semidán, que los reemplazó, había heredado el valor de su padre, y no tardó en dar de ello pruebas, rechazando con ventaja las primeras invasiones de los europeos. En su tiempo, los aventureros empezaron sus piraterías sobre la costa de la isla. Este príncipe acreditó entre ellos el nombre y el valor de los canarios. Se dice que murió en la batalla de Arguineguín en 1405, con motivo de la desgraciada expedición de Bethencourt.

Tenesor Semidan y Bentaguayre Semidan, hijos de *Artemi*, fueron reconocidos como Guanartemes, y se dividieron el gobierno de la isla. El primero, conservó el país de Gáldar, desde el pago de Tamaraceite hasta el valle llamado, hoy día, *Aldea de San Nicolás*, comprendiendo en él el distrito de Arguineguín y de Tunte. El segundo, tomó posesión del país de Telde y de los cantones de Argones, Cendro y Agüimes. Estos dos estados, aunque independientes, quedaron algún tiempo unidos por interés.

Sin embargo, Bentaguayre, poseedor de la más hermosa parte de la isla, no pudo moderar su ambición, y se creyó bastante fuerte para apoderarse de los distritos que obedecían a su hermano. Con esta intención fue que reunió diez mil hombres, y puesto a su cabeza, invadió el principado de Gáldar. Pero Tenesor hizo una buena resistencia con cuatro mil guerreros que reunió apresuradamente, y derrotó con ellos las numerosas huestes de su hermano.

Otra agresión no menos temible puso también en riesgo el poder de Tenesor. El *guayre*, o ministro de su consejo Doramas, cuyas singulares prendas le habían

granjeado la general estimación, apoyado por algunos otros nobles adictos a su persona, se rebeló contra el *Guanarteme* y se hizo fuerte con sus partidarios en la montaña a que dio su nombre.

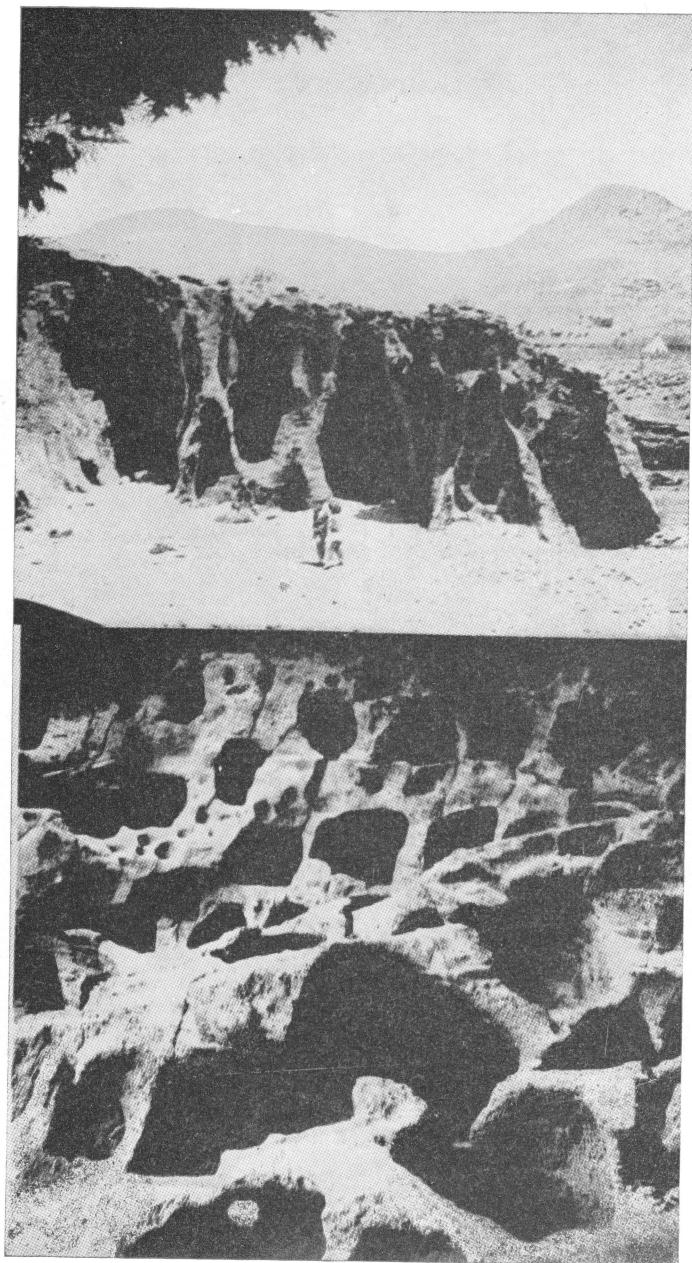
Dudoso se presentaba el éxito de esta sedición, cuando la muerte de Bentaguayre varió las miras del rebelde súbdito que se apoderó del Estado de Telde, donde reinó hasta la conquista.

Finalmente, la isla de La Palma, llamada por los naturales, según el padre Abreu Galindo, *Benahoare* (mi tierra), era la isla más pequeña de las tres no subyugadas, y estaba dividida en doce reinos. He aquí el nombre de estos doce cantones: banda occidental de la isla, *Aridane*, *Tihuya*, *Tamanca*; banda oriental, *Abenguareme*, *Tigalate*, *Tedote*, *Tenagua* y *Adeyahamen*; banda septentrional, *Tagaragre*, *Galguen*, *Tiscaguan*; centro, *Eceró* o *Aceró*. En cada uno de estos distritos había un príncipe que gobernaba independientemente.

Las rivalidades habían atraído, con frecuencia, sangrientas querellas entre estos diferentes cantones. Debieron ser continuas las disenciones y choques en un país tan subdividido. La tradición ha conservado un confuso recuerdo de las terribles guerras que se hicieron Echen-tive, príncipe de *Abenguareme* y Mayantingo, soberano de Aridane, con cuyo motivo perdió el segundo un brazo y recibió el apodo de *Aganeye* (brazo cortado).

Sin embargo, a pesar del espíritu belicoso que impulsa a estos insulares a armarse unos contra otros, Núñez de la Peña y Espinosa, los han acusado de cobardía. Pero mejor apreciados por otros historiadores, tales como Viera y Clavijo y Abreu Galindo, les han hecho plena justicia.

En efecto, los aborígenes de la Palma, supieron resistir a todas las invasiones hasta el fin del siglo xv, y si la mayor parte de las tribus no opusieron sino una débil



*Las cuevas de las Cruces y el Cenobio de Valerón, recuerdos históricos del «habitat» de la raza guanche, en Las Palmas.*

LAMINA XXX



*Peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de los Reyes, en Hierro.*



resistencia a don Alonso Fernández de Lugo, fue porque seducidos por condiciones ventajosas, contaron demasiado sobre la fé de los tratados.

Unidos entre sí para la común defensa, fueron por largo tiempo indomables. Bethencourt y sus hombres no pudieron ganar una pulgada de terreno. Más adelante, Guillén Peraza, que invadió La Palma con fuerzas considerables, fue batido al primer intento y perdió la vida.

No sin razón, llama Viera y Clavijo a los naturales de la Palma, los *Espartanos de las Canarias*. En efecto, su intrepidez en los combates, y ese amor a la patria, de que tantas pruebas dieron, los igualaban a los héroes de la antigua Grecia.

Por la breve reseña que hemos expuesto de la organización política de las tres islas, y del espíritu guerrero de sus habitantes, podemos darnos cuenta de los esfuerzos empleados por los conquistadores para subyugar las tres islas más belicosas del Archipiélago.

**CAPITULO IX**

**LOS REYES CATOLICOS  
TOMAN A SU CARGO  
LA SUMISION DE LAS ISLAS  
LIBRES DE GRAN CANARIA,  
TENERIFE Y LA PALMA**

**A. CONQUISTA DE  
GRAN CANARIA**

## A. CONQUISTA DE GRAN CANARIA

### 1. EXPEDICION DE JUAN REJON

Como indicamos al principio del Capítulo VII, comienza aquí la segunda era de la conquista del Archipiélago Canario por orden de los Reyes Católicos.

Gran Canaria, célebre un día por sus frondosos bosques, por las sombrías grutas, cubiertas siempre de altos y robustos árboles, recibió en sus costas el 24 de junio de 1478, al experto y valeroso guerrero Juan Rejón, a cuya pericia confiaron los Reyes Católicos tan difícil conquista. Rejón, nombrado Capitán General de la Conquista, recluta en Sevilla, Cádiz y sus inmediaciones, seiscientos soldados de infantería y treinta caballos. Toma el mando de la expedición, en la que se alistan varios nobles voluntarios, en calidad de segundos jefes: el alférez mayor Alonso Jáimez de Sotomayor, como porta-estandarte y el deán de la iglesia de Rubicón, don Juan Bermúdez. El 28 de mayo de 1478 parte la expedición del Puerto de Santa María, y el 24 de junio del mismo año, desembarca en la playa de la Isleta.

Reseñaremos, como se ha hecho en la conquista de las otras islas, lo más saliente, sin detallar los mezquinos odios y envidias, que tanto parecido dan a esta conquista con las llevadas a cabo en el Nuevo Mundo.

Refiere Viera, que lo primero que hizo el ejército conquistador fue oír con gran devoción el Santo Sacrificio de la Misa, haciendo de templo una choza formada de ramas de palmera. Y cuando todos confiaban en la asistencia divina y marchaban a ocupar la fortaleza construida por Herrera, se le apareció una vieja canaria, personaje considerado como milagroso, aconsejando al general español que fijase, por de pronto, su residencia y la de todo su ejército en la embocadura del barranco Guiniguada. Sitio éste ameno, de abundante agua y sembrado de palmeras e higueras, donde más tarde se había de levantar, para orgullo de Canarias, la hermosa población de Las Palmas.

## 2. BATALLA DE GUINIGUADA

A la llegada de las tropas invasoras, la inquietud y la alarma se difundió en los pueblos del distrito de Telde por donde hicieron su desembarco. El activo Doramas mandaba a la sazón en aquel territorio. Este bravo caudillo recorre los campos, convoca a los principales nobles, conferencia con unos, anima a los otros. Les recuerda la muerte gloriosa del valeroso Artemi. Y después de reunir un cuerpo de ejército de más de dos mil hombres, ayudado por el intrépido Adargoma, *Guayre* de Gáldar, se dirige a las tierras que baña el Guiniguada, y atacan el campo español.

Queriendo ganar tiempo Juan Rejón, con el fin de terminar en fortificarse, envía un parlamento a Doramas para pedirle su amistad, pero este altivo príncipe contestó a Rejón como un general espartano: «¡Decid a vuestro capitán que mañana le llevaré la respuesta!»

Pero la aurora de aquel memorable día no fue de paz, sino de guerra. Prematuro fue para las tropas expedicionarias el ataque de los isleños, puesto que no se hallaban todavía en aptitud de resistirles en sus trincheras. Pero desechadas las negociaciones con que el sagaz Rejón procuraba ganar tiempo, se vió éste obligado a combatir, y al efecto, dividió en tres partes sus escasas fuerzas: dió el mando del ala derecha al capitán Alonso Fernández de Lugo, el de la izquierda, al también capitán Rodrigo de Solórzano, mientras el mismo Rejón dirigía el centro, y el deán Bermúdez, la caballería, llevando el estandarte Real Alonso Jáimez de Sotomayor.

La disposición de las tropas contrarias no era tan ordenada, pero sobre ser triples en número, contaban el de quinientos isleños armados con lanzas y rodelas que adquirieron, sin duda, de resultas de anteriores invasiones. Y a esta circunstancia, se agregaba la de venir mandados por intrépidos Guayres, entre los que se distinguían, el de Tazarte, Maninidra y el príncipe de Gáldar Adargoma, a la cabeza de los de Gáldar.

Tres horas duró la acción reñida y obstinada, sin ventajas de una y otra parte. Los canarios atacan el ala izquierda mandada por Solórzano e introducen el desorden. Pero Juan Rejón que guiaba el centro, acude a restablecer allí el combate. Hiere de un golpe de lanza y hace prisionero al terrible Adargoma. La pérdida de este jefe redobra el furor de los isleños. Sin embargo, Doramas, que ve caer los más valientes, y reconociendo la ventaja de los españoles, por su posición atrincherada, unido a los estragos que les causaban con sus cañones y caballos, se decide a retirarse con pérdida de trescientos hombres y mayor número de heridos. Mientras que la pérdida de los españoles fue de siete muertos y veintiseis heridos.

Tal fue la famosa batalla de Guiniguada, una de las más célebres en los anales de la conquista de Gran Canaria. Puede decirse que en ella se decidió la suerte de la Isla.

### 3. DESAVENENCIAS ENTRE REJON Y EL DEAN BERMUDEZ

Las esperanzas que hicieron concebir tan ventajosos resultados en la batalla de Guiniguada, fueron, sin embargo, defraudadas, en algún modo, por los choques ocurridos entre Rejón y el canónigo Juan Bermúdez, deán de San Marcial de Rubicón en Lanzarote.

El canónigo Bermúdez, principal enemigo de Rejón, aprovechó las circunstancias para hacer un partido poderoso contra el general. Acusaban a éste de la paralización de la conquista y de la carestía de los víveres, atribuyendo todo a su mala administración. Rejón, para apaciguar los ánimos, se embarca para Lanzarote a pedir socorros a Herrera. Pero éste le negó toda acogida, desconfiando le llevaran allí otras miras.

El astuto Bermúdez, aprovecha la ausencia de Rejón para solicitar de España un gobernador militar que examinara la conducta de éste, y consigue que envíen a Pedro de Algaba. Este se presta a secundar los ambiciosos planes de Bermúdez, y embarcan a Rejón para la Península cargado de cadenas. Rejón logra rehabilitarse en la Corte española, y con el fin de castigar a los culpables que tal perfidia y ultraje habían hecho a su persona, regresa a Gran Canaria al mando de una expedición, compuesta de cuatro buques provistos de víveres, de municiones de guerra y de algunos nuevos reclutas. Acompaña a Juan Rejón el nuevo obispo de Rubicón, don Juan Frías. Pero a su llegada ante el *Real de las Palmas*, los pasos conciliadores del obispo no pueden lograr cal-

mar la parte contraria. El gobernador Algaba y el canónigo Bermúdez, se oponen al desembarco del general, que se ve obligado a regresar a *Cádiz* en uno de los buques de la escuadrilla.

#### 4. ATAQUE A TIRAJANA

El gobernador Algaba, no queriendo dejar las tropas en inacción, y aprovechando los socorros venidos de España, emprende una nueva expedición en 1479, en la que toma parte el Obispo Frías.

Se verifica un desembarco en la costa de Arguineguín, y los españoles penetran en el valle de Tirajana sin encontrar resistencia alguna. Pero mientras regresan a sus navíos, son atacados repentinamente en los desfiladeros de la costa, costándoles a los españoles, veintidós muertos, cien heridos y ochenta prisioneros, que lograron la libertad debido a la generosidad del guanarteme de Telde. La batalla de Tirajana desquita en parte a los naturales de la derrota de Guinguada.

#### 5. REGRESO DE JUAN REJON A GRAN CANARIA

Juan Rejón había obtenido satisfacción cerca de los Reyes Católicos del desprecio que se había hecho de su persona. El general recibe de la Corte poderes ilimitados para hacer respetar su autoridad, y castigar, en caso necesario, a los culpables. Un navío bien provisto, se pone a su disposición. Ya era la tercera vez que el conquistador retornaba a las islas. El 2 de mayo de 1480 llegó a la Isleta. Desembarcó en medio de la noche, seguido de treinta soldados que trae de España.

Pasó aviso secreto a su cuñado Alonso Jáimez de Sotomayor y al Alcaide Pérez de Cabbitos, con quien le unía gran amistad. Puestos todos de acuerdo, y al frente de sus hombres, irrumpe al amanecer en el *Real de las Palmas*. Penetra en la Catedral a los repetidos gritos de ¡Viva el Rey!

Sorprendido Algaba, se levantó presto, y se dirigió a la Catedral para restablecer el orden, pero arrestado, al momento, es conducido y encerrado en la torre. El canónigo Bermúdez y algunos otros de su partido, experimentan la misma suerte. Al son de trompetas y clarines son proclamados en la plaza de armas, las órdenes que el Capitán general ha recibido de los Reyes Católicos, y así todos reconozcan la autoridad absoluta de Juan Rejón. Pedro de Algaba, juzgado por un tribunal militar es condenado a ser decapitado, y la sentencia no tarda en ejecutarse en la Plaza Mayor ante un público sorprendido y atemorizado. El deán Bermúdez desterrado a Lanzarote, y posteriormente a la Catedral de Málaga.

## 6. JUAN REJON DESTITUIDO Y REEMPLAZADO POR PEDRO DE VERA

La decapitación de Algaba fue la causa de ser Rejón destituido. La Reina Isabel, conmovida por los lamentos de la desgraciada viuda y de sus hijos, creyó injusto la pena aplicada, y reemplazó a Rejón por Pedro de Vera. Era Pedro de Vera un caballero andaluz, alferez mayor de Jerez de la Frontera y Alcaide de Jimena. Este, educado en la Corte de Enrique III de Castilla, es nombrado Gobernador de Gran Canaria y Capitán General de la Conquista. El General sale de Cádiz con tres buques, ciento



cincuenta ballesteros y veinte caballos, y llega a Las Palmas el 18 de agosto de 1480, donde se apoderó del mando y embarcó a Rejón para la Península.

## 7. INAUGURACION DE LA POLITICA DE PEDRO VERA

Inauguró Pedro de Vera su política con una traición que contribuyó a excitar más los odios entre invasores e invadidos. A su llegada al Real de Las Palmas, más de doscientos canarios bautizados acudían al campo español, sosteniendo cordiales relaciones. Vera desconfía de ellos, y queriendo economizar los víveres, los induce a embarcarse en una de sus carabelas, con el pretexto de ir a hacer la conquista de Tenerife. El General, da orden secreta al capitán de que los conduzca a España, para que aquellos doscientos desgraciados isleños sean vendidos como esclavos. En alta mar entran ellos en recelos, se imponen a la tripulación, y desembarcan en Lanzarote, donde Herrera les dispensó una buena acogida.

## 8. MUERTE DE DORAMAS

No podemos pasar en silencio la muerte de Doramas, ya que él fue la primera figura en los anales de la conquista de Gran Canaria.

Pedro de Vera, toma la resolución de entrar en campaña, y manda ocupar las montañas de Arucas. Doramas, jefe de las de Telde, se coloca con sus tropas en las alturas, y confiando en su valor, envió al general español un desafío concebido en estos términos: «Si entre esos extranjeros afeminados se encuentra uno que quiera combatir conmigo, podrá evitarse una batalla». Esta provocación pone de manifiesto el valor de Vera. Pero los su-

yos se oponen a que éste acuda, presentándose en el campo de batalla solo a contestar tal arrogancia.

Pronto iba a comenzar la encarnizada pelea. Juan de Hozes lanza su caballo andaluz por detrás del príncipe canario, y le hiere a mansalva por la espalda. Doramas, al sentirse herido, de un revés le quebró la pierna izquierda, momento que aprovechó Vera para atravesarle el pecho con una lanza. El aguerrido canario cayó de rodillas, y tuvo aún fuerzas para decir al general español: «Jamás me hubieras vencido sin ese traidor, que me ha atacado por la espalda». Y con las ansias, desangrándose por sus dos heridas, empezó a pedir agua a grandes voces. Viera y Clavijo dice que trajeron agua en un casco de hierro y que le bautizaron, pero Marín y Cubas consigna que estas ansias no eran por recibir las aguas redentoras, sino la sed propia de la fatiga del combate, expirando casi en el acto de beber.

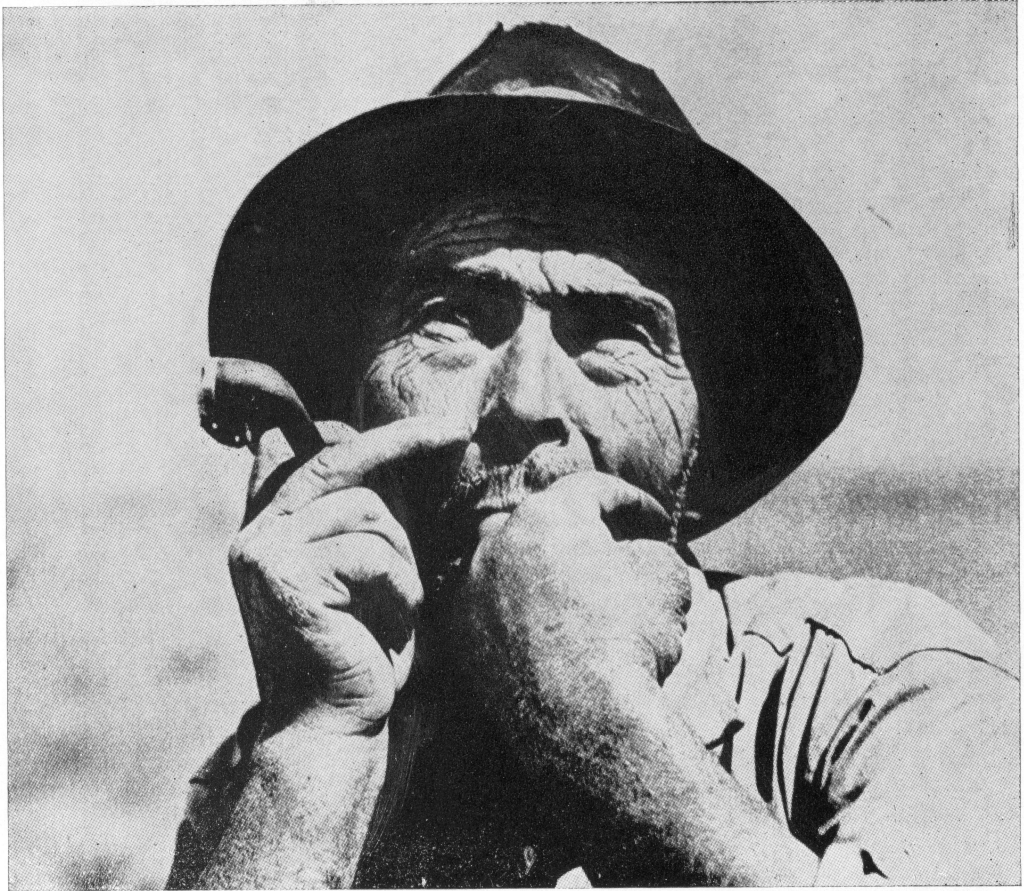
«Todo el ejército asistió a las exequias. Su cuerpo fue entregado a los canarios, quienes le enterraron en la célebre montaña, que aún lleva su nombre. Así, murió cubierto de gloria este héroe, que por su valor y brillantes cualidades se había elevado al primer rango. La Patria en llanto lo saludó con el nombre del *último de los canarios*».

## 9. CONSTRUCCION DEL FUERTE DE AGAETE.

### SEGUNDO COMBATE DE TIRAJANA

En estas circunstancias, Pedro de Vera, reconociendo la importancia de un puesto en la costa occidental de la isla, da la orden de construir el fuerte de Agaete en septiembre de 1481, que provee de una guarnición de cincuenta infantes y diez caballos, al mando de Alonso Fernández de Lugo. En seguida, destaca otro cuerpo de tropa sobre Tirajana, a fin de desalojar la población de este

LAMINA XXXI



*Lenguaje silbado característico de los nativos, en La Gomera.*

LAMINA XXXII



*Cerámica tradicional de Chipude, realizada por sus mujeres con extraordinario mimo, en La Gomera.*

distrito, que se halla parapetada en los riscos casi inaccesibles.

Los españoles empiezan el ataque. Pero heridos la mayor parte por las piedras que hacen rodar sobre ellos, se ven obligados a retirarse, con pérdida de veinticinco hombres. Ante este descalabro, el capitán general hace adelantar refuerzos, y después de muchas dificultades, logra apoderarse de las posiciones enemigas.

A pesar de los éxitos de los españoles, el valor y patriotismo de los canarios, no se amortigua, Bentaguayre, no cesa de inquietar al *Real de Las Palmas*. «Sus estratagemas secundan su audacia. Sorprende a los centinelas, penetra de noche en el campo español, degüella a los caballos de Pedro de Vera, y todo lo pone en alarma con sus imprevistos ataques».

#### 10. REGRESO Y MUERTE DE JUAN REJON

En tanto que Vera se hallaba envuelto en las luchas que hemos reseñado, obtenía Rejón de los Reyes Católicos, no sólo el perdón de sus yerros, sino el encargo de someter las islas de Tenerife y La Palma, con el carácter de *Adelantado*. Esta empresa fue malograda por el asesinato de aquel jefe en la isla de la Gomera.

Las sospechas de tan horrible crimen, recayeron sobre el gobernador de la isla de la Gomera, Hernán Peraza, hijo de don Diego de Herrera. Doña Elvira Sotomayor, esposa de Juan Rejón, toma en seguida el camino de Sevilla para implorar la justicia de los Reyes Católicos contra el asesino de su esposo. Hernán Peraza es llamado a la Corte, a dar cuenta de su conducta, pero apoyado por la influencia de una numerosa parentela, es absuelto de la acusación producida contra él. La Reina Isabel le concede la mano de doña Beatriz de Bobadilla, sobrina

de su dama de honor, y le impone por toda pena, el auxiliar a Pedro de Vera con un cuerpo de tropa, a fin de acelerar la conquista de Gran Canaria.

#### 11. ATAQUE DE GÁLDAR. SUMISION DEL GUANARTEME

Hernán Peraza de regreso a las Islas Canarias, acudió al fuerte de Agaete, que poco antes se había levantado, como hemos visto, en Gran Canaria, en medio del territorio de Gáldar. Alonso Fernández de Lugos, Alcaide, a la sazón, de aquella fortaleza, trató de utilizar tan oportuno auxilio. Reunió sus fuerzas con las de Hernán Peraza, y favorecidos por la oscuridad de la noche, hizo una atrevida incursión por aquel distrito, sorprendiendo al enemigo en el camino de Artinara y lo derrota. Se apoderó del Guanarteme Tenesor Semidán, del famoso Maninidra y de otros Guayres, retirándose con un rico botín.

Semejante hecho, fue sumamente provechoso a los conquistadores. Tenesor y sus guayres, son enviados a España para ser presentados a los Reyes Católicos, como trofeo de su victoria. El desgraciado guanarteme, llega a la Corte con sus compañeros de infortunio. Es recibido con gran pompa, y a petición suya, los Reyes Católicos, lo presentan en la pila bautismal de la catedral de Toledo. El Cardenal don Pedro González de Mendoza, lo bautizó. El Rey Católico fue su padrino.

El Guanarteme, seguido de los Guayres, recorre con Sus Altezas diferentes ciudades. En todas partes es atendido como persona principal, vestido de grana y seda, con ropas del Rey Católico. Este monarca dió también a las Guayres, que le acompañaban, un vestido análogo a su rango.

Tenesor Semidán, que los historiadores de la conquista, llamaron después de su bautismo, *don Fernando Gua-*

*narteme*, es devuelto en octubre de 1482 a Gran Canaria, para lograr que sus súbditos no opongan más resistencia y se sometan a los Reyes Católicos.

## 12. NUEVAS HAZAÑAS DE PEDRO DE VERA

Don Fernando Guanarteme restituído a la isla, hizo grandes servicios a la causa de los conquistadores. Esta circunstancia, unida a los refuerzos de nuevas tropas que Vera obtuvo, le decidieron a emprender el ataque de los puntos fortificados que ocupaban los más decididos isleños en noviembre de 1482. Estos, bajo el mando de Ben-tejuí, al que los canarios proclamaron guanarteme, y seguido éste de los guayres Tazarte y Hecher Hamenat, tomaron la dirección de la guerra.

Inútiles fueron las amonestaciones y consejos que el convertido don Fernando, dirigió a los canarios antes y después de comenzar las hostilidades. Don Fernando Guanarteme, les pintaba a sus paisanos con vivísimos colores el poder y la opulencia de los Reyes Católicos. Pero el antiguo Rey de Gáldar, sólo escuchó de sus compatriotas nada más que frases tan duras como estas: «El que habíamos apellidado el Bueno se ha pasado al partido de nuestros perseguidores. ¡Ah, guanarteme degenerado, indigno de tu raza y de tu nombre, regresa al lado de los pérfidos que te engañan, regresa para adular a esos perros hambrientos!». Don Fernando Guanarteme protestó diciendo que era prisionero de guerra, que ellos en su caso hubieran hecho lo mismo, respondiéndole el valiente Tazarte: «Quédate con nosotros, recupera tu dignidad; encontrarás hombres que combatan y mueran; Canaria no está destruida; mira, siempre está de pie sobre esos riscos».

Aquellos valientes isleños defendieron palmo a palmo

su terreno. Y la prueba está en la victoria alcanzada en Bentayga, donde Vera tocó retirada, pero éste se desquitó de esta derrota en el puesto de Titana, en las cercanías de Cendro. Se apoderó de la montaña de Ajódar, viéndose en esta ensangrentada pelea mujeres canarias precipitarse desde lo alto de aquellos desfiladeros, antes que caer prisioneras. Y a Tazarte, contemplando su causa perdida por la entrega de Aytami, arrojarse desde la cima de Tirma, al mar.

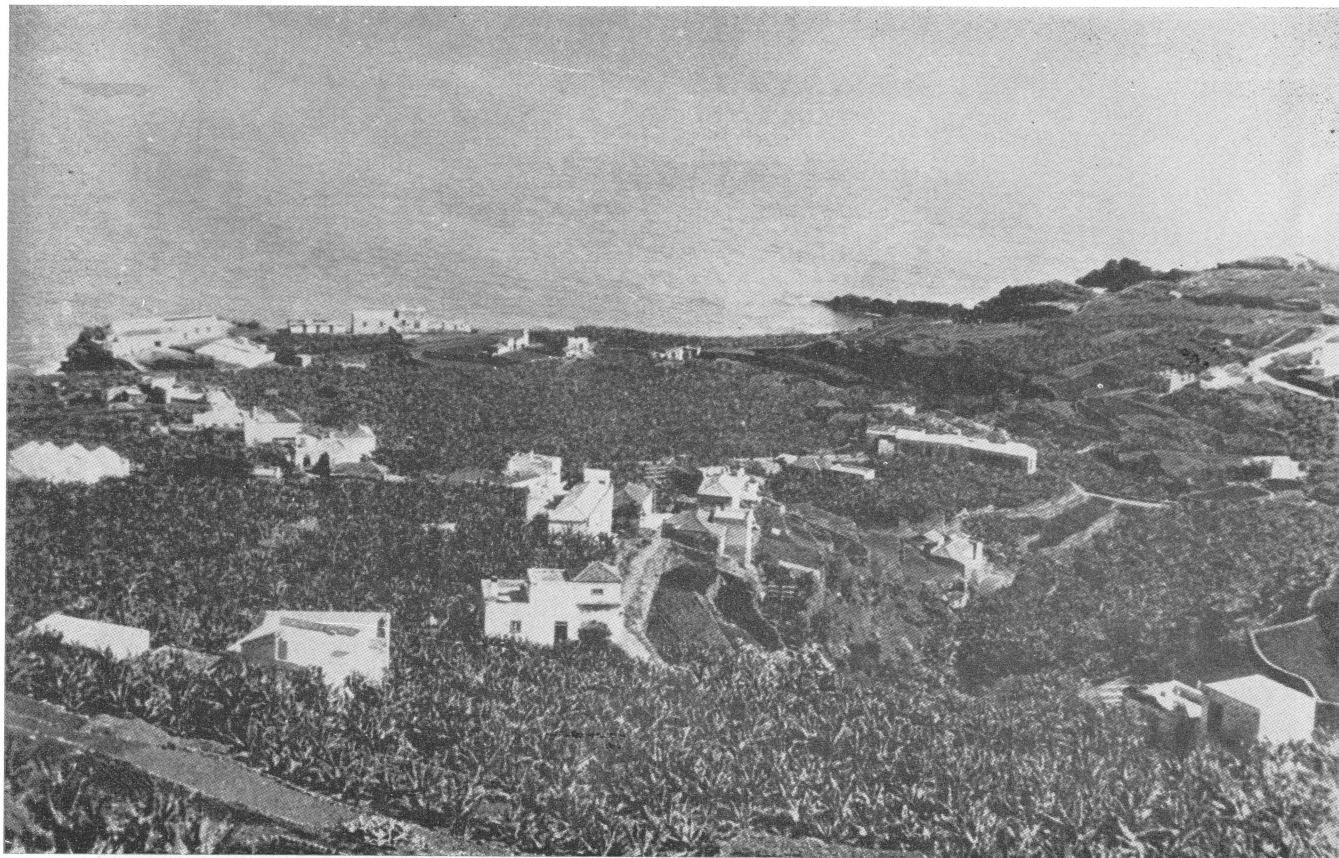
### 13. FIN DE LA CONQUISTA DE GRAN CANARIA

Pedro de Vera ansioso de concluir con lo que queda de esta belicosa nación, ataca el puesto de Ajódar, donde se habían refugiado los últimos defensores de la independencia Canaria. Miguel de Mújica y la mayor parte de los vizcaínos que le acompañaban, perdieron aquí la vida. Pero estos combates eran ya los últimos resplandores del valor canario.

Don Fernando Guanarteme es enviado de parlamentario para hacer proposiciones de paz a los que estaban atrincherados en el valle de Ansite. Los isleños rebeldes se dejan persuadir por su antiguo Guanarteme. Arrojan sus armas, y quieren que don Fernando los conduzca ante el general español. Entonces, Bentejuí y el *Faycan* o gran sacerdote, que no quisieron pasar por tal ignominio, se suben al risco de Ansite, y ambos abrazados al grito de *¡Atis tirma!*, se arrojaron al mar, ahogando así en el Océano el fuego de su heroico patriotismo.

Mientras tanto, Guayarmina, la prometida del desgraciado Bentejuí e hija de don Fernando Guanarteme, se adelanta hacia el campo español. Y acompañada de los canarios desarmados, dirigió al general español estas frases: «Unos pobres isleños, hace poco independientes, en-





*Vista panorámica de San Andrés y Saucés, en la Isla de la Palma.*



*Charco Azul, en San Andrés y Sauces, Isla de la Palma.*

tregan su país a los Reyes Católicos, y ponen sus personas y bienes, bajo la poderosa protección de sus nuevos señores».

De este modo, la conquista de Gran Canaria se concluyó el 29 de abril de 1483. El obispo Frías entonó el *Te Deum*, y el alférez Alonso Jáimez de Sotomayor subió a lo alto de la torre del campamento y desplegando el estandarte Real, dió los gritos de ordenanza.

Una vez sometida la isla, sus tierras fueron repartidas entre los que contribuyeron a la conquista. El Guanarreme don Fernando y otros isleños, recibieron territorios por merced de los Monarcas españoles. Aquel país varió completamente de aspecto bajo el dominio de los españoles. En el sitio que ocupó el *Real de Las Palmas*, se levantó una población que, ennoblecida con el título de villa, fue y continúa siendo la capital de la isla. La modesta catedral de Rubicón de Lanzarote, fue trasladada a la nueva ciudad de Las Palmas. Las artes e industrias importadas del Continente, abrían por todas partes nuevas vías a la civilización. Se fomentaba la agricultura con la aclimatación de árboles frutales y otras plantaciones desconocidas hasta entonces de los indígenas. Mientras el comercio contribuía a suavizar las costumbres y a incrementar la riqueza de sus habitantes.

#### 14. DISTURBIOS EN LA GOMERA Y MUERTE DE DON HERNAN PERAZA, HIJO DE DON DIEGO DE HERRERA

Pedro de Vera, disfrutaba tranquilo el galardón de su conquista, cuando por los años 1488 ocurrieron graves disturbios en la Gomera, de cuyas resultas fue asesinado Hernán Peraza.

Hacía tiempo que Peraza, tenía secretas relaciones con la hermosa Yballa, joven isleña del cantón de Gua-

hedun, que formaba parte de sus estados. Conocidos estos amores por Hautacuperche, pretendiente de Yballa, éste no tardó en tramar una conspiración contra Peraza, plan que fue calurosamente acogido por los miembros de la tribu de Mulagua, que reunidos en Tagaluche decidieron apoderarse del señor de la Isla, con el fin de obtener por la fuerza una promesa de mejores tratos de los que venían sufriendo. Y decidieron para librarse del tirano, aprovechar la primera ocasión favorable, que no tardó en presentarse.

Hernán Peraza había dado una cita a Yballa, por medio de una vieja aya de la bella isleña, en la cueva de Guahedun, los gomerytas, ocultos en las cercanías, al mando de Hautacuperche, le aguardaban al salir. Sospechando Yballa el peligro, avisa a Peraza, quien viste al momento su coraza, toma sus armas, y sale precipitadamente para arredrar a los rebeldes. Pero Hautacuperche que acechaba sobre el techo de la cueva, le arroja su venablo, y lo atraviesa de parte a parte. Dos pajes de don Hernán, experimentan la misma suerte, y aquel triple asesinato es la señal de la insurrección.

Doña Beatriz de Bobadilla, la infeliz viuda de Hernán Peraza, se vio obligada a encerrarse nuevamente en la torre, con su familia y algunos isleños que habían permanecido fieles. Los rebeldes guiados por Hautacuperche, sitian el torreón. Pero los servidores de doña Beatriz, mandados por Alonso de Ocampo y Antonio de la Peña, oponen una valerosa resistencia, y matan de un balles-tazo a Hautacuperche.

Mientras tanto, Pedro de Vera, que había sabido lo que pasaba en la Gomera por doña Beatriz de Bobadilla, llega de Gran Canaria con cuatrocientos soldados agueridos, ejecutando por insinuación de la viuda de Peraza, las más inauditas crueldades, según refiere Gómez Escudero, en los siguientes términos: «Traídos los rebeldes

gomereros y confesada la muerte, aunque fueron pocos los matadores, los condenados a muerte fueron muchos, y a todos los de 15 años arriba, que no se perdonó a nadie. Fueron diversos los géneros de muerte, porque ahorcó, empaló, arrastró, mandó echar a la mar vivos con pesos a los pescuezos, a otros cortó los pies y manos vivos; y era gran compasión ver tal género de crueldad en Pedro de Vera; a los niños y niñas repartió el Gobernador a su voluntad, dándolos de regalo por esclavos a quien él quería; también llenó un navío de estos muchachos y envió a vender para gastos de la gente de guerra. Y como el proceso o información que hizo hacía cómplice a todos los gomereros que estaban en Canaria, que habían ido a la conquista con su Señor, y otros después, que serían todos más de 300, en que habían avisado que se alzasen con la tierra, callóselo por entonces y hechas estas justicias, despidióse de la Gomera y pasó a Canaria, onde dió a visó a los conquistadores de Guía, Telde, Arucas y otras partes, que a éstos prendiesen, y aquí hizo lo mismo, ocupando muchas jorcas y empalizadas de cuerpos de hombres; echó muchos vivos a la mar atados y llevados en barcos para que fuesen bien lejos».

Las reclamaciones que con este motivo dirigió a la Corte el obispo don Miguel López de la Cerna, ocasionaron la destitución de Vera, que fue relevado en el gobierno de Gran Canaria por Francisco de Maldonado. Pedro de Vera después de haberse distinguido en la toma de Granada, murió en España, cuando se disponía a volver a las Islas Canarias, absuelto y repuesto en sus destinos por los Reyes Católicos.

El enciclopedista latino, Plinio, habla de la isla de Gran Canaria, como de un nuevo descubrimiento, al cual se dió el nombre de Canaria, con motivo de los perros que en gran número en ella se encontraban.

**CAPITULO X**

**B. CONQUISTA DE  
LA PALMA Y TENERIFE**

## B. CONQUISTA DE LA PALMA Y TENERIFE

### 1. ALONSO FERNANDEZ DE LUGO ES NOMBRADO CAPITAN GENERAL DE LAS ISLAS NO SOMETIDAS

Desde la separación de Vera, empieza a resplandecer con todo su brillo, el nombre de Alonso Fernández de Lugo, oriundo de Galicia, en la provincia de Lugo, pero vecino de Sevilla. Para este héroe se hallaba reservada la empresa de la conquista de las islas de La Palma y Tenerife. Fernández de Lugo era uno de los más esclarecidos guerreros de su época. Su brillante historia militar, comenzada la guerra de Granada, había aumentado con la experiencia en la conquista de Gran Canaria a las órdenes de Juan Rejón y de Vera.

Desde la pacificación de Gran Canaria, Lugo conservaba el mando de las tierras que le habían sido cedidas en la época de las reparticiones. Pero esta vida tranquila, no podía convenir por mucho tiempo a un hombre acostumbrado desde su juventud al ejercicio de las armas. Desde el castillo, donde se hallaba confinado, meditaba en silencio la adquisición de las dos temibles islas aún libres. Impulsado por este pensamiento, abandonó bien pronto su fortaleza, para ir a solicitar de los Reyes Católicos, el honor de dirigir la empresa que meditaba.

En el campamento de Santa Fe en 1492, en el mismo en que visitó Colón a los Reyes Católicos, obtuvo Fernán-

dez de Lugo de la Reina Isabel, la autorización para conquistar las islas de La Palma y Tenerife.

Para la conquista de la isla de La Palma, Lugo recibió además, con los socorros en dinero, la orden de equipar en Cádiz los buques necesarios. Al llegar a Gran Canaria se agregan a la expedición, los principales españoles que allí existían, y los más distinguidos isleños. Entre estos últimos se contaba, el famoso Maninidra, los antiguos Guayres Ibone, Ydutindana y D. Fernando Guanarteme, con cuarenta de sus parientes o servidores.

Convenientemente organizadas estas tropas, dos navíos y una fragata les conducen hacia las escabrosas costas de La Palma en los últimos días de septiembre de 1492.

## 2. PRIMERAS OPERACIONES EN LA ISLA DE LA PALMA

Había juzgado Lugo preferible dar principio a su ataque por esta isla, pues aunque en extremo fragosa, le parecía menos poblada y fuerte que Tenerife. Hizo su desembarco por las playas de Aridane, uno de los doce cantones en que estaba dividida la isla.

Mucho favorecieron a Fernández de Lugo las relaciones que sostenían los habitantes de la isla del Hierro, ya conquistada, con los palmeros, casi con esto se había dado un gran paso para la conquista de La Palma. Muy llano encontraba Fernández de Lugo el terreno preparado de antemano por los herreños. y en especial por la persuasión de la palmera Francisca Gazmira. Y así se explica cómo las proposiciones de Lugo al príncipe Mayantigo fueron aceptadas al instante. Las proposiciones hechas por Lugo, comprendían cuatro artículos, según Viera y Clavijo: 1.º, que habría paz, unión, trabajo y amistad entre españoles y palmeros; 2.º, que Mayantigo reconocería la grandeza de los Reyes Católicos y les obedecerían en todo



como inferior, pero que conservaría la dignidad de príncipe y el gobierno del territorio de Aridane; 3.º, que abrazaría con sus vasallos la religión cristiana; 4.º, que se les guardarían las mismas libertades y franquezas que a los vasallos españoles.

Las formas caballerescas que Lugo supo emplear en esta negociación, le sirvieron para atraer la mayor parte de las tribus Haonarythas, cuyos jefes admitieron las mismas condiciones aceptadas por el de Aridane. «Estos jefes fueron Echedey, Tamanca, Echentive y Azuquahe, que gobernaban las tribus o principados de Tihuya, de Guecheves y de Abenguareme».

Lugo no vaciló un momento en admitir a tan corto precio la amistad provechosa que le brindaban aquellos caudillos. Así como supo cautivar su aprecio por la humanidad que con ellos usaba, consiguió también aterrar con sus vencedoras armas a Jariguo y Garehagua, príncipes del territorio de Tigalate, donde el General español no encontró la misma acogida que en los anteriores cantones. En Tigalate, Fernández de Lugo encontró algunas dificultades, pero pudo vencerlos, gracias a la habilidad guerrera que desplegó en esta campaña. Y antes de retirarse a sus cuarteles de invierno en su campamento de Tazacorte, todos los jefes de la isla se rindieron, a excepción del valiente Tanausú. En esta ocasión se sometieron, los príncipes: Bentacaire, Atabara, Badiesta, Timaba, Badiesta de Garafía, Atogmatoma, que mandaban las tribus de Tedote, Tenagua, Adehyamen, Tagaragre, Galguen e Hiscaguan.

### 3. ATAQUE DE LA CALDERA Y RENDICION DE LA ISLA

Con la adquisición de los distritos reseñados en el párrafo anterior, sólo había conseguido Lugo allanar los más leves obstáculos que se oponían a la conquista de La

Palma. En el centro de esta isla existía un territorio, con el nombre de Aceró, donde reinaba el aguerrido Tanausú, isleño de muchos bríos. Este príncipe se había atrincherado, con sus tropas, en Aceró (lugar fuerte), y que los españoles llamaron «Caldera de Taburiente».

Tanausú dió asilo a los indígenas que siguieron su causa e hizo por largo tiempo inútiles los esfuerzos que Lugo empleaba para desalojarle. El territorio de Aceró, constituía una inexpugnable fortaleza natural, debido a sus agrestes y escarpadas laderas.

El primer ataque de Lugo fue desgraciado para las armas españolas. Pero no desmayó por eso, y con el auxilio de las tribus sometidas, trató de penetrar por el barranco de las Angustias, por donde corre el torrente de Ajerjo, que le pareció menos defendido. Guiado por sus auxiliares, se adelantó hasta el sitio más estrecho, que recibió el nombre de *Paso del Capitán*, y lo atravesó con sus oficiales, llevado en hombros de los indígenas que le acompañaban. Tanausú, instruido de la aproximación del enemigo, tomó al momento posición en uno de los bordes elevados del torrente, y lo detuvo en su marcha. Y para que nada contrariase al heroico caudillo, resolvió desembarazarse de los ancianos, de las mujeres y de los niños, ocultándolos en cuevas inaccesibles a los españoles.

El conquistador que reconoció la imposibilidad de penetrar más adelante, comenzó a desfallecer, y concibió una estratagema, que puso en práctica. Para ello, se decidió a tratar con Tanausú, valiéndose para esta negociación de uno de los parientes del príncipe, que hacía seis meses era su intérprete. Pero Tanausú no quiso entrar en arreglo, sino que el general español se retirase con sus tropas al territorio de Aridane, donde proponía ir a tratar con él. Lugo mostró aceptar estas condiciones, y empezó a retirarse, dejando, sin embargo, en el desfiladero de

*Adamacansís* un grueso destacamento con el objeto de cortarle la retirada cuando acudiese a la cita. Lugo no le aguarda en el sitio convenido. Sale a su encuentro y lo alcanza en un lugar del barranco a propósito para el combate. El príncipe se adelantaba sin desconfianza, creyendo que la intención del General español era entrar en comunicación con él. Pero Lugo, da al momento la señal de ataque, y hace cercar al enemigo. La batalla se traba por ambas partes con el mayor encarnecimiento. La victoria permanece indecisa hasta que los españoles emboscados en el desfiladero de *Adamacansís* vienen a reforzar a los suyos, y dan al ejército español una completa victoria. Termina con esta acción la conquista de la isla el 3 de mayo de 1493.

Alonso de Lugo después de su victoria, se mostró poco magnánimo con su enemigo vencido.

«Lástima que Lugo, siendo dueño de todos los estados menos del de Aceró, por precipitar la conquista, echara cieno a su historia militar, cuando, más tarde o más temprano, Tanausú tenía que rendirse. El engaño de que es víctima el príncipe de la Caldera es uno de tantos episodios de los que las conquistas traen consigo».

Tanausú, hecho prisionero y enviado a España con un gran número de cautivos, se quitó la vida privándose de alimento. El desgraciado príncipe no quiso sobrevivir a la esclavitud de su patria.

Un ilustre escritor canario al ocuparse del inmortal Tanausú, le dedica un inspirado párrafo, que damos a continuación: «Tan pronto como Tanausú dejó de ver las costas de su patria, se negó en absoluto a tomar alimento y pereció de hambre durante el viaje. ¡Fin heroico, admirable, sublime el del valeroso soberano de Aceró! El cautiverio en su isla lo podía soportar, pero lejos de ella, prefirió la muerte antes que vivir ausente de su suelo y antes que presentarse a otro soberano como un triste

cautivo. Su tumba es el Océano. Sus aguas la inmensa losa que cubre sus restos. Pero ni en esa inmensa bóveda hay espacio para su nombre, ni esa extensa losa ha podido cubrir su memoria, que vivirá siempre, y siempre será venerada por recordarnos a aquél que murió víctima de la independencia de su patria».

Los monarcas españoles recibieron con alegría la noticia de los sucesos de Alonso de Lugo, que fue nombrado gobernador de La Palma. Pero, éste, sin detenerse por más tiempo en esta isla, se embarcó para Gran Canaria, a fin de disponer todo para la conquista de Tenerife, blanco principal de su ambición.

Su sobrino Juan Fernández de Lugo Señorino, recibió orden de permanecer en La Palma en calidad de Teniente Gobernador, para terminar la pacificación del país, proceder a la creación de un Ayuntamiento, y a la distribución de las tierras.

#### 4. DESEMBARCO EN TENERIFE.

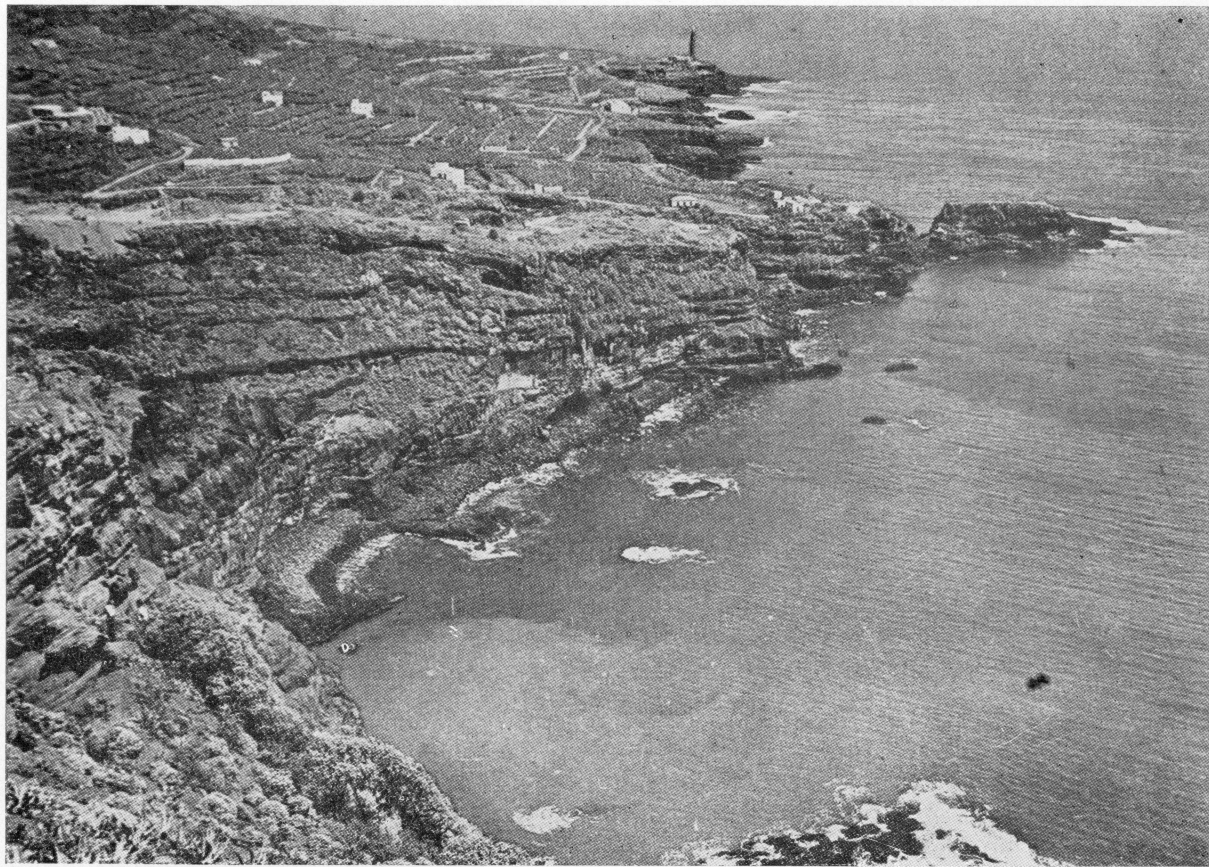
##### PRIMER ENCUENTRO CON LOS GUANCHES

Frontera a la Isla de La Palma, se halla la de Tenerife, la montaña blanca, la Nivaria antigua, el país de los perfumes en el periplo de Hannon «región hecha para desterrar la melancolía y restaurar la paz en los espíritus conturbados por el dolor».

«...ilha querida,  
mimo do largo mar, cesta de flores  
esquecida na róta dos Phenicios».

(F. Varela, canto VII.)

El nombre de *Tenerife*, se deriva, de *Tener* (montaña, y de *if* blanco), del dialecto de La Palma, es decir, *mon-*



LAMINA XXXV

*Vista parcial de la Costa y Faro de Barlovento, en la Isla de la Palma*



*Vista parcial de Fuencaliente, en la Isla de la Palma.*

*taña-blanca*, alusivo a la nieve que cubre con frecuencia el pico de Teide. Sus antiguos moradores, los guanches la denominaron Achinech, y en la antigüedad clásica se la llamó también la isla del *Infierno*.

Esta isla en que moraba la formidable raza guanche, se vió al fin atacada por los atrevidos guerreros españoles, que desembarcaron con quince bergantines en la playa de Añaza, (donde hoy se halla la capital de la isla), el día 1.º de mayo de 1494, al mando de don Alonso Fernández de Lugo. El ejército conquistador se componía de unos mil hombres de guerra, 120 caballos y centenares de auxiliares guanches de todas las otras islas.

El 4 de mayo el ejército abandonó su acantonamiento, y se adelanta hacia el valle de La Laguna, pero después de una hora de marcha se ve obligado a hacer alto en presencia de los guanches. Quebehi-Bencomo, mencey de Taoro, les recibió arengando antes a los suyos con estas palabras: «Mirad esa gente pusilánime, se detiene a nuestro sólo aspecto. Por el Echeyde y por los huesos de mi abuelo, juro que se acordarán de mí».

Lugo se apresura a enviar un parlamentario al viejo mencey, y le propone un tratado de alianza, en idénticas condiciones a las aceptadas por los príncipes de La Palma. Y después de una notable negociación en la que el mencey dió muestras de gran ingenio, se separaron sin acuerdo alguno. Sirvió de intérprete en estas conversaciones Guillén Castellano.

Bencomo se retira a sus estados de Taoro, para deliberar con los demás jefes de la isla, reunidos en Arautápola (hoy valle de la Orotava), sobre los medios de defensa, contra el enemigo común. Por su parte, el General español, viendo las disposiciones guerreras de los guanches, regresa al campamento de Añaza y lo fortifica.

## 5. CONFEDERACION DE LOS PRINCIPES GUANCHES

Al llegar Bencomo a Arautápola, entra en deliberación con los menceyes de la isla, y pide ser reconocido jefe de la liga contra los españoles, pero la desconfianza con que algunos miraban la superioridad de Bencomo, a quien atribuían miras ambiciosas, redujo el número de aliados.

Los príncipes guanches, que entraron en la liga o confederación propuesta por Bencomo, para luchar denodadamente contra los españoles, fueron: «Acaymo, mencey de Tacoronte, que fue siempre fiel al tratado de alianza, pactado con el príncipe de Tahoro. Este príncipe no se rindió sino al último extremo, y se presentó ante el vencedor con una pierna mutilada y su lanza teñida de sangre enemiga.

«Tegueste II, mencey de Tegueste, fue un valiente soldado, activo, ágil, incansable. Y no cesó de inquietar a los españoles en todos los encuentros.

«Beneharo II, mencey de Anaga, había ya medido sus fuerzas varias veces con los aventureros antes de la llegada de Lugo y su valor había siempre triunfado de sus esfuerzos. En la guerra de la conquista, Beneharo se manifestó digno de su reputación.

«Y Zebenzuí, que mandaba el más pequeño de los principados de Tenerife, fue un bárbaro ilustre, que llevó hasta el heroísmo el valor y la sencillez de los primeros tiempos».

Los príncipes que rehusaron entrar en la confederación, fueron Atnoxa, mencey de Abona; Pelinor, mencey de Adeje; Rosmen, mencey de Daute y Pelicar, mencey de Icod o Benicod. «Estos príncipes por una envidia deplorable, debilitaron la liga que Bencomo quería oponer a los enemigos, aceleraron la esclavitud de su pa-



tria y tuvieron la vergüenza de rendirse sin combate y sin gloria».

Los príncipes que se negaron a entrar en la liga de Tahoro, propuesta por Bencomo, se propusieron defender aisladamente sus respectivos territorios, a excepción de Añaterve de Güimar, que favorecía de secreto a los españoles, de quienes era leal amigo por los consejos del ermitaño Antón.

## 6. BATALLA DE ACENTEJO

Alonso Fernández de Lugo, habiendo visto que no podía convencer a Bencomo y que éste estaba dispuesto a resistir a las armas españolas, decidió ir tierra adentro a buscarlo, hasta su propio Reino. Era principios de la primavera de 1494, cuando Lugo ordenó a su ejército entrar en campaña en dirección a Taoro, territorio del que Bencomo era señor. Pero Bencomo, conociendo los proyectos de Lugo, ordena a sus aliados los menceyes de Tacoronte, Anaga y Tegueste, por cuyos reinos pasaba el ejército enemigo, que no opusieran resistencia seria, para no hacer precavido al General español.

Llegó el ejército a la Orotava sin encontrar enemigo a quien combatir, pero sí, gran cantidad de ganado que pacía abandonado en el fertilísimo valle. Apoderado de él, se encaminó hacia la vega de La Laguna, embarazado algo con la gran cantidad de botín recogido.

El astuto Bencomo, que tenía bien apercibido a su gente, hace emboscar a su hermano Tinguaro, con trescientos guanches escogidos en el barranco de Acentejo, mientras que el mencey de Taoro con un cuerpo de tres mil hombres, seguía sus pasos para darle la batalla.

El valiente Tinguaro, con la habilidad característica en estos aborígenes, dejó que los españoles llegaran a

un paraje fragosísimo del barranco de Acentejo, cubierto entonces de maleza, donde impedían valerse de sus caballos. Realmente era manifiesta la superioridad de los españoles sobre los isleños. Los guanches a más de tener que resistir a pie la acometida de los invasores, no tenían tampoco coraza ni otra arma defensiva, salvo pequeñas *tarjas* de drago, peleaban siempre desnudos con el *tamarco* arrollado al brazo izquierdo y el *banot* o la lanza en el derecho.

En tales condiciones, la lucha podía sostenerse gracias a su extraordinaria movilidad, al conocimiento del terreno, y a la destreza en esquivar los golpes en que los guanches eran maestros.

Cuando los españoles estuvieron bien metidos en lugar tan peligroso, como era el barranco de Acentejo, los guanches, desde arriba, silbaron al ganado, el que conociendo a sus dueños trató de escapar, embarazando aún más a la desorganizada gente de Lugo que, al verse en tal aprieto, a toda prisa tratan de organizarse y presentar un frente medio regular, que no lograron, por la rápida y recia acometida de los guanches.

Se entabla la lucha en tan desfavorables condiciones para el ejército conquistador, y aunque éste peleó con bravura y disciplina, fue completamente deshecho, quedando en el campo más de 900 hombres. El propio general sufrió una herida en la boca, con pérdida de algunos dientes, muriendo también el caballo que mandaba.

Y si Lugo escapó con vida, lo debió a haber cambiado su roja capa con la de un soldado, a quien persiguieron los guanches hasta darle muerte, tomándolo por el conquistador. Ayudado por unos 30 guanches de Güimar y un caballo que le dió Pedro Benítez, pudo el general español, llegar sin más daño al fuerte de Santa Cruz.

Todavía sufrían nuevos descalabros los escasos restos que lograron salvarse, hasta que al fin consiguieron re-

unirse en número de 200 en el casi desierto campamento de Añaza.

Esta fue la más tremenda derrota sufrida por los españoles, en toda la conquista de Canarias, y la que más víctimas costó (calculándose en unas 2.000). Esta batalla fue dada el 31 de mayo de 1494.

## 7. ATAQUE DE LA TORRE DEL CAMPAMENTO.

### RETIRADA A GRAN CANARIA

Apenas Alonso de Lugo se había repuesto de la derrota de Acentejo, cuando el 1.º de junio, cuatrocientos guanches de Anaga mandados por Tayneto, vienen a atacarlo en la torre, en donde se halla encerrado. El valiente Tayneto hace cercar la fortaleza y da la señal de asalto. Pero este príncipe, muerto al empezar la acción, y las tropas españolas después de una valerosa defensa, ponen a ciento sesenta de los sitiadores fuera de combate, y obligan a los demás a retirarse.

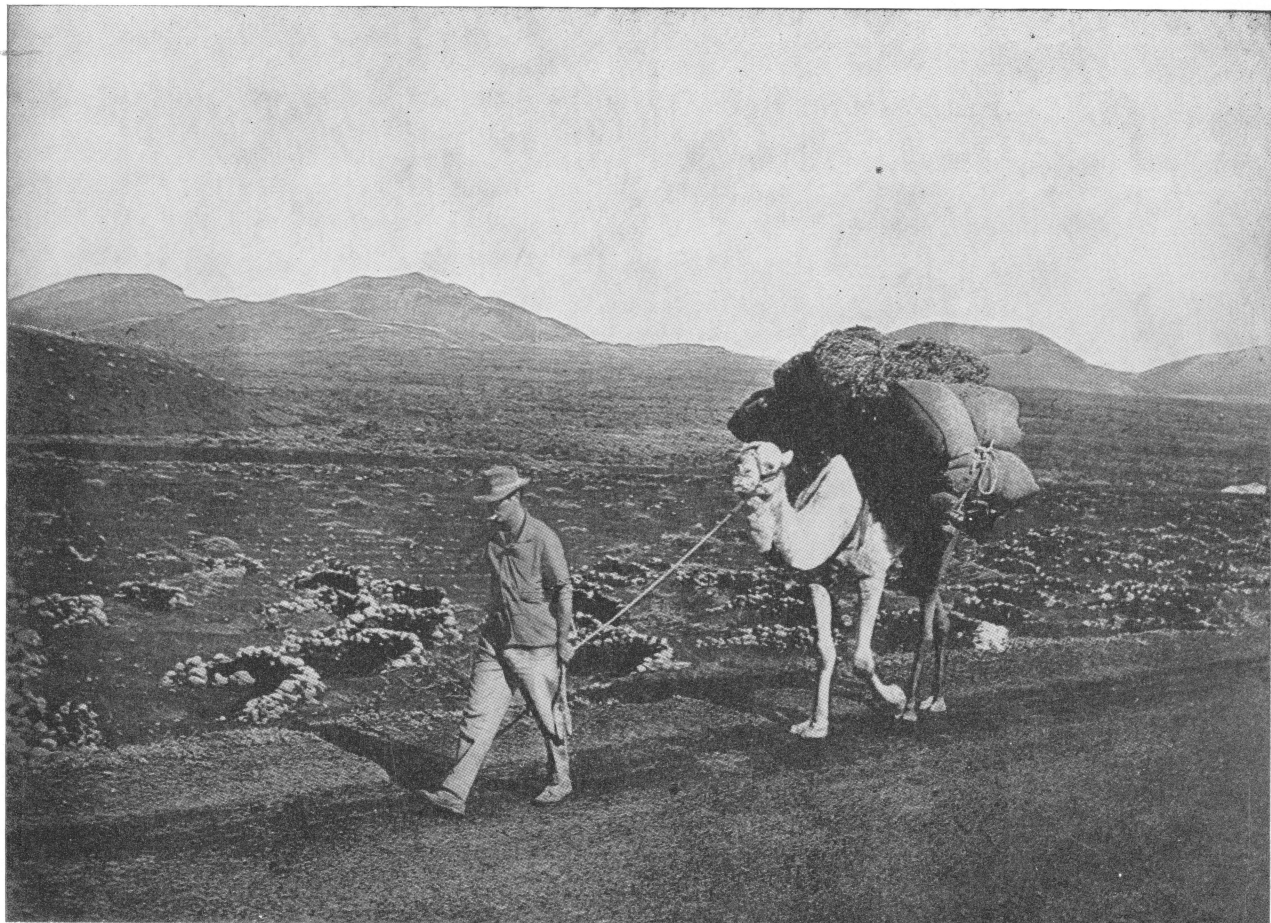
A pesar de Lugo salir victorioso en este último combate, reconoce no poder resistir a nuevos ataques, y decide regresar a Gran Canaria para organizar una nueva expedición. Pocos quedaron en el fuerte, retornando el resto a Gran Canaria el 8 de junio, llevándose algunos guanches de Güimar, que vendieron como esclavos en la Península. Esta venta llegó a oídos de los Reyes Católicos que les ordenaron la libertad de los confiados guanches, quienes no habían cometido otro delito sino el tremendo de haber ayudado a los españoles en la empresa contra sus hermanos.

## 8. NUEVA EXPEDICION CONTRA LOS GUANCHES. BATALLA DE LA LAGUNA

Como el general Fernández de Lugo y los demás caballeros que con él habían venido a Tenerife, comprometieron en la empresa casi toda su fortuna, les fue necesario hacer tratos en Gran Canaria con los comerciantes genoveses Palomar, Blanco, Angelote y Viña, para que los proveyeran de todo lo necesario para una campaña que preveían larga. Asimismo, Lugo y los demás caballeros comprometidos en la campaña de Tenerife, recurrieron a don Juan de Guzmán, Duque de Medina Sidonia, al que asociaron en la empresa. Este poderoso personaje, reunió en Sanlúcar de Barrameda, un ejército de tropas aguerridas como de 600 hombres de a pié y 50 de a caballo, las que se embarcaron en aquel puerto al mando del coronel Bartolomé de Estupiñán, gentil hombre de una de las primeras familias de Jerez, y del capitán Diego de Mesa, hijo del Alcaide de Jimena, quienes llegaron a Gran Canaria hacia fines de octubre.

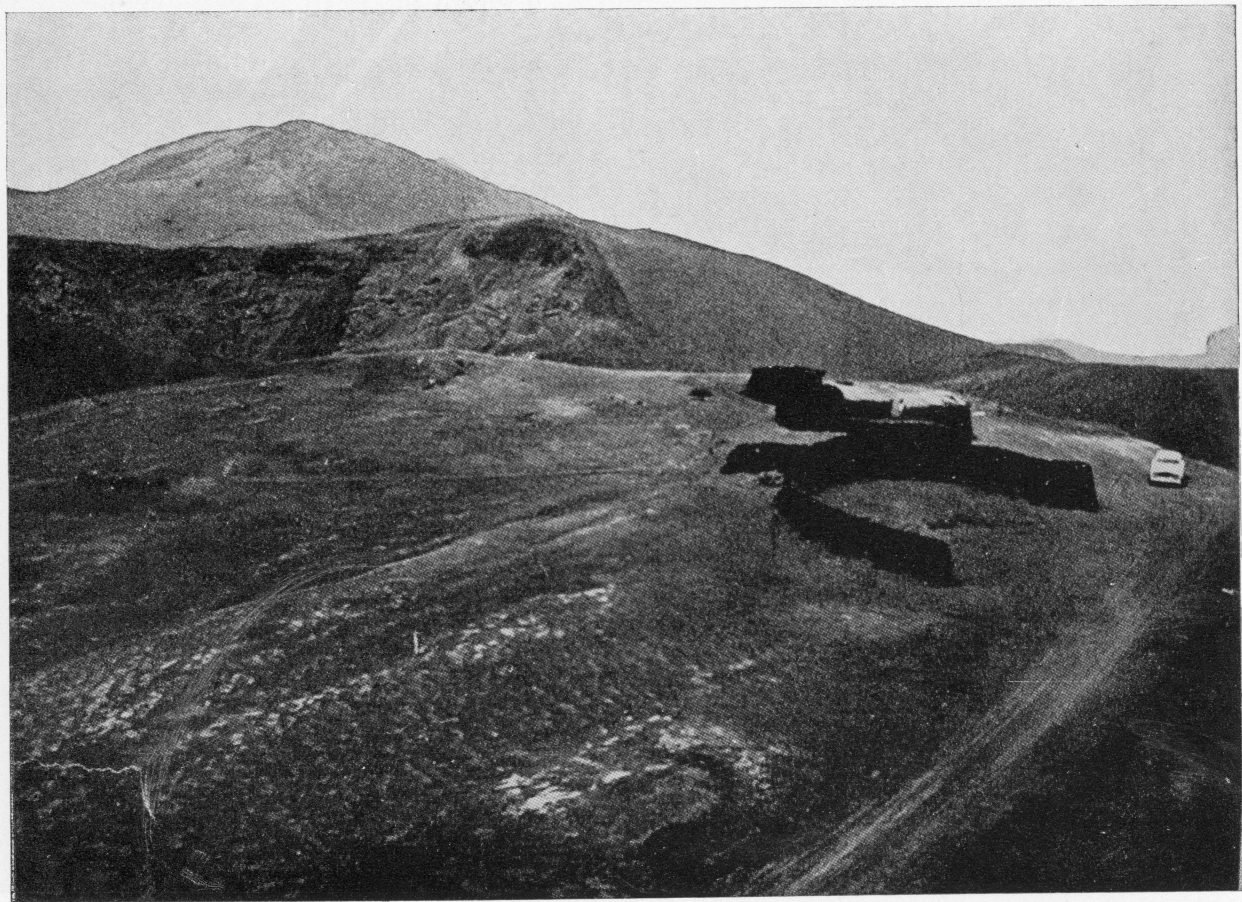
El conquistador, por su parte había reunido en Gran Canaria un buen número de hombres y algunos caballeros amigos, entre los que se contaban Lope Hernández de la Guerra, uno de los conquistadores de aquella isla, que por su serenidad y pericia, le fue de gran utilidad.

Embarcada esta aguerrido tropa, llegó a Santa Cruz el 2 de noviembre del dicho año, con el propósito de conquistar la isla o perecer en la empresa. Las tropas invasoras llevaban por bandera el pendón que los Reyes Católicos habían dado al general, conservado en la actualidad, en el Ayuntamiento de La Laguna, el estandarte del Conde de Niebla, su protector, y el del Duque de Medina Sidonia, aliado, como hemos visto en la empresa.



LAMINA XXXVII

*Estampa típica, al fondo, la Montaña de Fuego, en Lanzarote.*



*El Infierno de Timanfaya, montículo que guarda en su interior más de 400 grados de temperatura, en Lanzarote.*

Sentaron su campo junto al fuerte de Añaza y comenzaron con estas fuerzas la segunda y definitiva campaña. Las fuerzas que pudo reunir Lugo ascendían a 1.100 infantes y 70 caballos.

Bencomo, al tener noticia del desembarco de los españoles, se estableció en La Laguna de Agüere con 5.000 guanches, acudiendo los demás jefes con sus respectivos guerreros, y el 13 de noviembre, se libra una de las batallas más encarnizadas.

Los historiadores han exagerado, sin duda, los resultados de esta victoria. Según ellos, los españoles no perdieron más que 45 hombres, mientras que hacen subir el número de muertos por lo que respecta a los guanches, a unos 1.700. Como dice Unamuno: «Nunca fueron nuestros cronistas muy fuertes en estadística. Calculaban a ojo de buen cubero».

Bencomo y el mencey de Tacoronte, se retiraron gravemente heridos. El famoso Tinguaro fue muerto por un soldado de caballería. Herido ya al principio de la acción, este príncipe se defendió contra siete soldados de caballería española, con una alabarda que había ganado en Acentejo, pero herido de nuevo y puesto fuera de combate, imploró vanamente la piedad de su vencedor. Pedro Martín Buen-Día, fue quien hirió de muerte a Tinguaro de un lanzazo, mientras que el vencido le decía «¡no mates al noble hermano del rey eencomo que se entrega prisionero!». Pero el soldado español sin piedad hacia el valiente guerrero, le atravesó el pecho de un segundo golpe. Su cabeza, clavada en una pica se la hizo servir de terrible amonestación a los isleños.

Esta batalla fue la que decidió la suerte de la isla. Se dió el 14 de noviembre de 1494.

Para conmemorar esta efemérides, los españoles levantaron a la entrada de La Laguna una cruz que actual-

mente se conoce con el nombre de Cruz de Piedra, y una pequeña ermita a Nuestra Señora de Gracia.

#### 9. CONTINUACION DE LAS OPERACIONES DEL EJERCITO CONQUISTADOR. EPIDEMIA DE LOS GUANCHES

La batalla de La Laguna trajo consigo grandes calamidades. En el campo guanche se desarrolló una terrible epidemia, seguramente por el gran número de cadáveres insepultos que quedaron en el campo de la batalla de Aguere, epidemia que se desarrolló por toda la isla, lo que impidió a los guanches atacar nuevamente al campo cristiano.

El 31 de enero de 1495, un cuerpo de 500 españoles, en un reconocimiento que hizo en La Laguna, no encontró sino cadáveres en todas las cercanías. El silencio de la muerte reinaba en los valles, de Tejina y de Tegueste, un tiempo tan poblados. Y sin embargo, a pesar de esta calamidad, el horror que los guanches tenían a la esclavitud era tan grande, que un anciano moribundo sorprendido por los españoles en una cueva con sus tres hijos, prefirió atravesarse el corazón con su venablo, antes que caer entre sus manos.

Los quinientos hombres mandados por los capitanes Trujillo y Castillo, habiéndose apoderado de un rebaño considerable de cabras, se disponían a regresar al campamento, cuando fueron atacados en el desfiladero de las *Peñuelas*, por Zebensuí y el mencey de Tegueste, a la cabeza de 1.200 guerreros. No obstante, los españoles después de haber perdido doce hombres, quedaron dueños de la situación y los guanches se retiraron dejando 90 de los suyos en el campo de batalla. Pero el capitán Castillo, yendo en persecución de Zebensuí, cayó después de muerto su caballo, entre las manos de sus enemigos,



y fue enviado prisionero a Arautápola. Aquí fue donde se enamoró de los encantos de la bella Dácil, hija de Bencomo. Y ésta imploró en su favor la generosidad del mencey, quien lo devolvió sin rescate.

#### 10. HAZAÑA DE LOS DOCE SOLDADOS

Digna es de no ser omitida en esta conquista la aventura conocida por el nombre de los *doce valientes*. La aventura a que nos referimos, se desarrolló en esta forma. Alonso de Lugo permanecía en Azaña y no quería que su ejército invadiera los valles atacados por la epidemia. Pero doce oficiales se arrojaron a expuestas correrías, llegando a Ygüeste y penetrando en Taganana, donde se apoderaron de seis pastores, haciendo un rico botín de ganado. Al regresar a Añaza, en el valle de San Andrés, son cercados por 200 isleños, acaudillados por Beneharo. Este contempla aquí a esos *doce valientes* que no se intimidan ante el respetable número de los contrarios.

Se colocaron en orden de batalla, y uno de ellos, llamado Rodrigo Barrios, grita a los guanches: «¡Bárbaros, rendíos, pues ya hemos hecho nuestra cuenta y sabemos cuántas cabezas deben caer bajo cada una de nuestras espadas!». Esta audacia fue admirada por Beneharo, que aconseja a los suyos dejasen el campo libre a estos decididos campeones. Pero la ambición de otro de los doce, llamado Juan de Llarena, hace que los españoles se abalancen espada en mano, sobre los guanches, después de hacerles una descarga de mosquetería y de ballestas que acribilló a alguno. Esto dio lugar, para que los restantes isleños huyan precipitadamente a las montañas. El magnánimo Beneharo, abandonado por los suyos, acosado y también herido se despeñó desde una eminencia para no caer en manos de los vencedores. Así fue como estos doce

campeones, a quienes llama Viera *Los Doce Pares de nuestra conquista*, entran triunfantes, en el campo de Santa Cruz, después de haber realizado una de las más grandes hazañas que se registran en los anales de la conquista de las islas.

11. ESCASEZ DE VIVERES EN EL CAMPO DE LOS ESPAÑOLES.  
ACCION GENEROSA DE LOPE HERNANDEZ DE LA GUERRA

El ejército español se hallaba muy falto de medios de vida. Las pequeñas excursiones que realizaban no bastaban para adquirir suficiente botín. Crecía de día en día la escasez de víveres en el campo español, de modo que, muchos llegaron a aconsejar la retirada de las tropas, mientras no fuese posible aumentar los medios de abastecimientos con la adquisición de nuevos territorios. A pesar de tan grave situación, no desmayó el ánimo de Lugo, y convocando a los principales jefes de la expedición, les manifestó su firme resolución de ser el primero en las privaciones como en los peligros, antes que renunciar a la gloria de su empresa.

Terrible era la alternativa presentada en estas palabras a los abatidos guerreros, que con solemne silencio mostraban ya su resignación a la dura prueba que se les exigía, cuando una voz de consuelo, se levantó en medio del consejo, ofreciendo el producto en venta de dos ingenios de azúcar para subvenir a tan urgente necesidad. El que así hablaba era Lope Hernández de la Guerra, que en aquel momento, hacía el sacrificio de enajenar toda su fortuna, en aras de su patriotismo.

Hernández de la Guerra, impaciente por presentar a sus compañeros de armas el auxilio que les ofreciera, partió sin demora a Gran Canaria, llevó a efecto la venta de sus bienes en 2.000 doblas, y adquirió con esta canti-

dad las deseadas provisiones. Volvió a Santa Cruz cuando la escasez había llegado al extremo de repartirse a cada individuo, por toda ración, un puñado de cebada tostada.

## 12. SEGUNDA BATALLA DE ACENTEJO

La llegada de Gran Canaria de Lope Hernández de la Guerra con un buque cargado de provisiones, reanimó el abatido espíritu de las tropas conquistadoras, cambio que aprovechó Lugo para atacar a los guanches en su último baluarte.

El 24 de diciembre, el ejército se puso en marcha y avanzó hasta el famoso barranco de Acentejo, donde formaron de nuevo sus atrincheramientos.

Los guanches a su vez deciden jugar la última carta en una sola batalla, encontrándose los dos ejércitos en las inmediaciones del referido barranco de Acentejo, casi en el mismo lugar donde se había dado el anterior combate. Bencomo, apareció al frente de 5.000 guanches, divididos en dos cuerpos, de los cuales uno mandaba él mismo y otro Acaymo, mencey de Tacoronte. En igual disposición ordenó Lugo su gente, dividiendo el mando con Lope Hernández de la Guerra.

Después de cinco horas de una acción sangrienta en la que los isleños habían perdido mucha gente, Bencomo y Acaymo recibieron dos grandes heridas, y sus tropas privadas de jefes, empezaron a desmandarse. El anciano mencey de Taoro, queriendo evitar una derrota, ordenó la retirada y se replegó detrás del *Barranco Hondo* para volver a tomar el camino de Arautápola. Entonces los gritos de ¡Victoria!, resonaron por todas partes en el ejército español, y este nombre repetido mil veces, llegó a ser el del pueblo que se levantó después sobre el sitio

de la batalla. Se dió este combate el día 25 de diciembre de 1495.

El combate de la Victoria costó a los españoles 64 hombres. A los guanches les costó más de 2.000 pérdidas, contándose entre ellos el príncipe Badeñol, hermano del mencey de Tacoronte, que fue muerto por Pedro Benítez de Lugo.

### 13. ENTRADA ESPAÑOLA EN EL VALLE DE ARAUTAPOLA Y SUMISION DE TENERIFE

Alonso Fernández de Lugo muy bien podía después de triunfo tan completo avanzar sobre el enemigo, pero acertadamente ordenó retirarse a su campamento de Añaza hasta que pasara la estación de las lluvias, y a la vez a esperar los refuerzos que le envió de España el Duque de Medina Sidonia. Permaneció en esta pasiva actitud hasta el 1 de julio, en que da comienzo a su belicosa contienda, penetrando en el valle de Arautápola, donde Bencomo se hallaba bien atrincherado. Bencomo después de variar de posición y meditar el resultado de la batalla, contando con las fuerzas y elementos de que disponía, acuerda someterse, evitando un día de mucha sangre derramada inútilmente, comunicación que recibió Lugo con inmensa alegría, pues la deseada hora de terminar la conquista iba a sonar.

Alonso Fernández de Lugo lo esperaba delante de su tienda, rodeado de todos sus oficiales. El mencey de Taoro se adelantó a pasos lentos. Bencomo reflejaba en su rostro la expresión más acerva del dolor, sus tristísima mirada exteriorizaba los lamentos más hondos de un corazón apenado, y su trémula voz, al pronunciar palabras de sumisión, si no pueden negar que es un hombre heroico el que las articula, tampoco ocultan el desfallecimiento

de un alma que sigue al destino, teniendo antes que renunciar al ideal amado por todo su ser. Se acercó al general, puso sus manos entre las suyas, y le dirigió este discurso, que un intérprete tradujo al punto: «Hombre valeroso, sentimos haberte hecho una guerra tan dura, a pesar de que te mirábamos como a nuestro más cruel enemigo. En la actualidad deseamos suscribir las condiciones que nos propusisteis en varias ocasiones. Nos sometemos a los Reyes Católicos, a quienes rendimos obediencia y homenaje, y le entregamos con esta isla la herencia del gran Tinerfe, nuestro abuelo. Queremos ser cristianos, pero júranos por todo lo que conozcas de más sagrado, que nuestros hijos y aun nosotros jamás seremos esclavos y que conservaremos esa libertad tan querida que tanta sangre nos ha costado ya.»

Lugo, conmovido ante esta hermosa rendición, hizo traer un misal y juró respetar íntegro el convenio. Pero la elevación de propósitos que él abrigaba en aquellos solemnes momentos para con los naturales, se convirtió luego en la páfida satisfacción de enviar a Bencomo y la mayor parte de los príncipes guanches deportados a España. El anciano mencey de Taoro, llevado de capital en capital, fue presentado al Papa y después al Dux de Venecia.

El 29 de septiembre de 1496 se hallaba toda la isla pacificada, celebrándose en acción de gracias una misa y solemne Te-Deum.

Reproducimos a continuación algunas de las reflexiones que el poeta Viana presta al mencey de Taoro en el momento de comprometer a sus colegas a la sumisión:

«Cristiano quiero ser, no más batalla,  
Cese el peligro y daño de la guerra,  
Que no puede Nivaria sustentalla  
Contra el de España, do el valor se encierra;

La tierra suya al cabo ha de ganalla,  
Y quiero yo rendir corona y tierra,  
Y acabe de Bencomo la memoria,  
Pues se acabó de rey el cetro y gloria.  
Mas ¡ay! querida patria, que he de veros  
Sin libertad sujeta y gobernada  
Con otras leyes y con otros fueros.  
O por mejor decir tiranizada!  
Quién lo podrá sufrir? Mas quien valeros.  
Si Dios lo ordena así, si Dios le agrada  
Y el gran poder de España al vuestro escede?  
Que la ayuda de Dios todo lo puede.

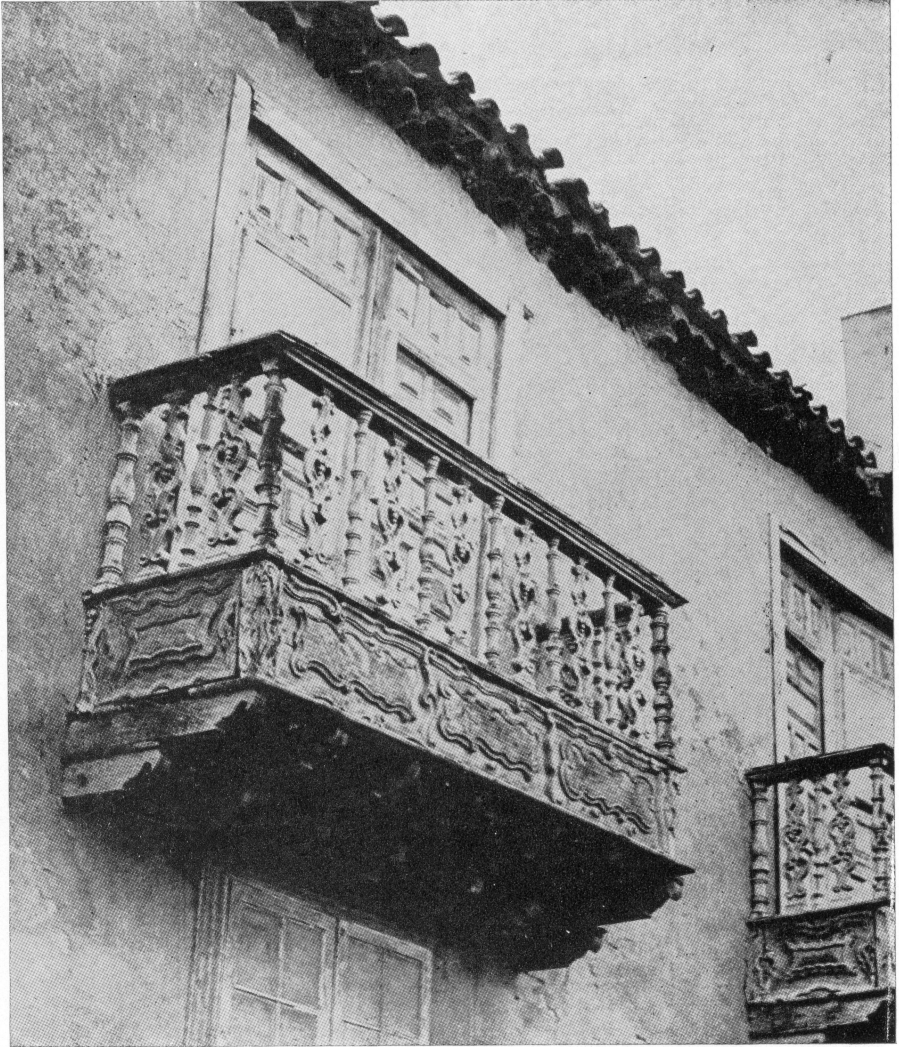
(Viana, cap. 15.)

»Así concluyó la conquista de las Islas Canarias. Costó noventa y dos años de combates, y los valerosos insulares salieron victoriosos en más de 20 encuentros. Su patriotismo y amor a la independencia se vieron sometidos a duras pruebas, durante casi un siglo de continuas alarmas. La guerra que se les declaró fue un combate a muerte, que aceptaron con sublime arrojo. Pero el vigor de sus brazos, la maña, las estratagemas y su maravillosa agilidad nada pudieron contra el hierro de los conquistadores: el más heroico valor, la más tenaz resistencia tuvieron que sucumbir en tan desigual lucha.

»Algunos centenares de valientes acosados en guaridas inaccesibles murieron mártires de esta libertad que no habían podido salvar, y el resto de la nación se amalgamó con los conquistadores para no formar más que un solo pueblo.»

Los Reyes Católicos otorgaron al Archipiélago canario un régimen municipal tan autónomo que se denominó republicano. Manteniendo la unidad nacional los Adelanta-

LAMINA XXXIX



*La Casa de los Coroneles, de riquísimo barroquismo, en Fuerteventura.*



*La cochinilla, parásito de la chumbera, continúa explotándose en Fuenteventura por el mismo procedimiento que se utilizaba hace siglos.*



dos, que fijaron su residencia en San Cristóbal de La Laguna.

La conquista de las Islas Canarias abrió el camino de América a los aventureros, y acontecimientos análogos a los que acabamos de contar se pasaron en el Nuevo Mundo, sin presentar, sin embargo, circunstancias tan dramáticas.

La valerosa nación que sucumbió en la lucha empeñada con los invasores, no pereció toda como lo han dicho algunos cronistas. Se puede deducir de la relación de los historiadores, que después de la guerra de la conquista, las Islas Canarias no habían perdido la veintésima parte de un población de más de cien mil almas.

Testimonio significativo de la conservación del pueblo primitivo bajo la denominación española, nos la ofrece la afirmación del personero del municipio de Las Palmas, Fernando de Porras, que, a finales del siglo xv, en tiempo del Gobernador Maldonado, hacía presente al Consejo que la isla se hallaba poblada de un número excesivo de indígenas libres, cuya actitud era sospechosa.

Como un hecho positivo podemos afirmar, por tanto, con los antropólogos que han venido a ilustrar la historia de Canarias anterior a la conquista, que la raza indígena, representada principalmente como elemento más característico con los guanches, se conservó bajo la dominación española, y, renovándose de generación en generación, sea en su propia sangre, sea por sus alianzas con la raza europea, se multiplicó en progresión creciente y conservó en gran parte su tipo originario bajo la influencia de la ley de la herencia.

La fusión de las dos razas comenzada durante las guerras de la Conquista duraron 94 años, desde principios hasta fines del siglo xv (1402-1496), se desarrolló en gran escala cuando tuvo lugar la pacificación.

**CAPITULO XI**

**COLONIZACION DE LAS  
ISLAS Y CONTRIBUCION  
DE CANARIAS  
EN LA CONQUISTA  
Y COLONIZACION  
DE AMERICA**

## A. COLONIZACION DE LAS ISLAS CANARIAS BAJO LOS AUSPICIOS DE LOS MONARCAS ESPAÑOLES

En la época de la conquista la fuerza de las circunstancias motivó la sumisión de las tribus insulares, pero la ley del vencedor no fue inhumana. Muchos actos de barbarie se cometieron, sin duda, contra los infelices guanches, durante la guerra de invasión, pero las órdenes de los Reyes Católicos hicieron cesar el odioso régimen de la injusticia y de la crueldad.

Apenas terminada la conquista, los propios canarios se reconocen equiparados a los españoles, en poder otorgado en San Cristóbal de La Laguna en 1514.

La dignificación de los indígenas se revela en el gran número de uniones legítimas de los conquistadores con mujeres canarias. Los amores de Dácil y del capitán Gonzalo del Castillo, en que encontró fecundo motivo de inspiración Lope de Vega para su comedia famosa *Los guanches de Tenerife y Conquista de Canaria*, son el poético símbolo de un hecho social de gran alcance: el abrazo de dos razas y la dignificación de la vencida por la vencedora, que supo elevar a aquella hasta su propia condición casi antes de que olvidara los primitivos hábitos y entrara en los usos de la vida civilizada.

Fue empeño capital de los Monarcas españoles, establecer la equidad en el reparto de tierras. La Real cédula

de 20 de enero de 1487, por la cual los Reyes Católicos aprobaron el repartimiento de tierras y aguas hechos por el general Pedro de Vera, contiene la cláusula de que «si alguna persona o personas de los dichos vezinos e moradores de la dicha Isla de Gran Canaria, de la tal partición fueren agraviados... vistos... se desfagan a las tales personas igualándolas como e según oviere información en lo que ovo de haber».

En las Islas a donde llegó directamente la acción de la Corona, siempre fue elevado el propósito que inspiró las empresas. No pudo admitirse que la conquista sirviera para convertir en siervos a los indígenas. Se trató de elevarlos y atenderlos en justicia.

Si bajo la denominación de los Reyes alguna vez se sacaron indígenas como esclavos o como deportados, Espinosa afirma: «mandaron los Reyes se les diese libertad y que en ellas viviesen».

La actitud de la Iglesia española fue contraria a la esclavización de indígenas, especialmente por los portugueses, apresándolos por astucia o por violencia, con objeto de llevarlos a la isla de Madera para cultivar sus campos. Al ser nombrado obispo de Rubicón en Lanzarote, Fr. Fernando Calvetos, en 1431, trabajó con ardor por abolir este comercio, prohibiendo, bajo graves censuras, que ningún canario bautizado o sin bautizar fuese vendido. Como no consiguiese evitar los horrores a que daba lugar tal caza de hombres, acudió a Roma, y Eugenio IV expidió, en 25 de octubre de 1434, una bula «en favor de los nuevos Christianos de las Islas Canarias, vedando con rigurosas censuras y penas que no fuesen maltratados, ni algunos de aquellas partes tomados por esclavos, con que se les hacía horroroso el nombre christiano».

En la bula dirigida al obispo de Rubicón don Diego López de Illescas, por Pío II, desde Petreoli, a 9 de oc-



*Montaña de Fuego, en Lanzarote.*



*Tierras de lava y escoria volcánica, convertidas por el campesino  
isleño en huertas feracísimas, en Lanzarote.*

tubre de 1462, se elogia el celo de este Prelado, que se trasladaba a las islas de infieles en compañía de algunos religiosos, para atraer y convertir pacíficamente a aquéllos.

Tal fue el sentido de la iglesia española y de los obispos de Canarias, que confirmó en términos generales Paulo III, a petición del Arzobispo de Toledo Cardenal Tavera, por Breve de 1537, imponiendo excomuni<sup>o</sup>n *latae setentiae* a los que hagan esclavos o quiten sus bienes a los indios, aun siendo infieles.

Tratados por los conquistadores fraternalmente los canarios, apreciados en sus nobles cualidades, unidos a ellos por matrimonios numerosos, se llevó a cabo una fusión rapidísima, íntima y completa, que es hecho singular en la historia de la colonización y de las conquistas.

## B. APORTACION DE LOS CANARIOS EN LA CONQUISTA Y COLONIZACION DE AMERICA

La compenetración del espíritu canario con el alma nacional, se revela en la institución de las Milicias. Contando con las fuerzas indígenas, pudo Felipe II mandar retirar, en 20 de septiembre de 1592, la guarnición peninsular que había en el Archipiélago y por Real cédula de 25 de enero de 1598, creó la Milicia provincial, siendo llamados a las armas todos los pobladores útiles.

Los canarios, no sólo atienden a la guerra en las Islas, y a su propia defensa, sino que, asociados a todos los empeños nacionales, figuran gloriosamente en las empresas de España en Africa, dando gente y recursos para poblar América, aparecen en los campos de batalla donde pelean las huestes españolas en Flandes, Extremadura, Portugal y Cataluña, toman parte importante en las guerras de Sucesión y de la Independencia.

Muchos fueron los hechos relevantes de las Canarias en la Conquista y Colonización de América, hechos que a continuación vamos a relatar brevemente:

Herrera en la *Décadas* y Juan de Castellanos en sus *Elegías de Varones ilustres de Indias*, hablan de Agustín Delgado, teniente de Jerónimo de Hortal, encomiando sus hechos en Paria. Juan de Castellanos menciona también a Antón del Guante y Gaspar de Santa Fé, que tomaron parte en la expedición de Hortal y se distinguieron en las márgenes del río Orinoco. A Juan el Canario, que se hizo célebre en la Isla Española o de Santo Domingo. Y a Luis Perdomo, conquistador en Paria y héroe en Puerto Rico.

Pedro Fernández de Lugo, segundo Adelantado de Canarias, gobernó, en virtud de capitulación con el Emperador hecha en 1535, la provincia de Santa Marta, y se propuso extender la conquista, encontrar nuevos reinos y engrandecer los dominios españoles por la sumisión de las regiones interiores. De sus proezas dice Viera que dejó un testimonio en el nombre de paso del Adelantado y añade que dió el nombre de Santa Marta a toda la vasta provincia de su gobierno, en recuerdo de la población gallega Santa Marta de Ortigueira, donde radicaba el solar de su ascendencia.

Entre los conquistadores canarios del Nuevo Mundo, debemos citar a Juan de Santa Cruz, teniente de Adelantado de Don Pedro y gobernador de Cartagena de Indias, que dió nombre a Santa Cruz de Nompox, y a Don Miguel y a don Alonso López, hijos de Lope Daya Gallego, conquistador de Tenerife, que tomaron parte en la conquista del Río de la Plata con Pedro Benítez y Francisco Benítez.

Rara fue la expedición a América que al pasar por Canarias no tomara en las Islas, con víveres y recursos, marineros y soldados.



En las repetidas escalas hechas por Colón, debió recoger gente. Se considera probable que al detenerse en el primer viaje para reparar el timón de la *Pinta* aumentara sus tripulaciones con algunos valerosos marineros familiarizados con las tempestades del Océano, y como piensa un docto escritor canario, fuera isleño el primer hombre que divisó tierra del Nuevo Continente.

Por Canarias pasó Francisco Montejo, en 1526, al dirigirse a América para la rendición del Yucatán, y allí reclutó gente que se embarcó en nave canaria. A su llegada a Veracruz, se agregaron al ejército de Hernán Cortés, dando el último impulso a la gloriosa conquista de Nueva España.

De la expedición que aprestó Don Pedro Fernández de Lugo para las conquistas en Tierra Firme, compuesta de 1.700 a 1.800 hombres, casi la mitad eran canarios. Embarcaron en la escuadra «muchos deudos suyos y otros hidalgos y gente honrada de Tenerife, La Palma y demás Islas». Con esta gente realizó la exploración del Río Grande o Magdalena y la adquisición y colonización del Nuevo Reino de Granada. Las poblaciones de Tenerife y Palma atestiguaron la participación del elemento canario en la población del Nuevo Reino.

Canarios contribuyeron a la población de la Isla Española. Al conceder licencia el Rey para el comercio con América, se estableció en 1678, que actualmente se condujeran 50 familias canarias de a 5 personas cada una por lo menos a la Isla Española o de Santo Domingo. En 1685, sale del puerto de Santa Cruz de Tenerife una expedición de labradores y menestrales para la misma, donde fundaron la colonia San Carlos de Tenerife.

En Cuba, La Habana, la Vuelta de Abajo, Matanzas, Sagua, San Fernando, San Carlos de Nuevitas y Guantánamo, recibieron considerables contingentes de población canaria.

Según el escritor venezolano D. Manuel María Marro, dos buques de Santa Cruz de Tenerife, el «Nuestra Señora de la Soledad» y el «Santiago», llevaron 70 familias a la Florida, donde fundaron el establecimiento de San Agustín.

Desde que en 1778 se intentó poblar la Luisiana, se establecieron en ella más de 4.000 canarios.

Canarios llevaron a cabo los primeros cultivos de los feraces campos de Venezuela y contribuyeron mucho al desarrollo de las ciudades de Caracas, Valencia, La Victoria, Cumaná, Barquisimeto y Coro. La plaza de la Candelaria de Caracas era, a mediados del siglo XVIII, el centro de importante colonia de isleños, que habían levantado un templo a la Virgen Canaria de la Candelaria, milagrosamente aparecida antes de la conquista, y objeto de gran veneración para los hijos del Archipiélago.

Las pequeñas Islas de Candelaria en el Golfo mejicano, la villa de la Gomera en Guatemala, la del Realejo en Nicaragua y la de la Candelaria en el Paraguay, revelan en sus nombres, el origen canario de las primeras poblaciones que en ellas se establecieron.

Después el Nuevo Mundo ha seguido atrayendo a los canarios, y gran número de familias, se han establecido especialmente en los países de origen español.

Sería muy prolijo referir todos los casos en que los canarios han dejado sus hogares para servir la causa de España.

Para defender la independencia nacional, vienen en 1809 a la Península fuerzas canarias, y entre sus oficiales figuran apellidos de conocido abolengo isleño, como Oramas, Perdomo, Massieu y Bravo de Laguna. En el batallón de voluntarios de Las Palmas, que mandaba D. Juan María de León y Romero, viene como teniente D. Sebastián Pérez, padre del insigne novelista Pérez Galdós.

Hechos notables en la historia de las islas fueron las

derrotas del inglés Drake y la del corsario holandés Van der Doez, teniendo máxima importancia y una de las páginas más brillantes de la historia de Canarias, el combate del 25 de julio del año 1797 que sostuvo la ciudad de Santa Cruz de Tenerife, contra el almirante Sir Horacio Nelson, vencedor de Abukir y Trafalgar, genio de la guerra que mandando los buques «Esmeralda», «Teseo», «Caballo Mari-Esmeralda», «Teseo», «Caballo-Mari», «Rayo» y «Tersicore», quien rompió el fuego contra los fuertes de la plaza, al cual contestaron las baterías de Santa Cruz. Poco tiempo después, el cúter «Zorra» se hundió, ahogándose el comandante y los 97 hombres que componían su tripulación. Verificado el desembarco fue tal el fuego de metralla y mosquetería, que tuvieron que replegarse a sus navíos las fuerzas inglesas, dejando 226 muertos entre ellos Bowen, capitán de la «Tersicore» y 123 heridos.

En este combate, Nelson, el predilecto de las victorias, perdió el brazo derecho. En el Museo Municipal de Santa Cruz de Tenerife se conserva el cañón «Tigre», que hirió a Nelson, y al que se aventurase a pasar por la «Cuesta», lugar entre Santa Cruz y La Laguna, se le mostrará el Castillo, desde donde disparó el cañón que hirió al vencedor de Abukir. Y en la Parroquia Matriz de la Concepción de Santa Cruz de Tenerife, se hallan las banderas arrancadas en buena lid a las huestes británicas. Terminado el combate, y antes de reembarcarse las fuerzas inglesas, cuenta el comandante Troubridge, que comandaba el «Culloden» y las fuerzas de desembarco, que sus marinos fueron obsequiados con viandas y vino, recibiendo las mayores muestras de atención por parte de los canarios. Este hecho atestigua la nobleza del alma isleña, para con el vencido.

Persisten los vínculos morales que unen al Archipiélago con la Península, y está íntimamente unido por lazos

indisolubles de afecto y de patriotismo a la Madre España.

La invasión extranjera a las Islas Afortunadas, motivada por las bellezas naturales y por la benignidad de su clima, ha introducido en el Archipiélago, capitales en gran escala. El alarde de poder y de riqueza de los extranjeros no han bastado para fascinar a los canarios, quebrantando su firme adhesión a la Madre Patria.

## A P E N D I C E S

## I

### LOS RELATOS DE PLATON SOBRE LA ATLANTIDA

El relato que Platón en el *Timeo* pone en boca de Critias es el siguiente:

Solón contó que allí (entre los egipcios del Delta) adquirió una gran consideración y que, al interrogar él mismo cierto día sobre la antigüedad a los sacerdotes más sabios en estas materias, había descubierto que ni él ni, griego alguno sabían por así decirlo nada.

Solón había hablado primero de lo que los griegos sabían sobre la más alta antigüedad: el primer hombre, Foroneus, y el diluvio de Deucalión.

«Pero uno de los sacerdotes que era muy anciano, dijo: Solón, Solón, vosotros los griegos seréis siempre niños. ¡Un griego nunca es viejo! A estas palabras objetó Solón: ¿Qué queréis decir con esto? Y el sacerdote respondió: Sois todos tan jóvenes porque sólo os preocupa el alma. Pues en ella no encontráis ninguna opinión antigua, procedente de una vieja tradición, ni ciencia alguna encanecida por el tiempo.

«Y he aquí la razón de ello. Los hombres han sido destruidos y lo serán de nuevo y de muchas maneras. Por el fuego y por el agua tuvieron lugar las destrucciones

más graves. Pero ha habido otras menores, de mil otras maneras. Pues lo que se cuenta también entre vosotros, que una vez Faetón, hijo de Helios, habiendo uncido el carro de su padre, pero incapaz de dirigirlo por la vía paterna incendió todo cuánto había sobre la tierra y pereció él mismo herido por el rayo, ésto se dice en forma de leyenda. He aquí la verdad: Una desviación se produce a veces en los cuerpos que circulan por el cielo, alrededor de la tierra. Y, en intervalos de tiempo muy espaciados, todo cuanto está sobre la tierra perece entonces por superabundancia de fuego. Entonces todos los que habitan sobre las montañas, en lugares elevados y sitios secos, perecen, con preferencia a los que moran cerca de los ríos y del mar. Pero para nosotros el Nilo, nuestro salvador en otras circunstancias, nos preserva también de tal calamidad, desbordándose. Por el contrario otras veces, cuando los dioses purifican la tierra por medio de las aguas y la sumergen, sólo los boyeros y los pastores, en las montañas, se salvan, pero los habitantes de vuestras ciudades son arrastradas hacia el mar por los ríos. A la inversa, en este país, ni entonces ni entre otras ocasiones las aguas descienden de las alturas a las llanuras, sino que siempre es desde bajo tierra que surgen naturalmente. De esto procede, se dice, que aquí se hayan conservado las más antiguas tradiciones. Pero la verdad es que en todos los lugares en que no hay un frío excesivo ni un calor ardiente que los eche hay siempre, más o menos, numerosa, una raza de los hombres. Así, ya en vuestro país, ya en éste, ya en cualquier otro lugar del que hayamos oído hablar, si se ha hecho algo bello, grande o notable, todo está aquí escrito desde la antigüedad, en los templos y su recuerdo ha sido conservado. Pero, entre vosotros y entre los demás pueblos, cada vez que las cosas se encuentran un poco organizadas en lo que respecta a la escritura y todo resto de lo que es neces-

rio a los Estados, he aquí de nuevo, a intervalos regulares, como una enfermedad, las olas del cielo caen nuevamente sobre vosotros y no dejan como supervivientes más que a los iletrados e ignorantes. Así de nuevo volvéis a ser jóvenes, sin saber nada de lo que ocurrió aquí ni entre vosotros en los tiempos anteriores. Pues estas genealogías que citabas hace poco, Solón, o por lo menos lo que acabas de relatar referente a los acontecimientos de vuestro país, difieren muy poco de los cuentos para niños. Y ante todo, no recordáis más que un solo diluvio terrestre, cuando ha habido muchos anteriormente».

El sacerdote continúa:

«Nuestros escritos refieren cómo vuestra ciudad aniquiló a una potencia insolente que invadía a la vez toda Europa y toda Asia, y se echaba sobre ellas desde el fondo del mar Atlántico.

«Pues, en aquel tiempo, se podía atravesar aquel mar. Tenía una isla ante ese pasaje que vosotros llamáis las columnas de Hércules. Esta isla era mayor que Libia y Asia reunidas. Y los viajeros de aquel tiempo podían pasar de esta isla a las otras islas, y de estas islas podían alcanzar el continente, en la orilla opuesta de este mar que merecía verdaderamente su nombre. Pues, por un lado, en el interior de este estrecho, del que hablamos, parece que no había más que una rada de estrecho acceso, y por el otro, hacia afuera, había el verdadero mar y la tierra que lo rodea puede llamarse, en el sentido propio del término, un continente. Además, por nuestro lado, poseía la Libia hasta Egipto y Europa hasta la Tirrenia. Esta potencia, una vez hubo concentrado todas sus fuerzas, intentó en una sola empresa sujetar vuestro territorio y el nuestro y todos aquellos que se encuentran en esta parte del estrecho. Es entonces, ¡oh, Solón!, que el poder de nuestra ciudad hizo estallar a los ojos de todos su heroísmo y su energía. Pues ella excedió a todas las

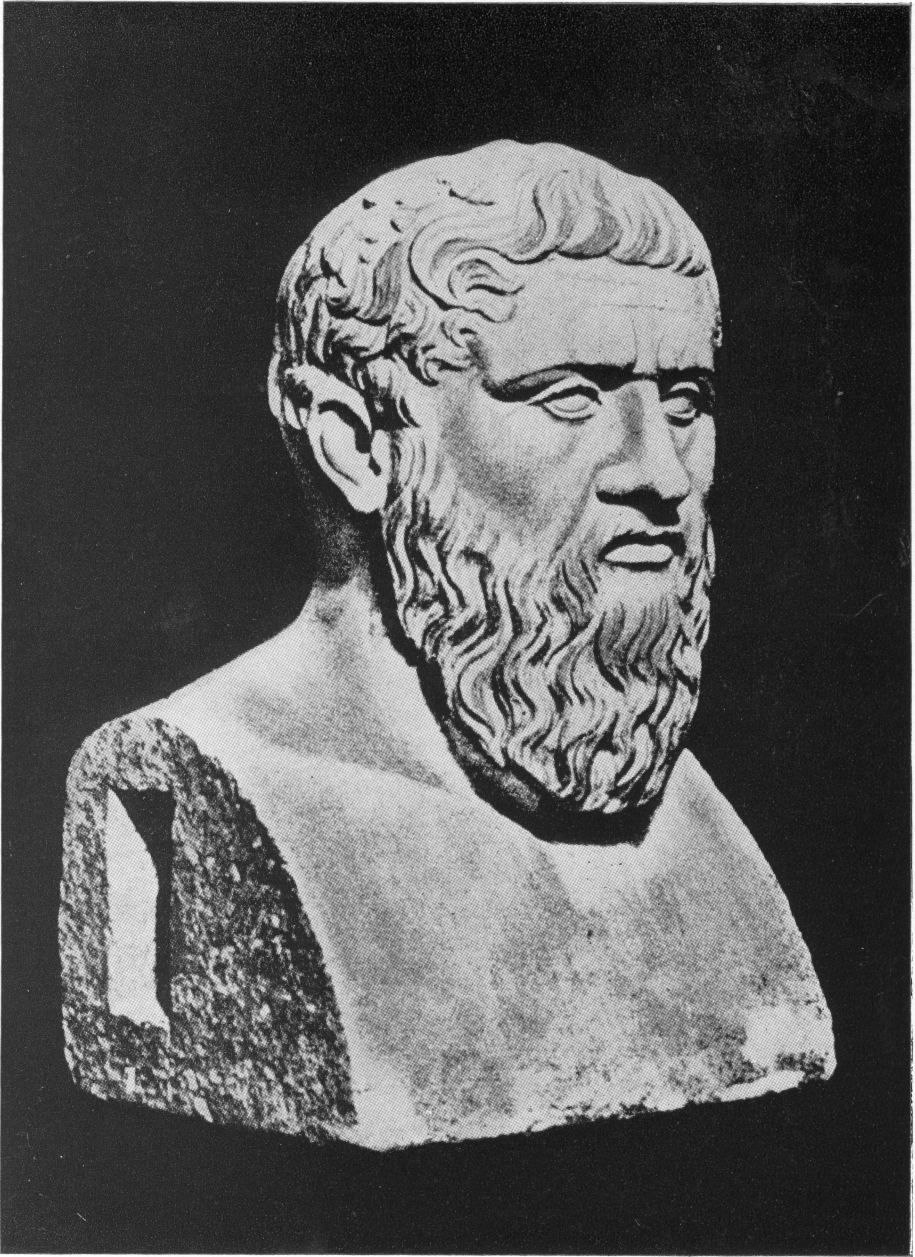


demás por la fortaleza de ánimo y por el arte militar. Al principio a la cabeza de los helenos, luego a solas por necesidad, abandonada por las demás, llegada a los supremos peligros, venció a los invasores, alcanzó el trofeo, preservó de la esclavitud a los que nunca habían sido esclavos, y sin rencor, liberó a todos los demás pueblos y a vosotros mismos, que habitamos en el interior de las columnas de Hércules. Pero, en los tiempos que siguieron, hubo terribles temblores de tierra y cataclismos. En el espacio de un día y una noche terribles, todo vuestro ejército fue engullido de un solo golpe bajo tierra, y también entonces la isla Atlántida se abismó en el mar y desapareció. He aquí el porqué, aún hoy día aquel océano es difícil e inexplorable, por el obstáculo de los bajos fondos que la isla, al hundirse, ha dejado».

En el *Critias*, un relato más completo está esbozado, y algunos detalles se agregan al somero relato del cataclismo que hay en el *Timeo*:

«Los únicos supervivientes fueron los habitantes de las montañas que ignoraban el arte de la escritura. Ellos y sus descendientes durante varias generaciones carecieron de las comodidades ordinarias de la vida y debieron consagrar sus esfuerzos y su inteligencia a satisfacer sus necesidades materiales. No es sorprendente que hayan olvidado la historia de los acontecimientos de la antigüedad. Esto explica el porqué sólo los nombres de nuestros lejanos antepasados hayan llegado hasta nosotros, mientras sus acciones hayan sido olvidadas.

«Durante numerosas generaciones, y mientras dominó en ellos la naturaleza del dios, los reyes escucharon las leyes y permanecieron aferrados al principio divino con el que estaban emparentados. Sus pensamientos eran verdaderos y grandes en todo; usaban de la bondad y también del juicio en presencia de los acontecimientos que sobrevenían y unos con respecto a los otros. Asimis-



*Platón. Busto en mármol (Museo Vaticano).*



*Monolito bautizado con el nombre de El Fraile, en las ruinas de Tiahuanaco.*

mo, desdeñosos de todo excepto de la virtud, hacían poco caso de sus bienes; llevaban como un fardo la masa de su oro y de las demás riquezas, no se dejaban embriagar por el exceso de su fortuna, no perdían el dominio de sí mismos y llevaban camino recto. Con una clarividencia aguda y lúcida, veían que todas estas ventajas se acrecentaban por el efecto recíproco unido a la virtud y que, por el contrario, el excesivo aprecio por tales bienes y una desmesurada estima de los mismos hacen perder estos bienes y que la virtud también perece conjuntamente con ellos. A efectos de este razonamiento, y gracias a la persistente presencia del principio divino en ellos, todos los bienes que acabamos de enumerar no cesaban de acrecerse en su provecho. Pero cuando el elemento divino fue disminuyendo en ellos, por efectos del cruce reiterado con numerosos elementos mortales, cuando dominó el carácter humano, entonces, incapaces ya de soportar su prosperidad presente, cayeron en la indecencia. Ante los hombres clarividentes aparecieron viles, pues habían dejado perder sus más hermosos bienes, los más preciosos. Por el contrario, a los ojos de los que no sabían discernir qué género de vida contribuye verdaderamente a la felicidad, es entonces cuando parecieron sumamente perfectos y venturosos, hinchados como estaban de injusta avidez y de poder. Y el dios de los dioses, Zeus, que reina por las leyes, y que, por cierto, tenía el poder de conocer todos estos hechos, comprendió qué miserables disposiciones adquiriría esta raza, de un carácter primitivo tan excelente. Quiso aplicarles un castigo, a fin de hacerles reflexionar y conducirlos de nuevo a una mayor moderación. A tal efecto reunió a todos los dioses en su más noble mansión: ella está situada en el centro del Universo y ve desde lo alto todo lo que participa del Porvenir. Y, una vez congregados, les dijo...»

Ya no tenemos nada más del *Critias*.



## II

### LAS RUINAS DE TIAHUANACO

A unos 20 kilómetros del lago Titicaca, en los Andes, se encuentran las ruinas de *Tiahuanaco*, figurando entre las más antiguas de América Meridional. Representan el testimonio de una civilización ya desaparecida antes del reinado de los Incas, y que según una leyenda popular, refiere aquellas construcciones, a un pueblo de gigantes que habitaban en el mismo lugar y en soberbios palacios.

Squier afirma que en parte alguna del mundo existen piedras tan bien talladas como en *Tiahuanaco*.

El material de las edificaciones de *Tiahuanaco*, según Posnansky, procede del cerro de Tapia, un volcán apagado del istmo de Junguyo, donde la península de Copacabana se reúne al Continente. Es de creer que los fundadores se valiesen de la lava líquida del volcán en erupción, conduciéndola por canales al pie de la montaña. Aquí se moldearía por un proceso como el de uso corriente en el hierro líquido. Por otra parte, existen moldes en *Tiahuanaco* con señales indelebles de haberse utilizado para fundir ídolos.

Geológicamente los bloques que han servido para la construcción de *Tiahuanaco* son de traquita muy dura,

de basalto, de pizarra, de granito, de pórfido y de gres rojo. La piedra volcánica ha servido, por tanto, para la construcción de las ruinas.

H. S. Bellamy en su admirable libro *Construido antes del Diluvio-el problema de Tiahuanaco* (*Built before the flood-the problem of Tiahuanaco*), libro éste del que damos a continuación un breve resumen, señala: Las ruinas de *Tiahuanaco*, presentan caracteres que no se encuentran en ninguna otra parte del mundo. La civilización primera de los Andes no se asemeja a ninguna otra posterior, y sus peculiaridades no se comprenden sino al fijarlas en una fecha infinitamente antigua.

El estado de civilización perfecta de *Tiahuanaco*, está reflejado en el mismo rostro de los colosos, y nos impulsa a imaginar allí uno de los puntos de partida de la humanidad.

Sobre el valor intelectual de esta civilización, tenemos un testimonio precioso y que parece irrefutable: un calendario esculpido sobre piedra. Hundido a medias en limo desecado, roto en dos por una hendidura en lo alto, pero permaneciendo unido a causa de un peso de diez toneladas, ha sido hallado un pórtico esculpido, monolítico, con altura y anchura de más de tres metros. Posnansky, el veterano de los estudios arqueológicos bolivianos, fue quien primero descubrió que se trataba de un calendario y ha podido fijar los signos de los solsticios y los equinoccios. El alemán Kiss, después de estudios en el lugar en 1928 y 1929, propuso en 1937 el descifrado general de los meses y las semanas. El inglés Ashton en 1949 efectuó finalmente un estudio y recopilación de todos los detalles del simbolismo, que permite el conocimiento preciso del funcionamiento de esta máquina científica.

Según los arqueólogos anteriores, este calendario es mejor que el nuestro. No es mejor que el que nuestros

astrónomos podrían hacer si se lo solicitaran; pero es mejor que el que usamos. No podemos decir ciertamente que los astrónomos de *Tiahuanaco* eran superiores a los nuestros; nada sabemos de ello. Pero sí podemos decir que el público para quien se había hecho este calendario estaba mejor servido.

Por lo que sabemos, ni los griegos, ni los hindúes, ni los egipcios hubieran podido confeccionar este calendario. Pero el orgullo de nuestros descubrimientos de los siglos XIX y XX nos lleva a creernos superiores en conocimientos científicos a los andinos de la era terciaria. Sin embargo, no podemos estar seguros de ello. En cuanto al terreno artístico, los juzgo superiores, como juzgo superiores a nosotros a los egipcios. Creo que en ningún momento de Europa, ni tan sólo en tiempos del Renacimiento italiano, habríamos podido producir una obra maestra escultórica comparable a la cara humana del coloso bautizado con el nombre de *El fraile* por los españoles. De las líneas del rostro llega a nuestros ojos y aún a nuestro corazón una expresión de soberana bondad y de soberana sabiduría. Una armonía de todo el ser se desprende del conjunto del coloso, cuyas manos y cuerpo muy estilizados se establecen en un equilibrio que tiene una cualidad moral. Reposo y paz emanan del maravilloso monolito.

Bellamy escribe:

«Las cabezas esculpidas muestran altas frentes, rostros abiertos, perfiles atrevidos, mentones enérgicos. Hay en modo particular una cabeza —probablemente la cabeza de un dignatario, pues está cubierta por un gorro oficial— que es inolvidable. Parece salir por su propio movimiento de la piedra en que está esculpida, pues no está totalmente terminada, y como en impaciencia del cincel del escultor, y sabiendo muy bien que no puede perecer nunca».



## BIBLIOGRAFIA

## BIBLIOGRAFIA

Damos a continuación una breve relación de aquellas obras que pueden consultarse para completar el conocimiento de las Canarias, sobre todo, debe leerse la obra de Fray Alonso de Espinosa, escritor que por haber venido a Canarias en época en que apenas acababa de extinguirse la generación que presencié la conquista, pudo, aunque con gran trabajo, recoger datos ciertos de aquellos primitivos pobladores, por lo que ha servido de guía a todos los escritores posteriores, que bien poco han podido añadir a lo dicho por el ilustre dominico. Algunas de estas obras han servido de fuentes para la redacción de este libro.

ABREU GALINDO, Fray Juan de: *Historia de la Conquista de las Islas Canarias*, 1632. Reimpresión en Santa Cruz de Tenerife. Imprenta Valentín Sanz, 1940.

AFONSO, Leoncio: *Esquema de Geografía Física de las Islas Canarias*. La Laguna de Tenerife, 1953.

ALVAREZ CRUZ, Luis: *Retablo Isleño*. Goya Ediciones. Santa Cruz Tenerife, 1941.

ALVAREZ DELGADO, Juan: *Ensayo de filología tinerfeña*. Instituto de Estudios Canarios. La Laguna, 1945.

———: *Las Islas Afortunadas en Plinio*, Revista de Historia, XI, 1945. La Laguna-Tenerife.

BAILLY, Jean Silvain: *Histoire de l'Astronomie*, París 1775-87

———: *Lettres sur l'Atlantide de Platon et l'ancienne histoire de l'Asie*, London 1778.

BALLESTEROS Y BERETTA, Antonio: *Historia de América y de los pueblos americanos*, vol. III. Barcelona-Salvat, Imp. Hispano-Americana, 1936-1955.

BELLAMY, H. S.: *A life history of earth*, Faber, London, 1951.

———: *The book of Revelation is history*, Faber, London, 1942.

BERTHELOT Y WEEBS *Histoire Naturelle des Yles Canaries*. París, 1836-1850.

BESSMERTNY, Alexandre: *L'Atlantide exposé des hypotheses relations à l'enigme de l'Atlantide*. Traduction par le docteur F. Gidon. París. Payot. 1935.

BORY DE ST. VINCENT: *Ideas generales sobre las Islas Canarias*. Santa Cruz de Tenerife, 1847.

BUTE, Marqués de: *Of the ancient language of the Natives of Tenerife*. Londres, 1891.

CASTILLO RUIZ DE VERGARA, Pedro Agustín: *Descripción histórica y geográfica de las Islas Canarias*. Santa Cruz de Tenerife, 1848. Nueva edición, crítica de Miguel Santiago. Madrid. 1948-1960.

CEBALLOS, L. Y ORTUÑO, F.: *Vegetación y Flora forestal de las Canarias Occidentales*. Instituto Forestal de Investigaciones y Experiencias. Madrid, 1951.

ESPINOSA, Fray Alonso de: *Historia de Nuestra Señora de la Candelaria*, Goya Ediciones, Santa Cruz de Tenerife, 1952.

FERNÁNDEZ NAVARRO, Lucas: *Erupción Volcánica del Chinyero (Tenerife)*. Anales de la Junta de Ampliación de Estudios. Madrid, 1911.

GAUDIO, Atilio: *Sur l'Origine des Canariens Prehispanique*. Anuario de Estudios Mediterráneos, N.º 4, Madrid-Las Palmas, 1958.

HOOTON, Earnest A.: *The Ancient Inhabitants of the Canary Islands*. Harvard University-Cambridge, 1925.

HÖRBIGER, Fauth: *Glazial Cosmogonie*, Leipzig 1925.

LAJARD, José: *Le langage sifflé des Canaries*. Boletín de la Sociedad Antropológica. París, 1891.

MARTEL SANGIL, Manuel: *Las Islas Canarias y su origen*. Bilbao, 1950.

MILLARES TORRES, Agustín: *Historia General de las Islas Canarias*. Las Palmas, 1893.

ROSA OLIVERA, Leopoldo de la y Serra Rafols, Elías: *El Adelantado D. Alonso de Lugo y su residencia por Lope de Sosa*, Fontes Rerum Canariarum, III, Instituto de Estudios Canarios. La Laguna, 1952.

RUMEU DE ARMAS, Antonio: *El Obispado de Telde*. Madrid, 1960.

SAURAT, Denis: *La Atlántida. Historia y Leyenda*. Prólogo de Rafael Ballester Escalas. Traducción y Apéndices de José Castellano. Barcelona-Mateu (sin fecha).

TORRIANI, Leonardo: *Descripción e Historia al Reino de las Islas Canarias*, traducido del italiano, con introducción y notas por Alejandro Cioranescu. Santa Cruz de Tenerife, 1959.

VERNEAU, Dr. R.: *Cinq annés de séjour aux Yles Canaries*. París, 1891.

VIERA Y CLAVIJO, José de: *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*, Tomos, I, II, y III. Goya Ediciones, Santa Cruz de Tenerife, 1950.

WIRTH, Hermann: *Der aufgang der Menschheit*, Jena 1929.

— : *Die Heilige Urschheit*, Leipzig 1931.

---

## OBRAS DEL MISMO AUTOR PREPARADAS PARA SU IMPRESION

- *La Atlántida de Platón, un Continente de elevada civilización antes del Diluvio.*
- *Un español universal: José de Anchieta en la Historia del Brasil.*



ESTA 3.<sup>a</sup> EDICION, DE 20.000  
EJEMPLARES, SE TERMINO DE  
IMPRIMIR EL DIA 30 DE  
NOVIEMBRE DE 1972 EN LOS  
TALLERES DE R. SERVICIOS  
TECNICOS, AVENIDA DE JOSE  
ANTONIO, 31. MADRID

tiempo, en Madrid, estudió la carrera de Filosofía y Letras, doctorándose en la misma con la máxima calificación por su tesis «Vida del Venerable José de Anchieta, Apóstol del Brasil». Fue profesor de la Universidad Central de *Historia de los Descubrimientos Geográficos e Historia General de América*, y dirigió el Instituto de Enseñanza Media privada «Pedro de Répide». Durante estos años publicó también varios trabajos de investigación.

En 1957 se le nombró profesor de la Universidad Laboral y Escuela Sindical Provincial de Sevilla. En estos dos Centros docentes explicó hasta 1962 las disciplinas de *Historia de la Industria y Geografía Económica*, a la vez que investigaba en el Archivo General de Indias acerca de Pedro de Bethencourt, Apóstol de Guatemala. Célebres fueron los ciclos de conferencias que pronunció en la Escuela Sindical de Sevilla sobre «Historia de los Movimientos Sociales» para posgraduados, estudiantes universitarios, Jurados de Empresa y Enlaces Sindicales. Actualmente es profesor de *Historia del Brasil* (cursos monográficos de doctorado) en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid.

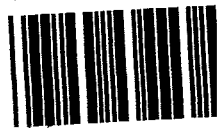
El doctor López Herrera, mundialmente conocido por sus trabajos de investigación, congresos internacionales y conferencias sobre el Apóstol del Brasil y fundador de São Paulo, P. Anchieta, es autor de numerosas obras sobre el heroico misionero español, entre ellas *Vida del Venerable Padre José de Anchieta, Apóstol del Brasil*, obra premiada por el Ministerio de Asuntos Exteriores (Relaciones Culturales); *Breve Vida del Padre José de Anchieta*, editada por el Consejo Superior de Misiones (agotada), Madrid, 1947, y *El Padre José de Anchieta, Fundador de São Paulo* (agotada), Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1954. Obras ampliamente difundidas en España y en el extranjero.

Ha recibido máximas condecoraciones del Gobierno brasileño por su acción en defensa del papel desempeñado por José de Anchieta en el Brasil, especialmente en São Paulo. Los documentos inéditos que reveló en el Congreso Internacional de Historia, celebrado en São Paulo en 1954, conmemorativo del IV Centenario de la fundación de esta ciudad, le valieron para invalidar la polémica entre anchietistas (españoles) y nobreguistas (portugueses) sobre quién fue el verdadero fundador de dicha ciudad, ganando para el misionero español la gloria de haber sido efectiva y realmente el fundador de São Paulo. Últimamente, en reconocimiento a sus actividades en pro de Anchieta, la Santa Sede le ha nombrado promotor de la Causa de Canonización del venerable misionero.

Como colaborador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Instituto Unidad de Teología y Humanidades), ha escrito para el referido Instituto los siguientes libros: *Pedro de Bethencourt, Apóstol de Guatemala* (1961); *Las Islas Canarias y su Aportación en la Conquista y Colonización de América* (1962); *José de Viera y Clavijo* (1963); *José Clavijo y Fajardo* (1964); *Padre Eusebio Francisco Kino, S. J., Apóstol de Sonora, Baja California y Arizona* (1965).

Don Salvador López Herrera no se ha limitado sólo a la meritoria labor de la docencia universitaria y erudita investigación. Paralelamente a esta labor, y siempre con la idea de promocionar la cultura del trabajador adulto, fundó en 1948 y ha dirigido durante veintitrés años, los centros «Anchieta» de Enseñanza Media Privada, donde miles de alumnos, residentes en España y en el extranjero, han obtenido el Título de Bachiller por un sistema abreviado e intensivo.

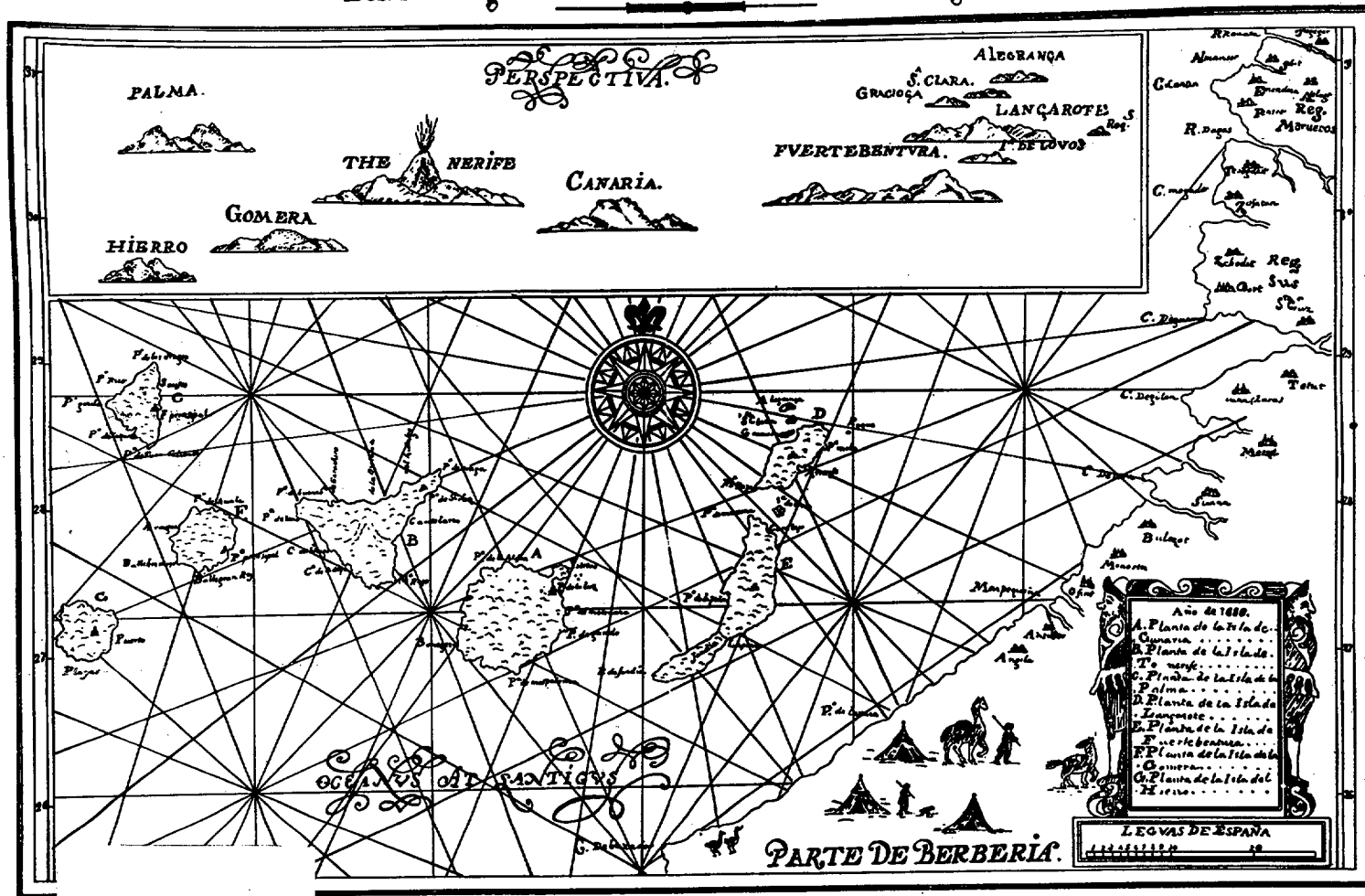
ULPGC. Biblioteca



\*623858\*

BIG 964.9 LOI

PLANO LEVANTADO EN EL AÑO DE 1686 POR EL ALFÉREZ MAYOR DE LA ISLA DE GRAN-CANARIA  
 Don Pedro Agustín del Castillo-León, Ruiz de Vergara .



isi  
 LOP  
 964.9  
 BIG

LAS ISLAS CANARIAS  
 A TRAVES DE LA HISTORIA

SALVADOR  
 LOPEZ  
 MARRERA